José Rodríguez Chaves
Han cantado los ruiseñores
SAGA
EGMONT

José Rodríguez Chaves
Han cantado los ruiseñores
SAGA
EGMONT

José Rodríguez Chaves

Han cantado los ruiseñores

Novela

Saga

Han cantado los ruiseñores

Copyright © 1997, 2022 José Rodríguez Chaves and SAGA Egmont

All rights reserved

ISBN: 9788728374177

1st ebook edition

Format: EPUB 3.0

No part of this publication may be reproduced, stored in a retrievial system, or transmitted, in any form or by any means without the prior written permission of the publisher, nor, be otherwise circulated in any form of binding or cover other than in which it is published and without a similar condition being imposed on the subsequent purchaser.

www.sagaegmont.com

Saga is a subsidiary of Egmont. Egmont is Denmark's largest media company and fully owned by the Egmont Foundation, which donates almost 13,4 million euros annually to children in difficult circumstances.

Para Chari

Para Blanca, Clara y Jorge Francisco

... y en mis noches benchidas del misterio

de Dios, han cantado los ruiseñores.

Héctor Zambrana

Capítulo uno

Mercedes pulsó el botón del timbre. Tras unos segundos de espera la puerta se abrió. Era Delia quien le abría. Se miraron rápidamente antes de besarse.

—Chica, qué ganas tenía de verte —exclamó Delia con sincera emoción.

—Yo también a ti, aunque no lo creas.

—Bueno, pasa, pasa —dijo Delia cogiéndola del brazo.

—¿Dónde están los niños? —preguntó Mercedes cuando Delia hubo cerrado la puerta.

Pero antes de que su amiga le pudiera contestar, aparecieron, como contestación elocuente, por el pasillo, un poco retraídos, los mentados, dos niños varones de unos cinco y seis años respectivamente.

—Míralos, ahí los tienes. Si acababa de llegar de recogerlos del cole cuando tú has llamado por teléfono, no sé si te lo dije...

—A ver, un besito cada uno —los instó Mercedes agachándose ante ellos.

Los niños la miraban con unos ojos como platos, en completo mutismo y con inmovilidad de estatuas.

—¿Ah, no me dáis un besito? —les dijo fingiendo enfado—. Pues bien, esto que traigo —y les mostró unos paquetes que llevaba envueltos en papel de regalo—, para otros niños.

Pero los niños, ni por esas. No obstante, Mercedes seguía en cuclillas.

—Vamos, dadle un beso a Mercedes, que no es ninguna extraña —les dijo a los niños su madre—. Pero, claro —añadió dirigiéndose a su amiga—, si vamos a mirarlo bien, tienen que extrañarte al cabo de tanto tiempo.

—Mujer, no es tanto —repuso Mercedes incorporándose—. Aunque tienes razón, sí en el caso de unas criaturas.

Tomó a los niños de la mano y les dijo cariñosa:

—Ea, venid. Vamos a ver lo que hay en estos paquetes, ¿vale?

Los niños la siguieron dóciles. Mercedes abrió los paquetes y a la vista de los regalos la expresión de los pequeños se animó. Mercedes volvió a pedirles un beso y se lo dieron sin mayor problema. Y al poco rato se sintieron junto a ella como si hubieran estado a su lado toda su corta vida.

—Qué ricos son —exclamó Mercedes sonriente.

—Y también muy traviesos, hija.

—Mujer, están en la edad —hizo Mercedes una pausa—. Bueno, ya me has dicho por teléfono que Pedro está bien.

—Sí, él, como siempre, en su cuartel. Sale de allí a las cinco de la tarde y llega a casa sobre las seis.

—¿Tan tarde?

—Sí, desde las siete de la mañana que se va. Pero la gente se cree que para los militares todo el monte es orégano. Y eso sin contar las maniobras, que las tiene cada dos por tres, y se tira fuera de casa cada vez, quince días o un mes, y los servicios. ¡Jauja, hija! Como están tan bien pagados. Porque eso se piensa también la gente, que para los militares todo es el oro y el moro. No te cases con un militar. Pero, en fin, dejemos el tema, que a mí me sienta fatal hablar de esto. No por Pedro, que ya sabes tú que es su vocación, y vaya, cada persona tiene la suya, y ya es mucho si logra satisfacerla, que no todos pueden. A Pedro nunca le oirás quejarse del servicio. Sí de otras cosas.

—¿Sigue de capitán?

—No, ascendió a comandante. Pero cuéntame, qué tal te va a ti.

—Pues, chica, a mí como siempre también, bueno, es una manera de decirlo, ni bien ni mal, vamos.

—Te veo guapísima —dijo Delia, sonriendo, mirándola admirativamente.

—¿De veras? —exclamó con un poco de ironía.

—Te lo digo muy en serio.

—Pues tú no lo estás menos.

—Eso me dice siempre Pedro, pero él qué me va a decir.

—Pues dice la verdad.

—Será... Pero volvamos a ti. ¿Te sigue yendo bien en el colegio?

—Sí, bien, claro.

—Te encuentro la mar de escueta, hija.

Mercedes no contestó, sino que guardó unos momentos de silencio, y después de mirar a su amiga, le confió:

—La verdad es que estoy atravesando una temporada mala.

A Delia se le distendió el rostro al oírle esto.

—¿En el colegio, te refieres? —dijo.

—No, no, qué va —repuso Mercedes significativamente.

—Ya me parecía a mí que no te iban bien las cosas. Pues aquí nos tienes, Mercedes, si te podemos ayudar en algo. No hace falta que te lo diga, yo te quiero mucho, y ya sabes cuánto te aprecia Pedro.

—Lo sé, Delia...

—Yo soy la misma de siempre.

—Y yo igual, por supuesto. A pesar de que no nos hemos visto durante un tiempo, no ha habido el menor distanciamiento entre nosotras.

—Eso es lo que pienso yo.

—Pues lo que sucede es que Goyo vuelve a darme la matraca, por llamarlo de alguna manera.

—Bueno, si es sólo eso, con sacudírtelo, en paz.

—No es tan fácil.

Mercedes entró en pormenores. Desde hacía unos meses Goyo la venía persiguiendo por teléfono y en la calle, insistiendo obsesivamente en que entablara relaciones con él. “Y cuando tú quieras nos casamos. Yo no puedo hacer mi mujer a ninguna otra, lo sabes, porque no puedo querer a más mujer que a ti”, le decía. Le habían dado un cargo importante en el partido y iba a ser nombrado para un alto cargo en un ministerio, según le aseguraba. Pero ella desde un primer momento volvió a mandarle a paseo, primeramente con muy buenas palabras, pero viendo que se ponía pesado, ya no se anduvo con contemplaciones, pues llegó a sacarla de sus casillas. “Entre tú y yo no puede haber nunca nada de lo que pretendes. Más clara no te puedo ser. Ni me interesas tú ni me interesan esos cargos con los que pensabas, a lo mejor, que ibas a encandilarme. Conque olvídate de una vez de mí y del santo de mi nombre”. Pero de poco le sirvió esta dureza; Goyo siguió y siguió asediándola por teléfono o por el procedimiento de espiarla al salir de casa o al volver a ella. En cuanto al teléfono, Mercedes tomó bien pronto la decisión de colgarle sistemáticamente, porque ya no le cabía hacer otra cosa, y cuando lo había visto en la calle había salido a escape para ocultarse a sus ojos siempre que había podido. La última vez que la abordó, cuando volvía a casa, sobre las once de la noche, había sido hacía unos quince días. Para que no pudiera huir la cogió por los brazos, alterado, y mirándola con dureza a los ojos, le dijo: “Tú no querrás nada conmigo, ya veo que no, pero yo contigo sí”. Suavizándose un poco, siguió: “Escúchame, Mercedes: yo te quiero y no puedo dejar de quererte”. “Pero yo a ti no, ya te lo

he más que dicho", le contestó ella con toda naturalidad. Debió de ver en su actitud y en el tono de sus palabras la negativa definitiva o algo así, porque la amenazó: "Pues como me llano Goyo Ortiz, que te acuerdas de mí, so puta. O serás mía o de nadie. Está decidido".

—Y no hago más que darle vueltas en la cabeza a la amenaza. Me asusté, porque éste es capaz de cualquier cosa —terminó Mercedes visiblemente preocupada.

—No es para inquietarse. Trata de intimidarte para que cedas. Debe de ser verdad que está colado por ti.

—Eso poco me importa, como comprenderás. Lo que sí sé es que no me fío para nada de él y que puede temerse todo. Es chabacano, grosero y tiene malos sentimientos. Cae de su peso que se haya enrolado con los socialistas. Hay quien dice que los socialistas son necesarios como el mal es necesario.

Delia esbozó una sonrisa.

—No debes dejarte llevar a ese extremo de preocupación —dijo—. Ya verás cómo se le pasa el arrebato. ¿Quieres venirte con nosotros una temporada? Sabes que tenemos sitio.

—Ahora estoy en casa de mis padres. Pero él se lo figurará.

—Pues por eso mismo. Si te vienes con nosotros el tiempo que quieras, no sospechará que es aquí donde estás.

—Yo te lo agradezco, Delia, pero eso tampoco resolvería nada, porque si me sigue la pista, lo descubrirá. Como de lugar de trabajo no puedo cambiar tan fácilmente, ni quiero, por otro lado. Pero de cualquier modo, si veo que es conveniente que lo haga, me vendré con vosotros una temporada.

—Creo que le estás dando demasiada importancia a esto, Mercedes.

—Yo conozco un poco a Goyo, lo suficiente para saber de lo que es capaz.

—Él lucha con sus medios para que le hagas caso.

—Unos medios innobles y despreciables.

—Siempre pasa igual —reflexionó Delia—, cuando un hombre está por una mujer, ella no está por ese hombre, y a la inversa. No es que pase esto siempre; quiero decir que es lo más frecuente.

Por ese derrotero de la conversación, desembocaron en el problema del amor entre hombre y mujer y en el del matrimonio.

—Yo ya sabes que en eso del amor no me ando por las ramas. Yo lo veo así: te gusta un hombre, tú le gustas a él, se coincide en cosas, aunque en otras no, claro; se casa una, y sí, como una consecuencia de la convivencia, pues llega un momento que tu marido representa mucho para ti; luego vienen los hijos y atan más el lazo; pero así y todo, el vivir día tras día el uno al lado del otro trae también roces, discusiones, disgustos (quizá por aquello que se dice de que los que viven juntos son los que riñen), y cediendo unas veces uno, y otras veces el otro, pues la convivencia sigue adelante sin grandes problemas. A mí me parece, y pienso que no me equivoco, que en la mayoría de los casos esto es así, y que eso del amor fuerte, que hace que una mujer no pueda vivir sin el hombre que ama o un hombre sin la mujer que ama, es propio de las novelas o de las películas y no se da en la realidad. “Nadie se muere por nadie”, he oído yo decir desde que era una niña. El que ciertos temperamentos se tomen esas cosas por lo trágico, es otra cuestión, pero entonces es producto de esa clase de temperamentos, no porque las cosas sean como ellos se las representan. En tu temperamento, Mercedes, existe un importante componente romántico. Y en el mío todo es pura prosa. Lo que no es prosa son sueños, y la vida deja pocos resquicios para los sueños. Los sueños, sueños son, como dijo el otro. En última instancia, cada uno es como es. Tú puedes decirme que también hay que soñar. Puede que sí. Pero yo echo eso poco en falta.

—El amor no es cuestión de temperamento, cómo va a ser así. Ya sé que ahora está un tanto desprestigiado, incluso pisoteado, sobre todo en España, esta “reserva espiritual de Europa”. Da risa amarga lo de “reserva espiritual de Europa”. Tú dices que la vida es prosa. La vida es lo que hacemos de ella, no te quepa duda.

—En este tema pensamos muy distintamente —acotó Delia.

—Tú hablas como has hablado porque no te casaste enamorada.

—¿Lo has estado tú alguna vez?

—Tú sabes que no he tenido esa suerte.

—O esa desgracia, si no te hubieran correspondido.

—Tienes razón: siendo así, o esa desgracia. Pero no pierdo la esperanza de estarlo y que me correspondan.

—Qué romántica eres. En fin, Dios te oiga, ¿O es que hay algo ya?

—No, no lo hay —respondió Mercedes con cierto desencanto.

—Pues yo te deseo lo mejor, no hace falta que te lo diga. Ojalá encuentres un hombre que sintonice contigo, que es lo principal.

—Oye, eso de sintonizar queda bien —bromeó Mercedes de buena gana.

—¿Te burlas?

—En absoluto. Es una de esas bromas que se dicen en serio.

—Pues me ha salido así, y mira, ahora que lo pienso, creo que en eso de sintonizar está el quid de todo, llámesele amor o con otro nombre.

—No, Delia, no hay otro nombre. Qué triste, qué desolador, si el amor no existiera. Aunque una no llegue nunca a experimentarlo en la propia alma ni haya ningún hombre que lo experimente por una, es hermoso y consolador pensar que existe en el mundo, que hay hombres y mujeres unidos por amor, y que puede llegar en cualquier momento. Pero si cerramos por nosotros mismos la puerta, nos lo cerramos todo en la vida, o por lo menos, lo más importante que la vida tiene.

—Hablas como un poeta, Mercedes —se sonrió levemente Delia—. Pero qué quieres que te diga, yo no lo siento así y no se me hunde el mundo por eso. Llevo casada siete años, tengo dos hijos y un marido cariñoso, y, hoy por hoy, no echo de menos ninguna otra

cosa, mañana no lo sé, chica, no me adelantaré a los acontecimientos. Pero de todos modos, vuelvo a decirte que yo creo que es cuestión de temperamentos.

La conversación llegó a un punto en que dio la sensación de embarrancamiento, como barco que encalla. Siguió un silencio, y al cabo dijo Delia mirando su reloj;

—Pero son casi las dos y estamos aquí habla que te habla sin acordarnos de que hay que comer —y levantándose de su asiento: —Hale, a comer, Mercedes.

—Sí, vamos, te ayudo.

Cuando estaban en la mesa sonó el teléfono.

—Vaya, qué oportuno —rezongó Delia.

Se levantó y fue a coger el auricular.

—Sí, diga...

—...

—Ah, ¿eres tú, Pedro? ¿Qué hay?

—...

—¿Pues qué pasa?

—...

—No, no he oído la radio ni he puesto la televisión.

—...

—¿Dónde?

—...

—Qué barbaridad.

—...

—¡Qué canallas!

—...

—Pues tú procura tranquilizate, por Dios. Qué se le va a hacer si están las cosas así y parece que por ahora no hay remedio.

—...

—Bueno, bueno, tranquilízate. Y procura no tardar luego.

—...

—¿Sabes quién está aquí conmigo?

—...

—Mercedes. Me dio esta mañana la gran sorpresa llamando por teléfono y diciéndome que venía.

—...

—Pues muy bien.

—...

—Sí, espero que sí.

—...

—Un beso. Hasta luego, adiós.

Colgó y volvió a la mesa.

—Era Pedro, como has oído. Ha llamado para decirme que vendrá más tarde. Lo de siempre, hija. Otro atentado de la Eta. Han matado esta mañana aquí en Madrid, en la avenida Ciudad de Barcelona, cuando iban en el coche oficial, a un coronel, a un teniente coronel y al soldado conductor. Han instalado la capilla ardiente en el ministerio del Ejército, en Cibeles, y Pedro va a visitarla con una representación de su cuartel.

—Válganos Dios, no sé dónde vamos a llegar con las cosas que están

pasando. Esto es un bochorno de país —dijo Mercedes indignada y condolida.

—Pues ya ves, hija —suspiró Delia—, lo mismo que la llamada telefónica ha sido de Pedro para comunicarme el asesinato de otros dos compañeros y de un pobre soldado, han podido llamarme para comunicarme que han asesinado a Pedro.

—Mujer, no digas eso —le contestó Mercedes—. Dios no lo querrá.

—Están asesinando a otros, mira los que van ya, lo mismo le puede tocar a él —añadió Delia con expresión de abatimiento.

—Nos puede tocar a cualquiera —observó Mercedes—. Es cierto que la mayor parte de los atentados son contra los militares, guardias civiles y policías, pero cuando les da la gana esos desalmados ponen bombas indiscriminadamente. Mira la que explotó hace bien poco en el Hipercor de Barcelona, lleno de gente, causando varias muertes y un montón de heridos.

Capítulo dos

Sabes lo que te digo, tío? Que soy una golfa, una auténtica perdida —murmuró de pronto Verónica con tarda voz de medio beoda.

Héctor se le quedó mirando con extrañeza, como si saliese de un limbo.

—Sí, lo que has oído, tío —recalcó Verónica.

—¿A qué viene eso ahora, Verónica? —repuso Héctor por decir algo.

—¿Que a qué viene? ¿Te sorprende, tío? ¿Y por qué te sorprende, si puede saberse? —le preguntó la chica con desolada naturalidad.

—Tú no eres ninguna golfa.

—¿Y qué soy entonces? —la pregunta era como desvaído lamento.

El juego de luces del local no cesaba de hacer guiños estridentes, provocativos, en combinación con la música de movida madrileña, cuándo estruendosa, cuándo pretendidamente susurrante, pero ingrata siempre.

—¿Sabes que se está bien aquí, tío? —dijo Verónica haciéndole a Héctor una caricia en la cara con la mano izquierda.

Pues claro que se está bien, nena. Por eso hemos venido, ¿no? —respondió Héctor correspondiendo a su caricia con otra parecida.

En este momento bailaban algunas parejas.

—¿Quieres que bailemos un poco? —propuso Héctor.

—Vale, tío, meneemos el esqueleto —contestó Verónica levantándose de su asiento.

Se agarraron y empezaron a bailar entre las otras escasas parejas, pegados sus cuerpos y juntas sus caras.

—Ahora se está mejor, ¿no, Verónica?

—Y que lo digas, tío. Yo así me encuentro en la gloria.

Bailaron unos momentos en silencio.

—Qué cursis somos —salió Verónica separando su cara de la de Héctor para mirarle.

—Chica, tienes unas reacciones...

—No me hagas caso, tío. De verdad que me encuentro en la gloria. Si siempre fuera sábado.

—¿A qué hora tienes que volver a casa? —le preguntó Héctor.

—¿Eso te preocupa, tío? —se interrumpió—. Bueno, perdona, no sé lo que me digo. Debería agradecerte que me lo recordaras. Pero lo que he querido decirte es que es igual a la hora que vuelva. A mi madre le trae al fresco. Ella está también por ahí de picos pardos, ya sabes. Y si es mi padre, ése aparece por casa cuando le peta. Vivimos en libertad, ¿no?, y cada cual que haga de su capa un sayo. Ya era hora, joder.

—Vale, Verónica.

—¿Y tú, tío, a qué hora tienes que volver a casa? Ahora me toca preguntar a mí, que también tengo derecho.

—Yo vivo solo, como sabes —dijo Héctor con espontaneidad.

—Y te viene al pelo aquello que se dice de que el buey suelto bien se lame, ¿no, tío? Qué jodido —ironizó Verónica.

Héctor se limitó a sonreírse.

—Me da en la nariz, tío, y no tengo mal olfato, que a ti te quedan resabios machistas de otras épocas.

—Eso es llamarme viejo también —volvió a sonreírse Héctor.

—¿Quieres decir que he matado dos pájaros de un tiro? Pues tío, qué puntería —Verónica soltó la carcajada—. No he pretendido tal cosa, pero ya que lo dices, debes reconocer que algo carrozón eres.

—Psch —hizo Héctor.

—Bueno, hombre, no importa. Aunque algo carrozón, me gustas, tío. Y no es porque a mí me gusten los carrazones. No tengo el menor precedente, que conste. ¿Y yo, te gusto a ti? —Verónica centró sus pupilas en las de Héctor.

—Creo que salta a la vista, nena.

—¿Te contesto con aquello tan cursi de "eso se lo dirás a todas"? Pero lo que sí sé positivamente es que has ligado con mogollón de alumnas tuyas como yo. Los profesores sois unos aprovechones; hombres, al fin, y ahora que las tías estamos tan facilonas, pues, joder, el que desaprovecha es un gilipollas, ¿o no?

—Yo no te he forzado para que salgas conmigo, Verónica.

—Bueno, tío, tampoco es para tomarlo por lo dramático. Yo soy una mujer libre. Pero, volviendo a lo que te decía hace un momento, sí es verdad que las tías estamos muy facilonas y vosotros los profesores contáis con buen campo de muchachas en flor, no me lo negarás. Por lo demás, yo he ligado contigo por mi libre voluntad y determinación, o sea, reuniendo los requisitos legales. No te acuses de nada por lo que a esto respecta, tío. Las épocas machistas quedaron archivadas en la historia, aunque todavía hay por ahí bastantes resabiados. Pero son una especie a extinguir, por mucho que quieran resistirse. Ya una tía es tan libre de ligarse a un tío como un tío lo era antes de ligarse a una tía. Estuviera bueno. Aquello de la pobrecita mujer consumiéndose en la espera de que un tío le dijera por ahí te pudras, se acabó para in sécula.

—Pues claro, nena —asintió Héctor complaciente.

—¿Nos sentamos un poco? —dijo Verónica desasiéndose de su pareja.

—Como quieras, nena.

—¿Pero a ti te apetece sentarte o seguir bailando?

—A mí me apetece seguir estrechándote contra mi cuerpo, pero ahora nos sentamos y después bailamos más ¿Vale?

—Vale, tío.

Pasaron sentados una media hora, libando y charlando.

—Oye, Héctor, ¿te sigue apeteciendo tenerme entre tus brazos? —dijo entonces Verónica—. A mí también me lo pide el cuerpo, tío. Pero, por favor, en silencio, en completo silencio.

Se pusieron a bailar con las mejillas juntas como antes.

Estuvieron bailando un buen rato, silenciosos, como quería Verónica, y por fin volvieron a su mesa.

—Héctor —dijo Verónica, como si reflexionara—, he ligado con muchos tíos de mi edad y de todos he terminado cansándome. Me ha resultado un coñazo ir mucho tiempo con el mismo. A ellos les ha pasado tres cuartos de lo mismo, seguramente. Y después de ligar con tantos, ¿me habré enamorado de ti, un carrozón, como una gilipollas? Como en las películas, tío. Sería divertido. O a lo mejor es que tengo admiración por ti, tío, a causa de la asignatura que das —se rió—. Porque la verdad es que es para producir su poquito de admiración oírte explicar esa asignatura ¡Filosofía del Derecho! A mí es como si me hablaras en chino, tío. Qué pestiño, y perdona que me franquee contigo tan claramente. Tengo una gran curiosidad: ¿cómo es que te dedicaste a enseñar Filosofía del Derecho, habiendo otras asignaturas más digeribles? Muchas veces me lo he preguntado a mí misma.

—¿Estás obsesionada con la asignatura? No te preocupes, chica, que no tendrás el menor problema para aprobarla.

—¿Y a todas las alumnas que han ligado contigo en cada curso has terminado aprobándolas por lo mismo? Porque tú si no es así no apruebas ni a tu padre. Así están los pobres chicos de desesperados, porque para que apruebes a cuatro o cinco de todo el curso tendrán

que haberte hecho virguerías en el examen, y a más no apruebas. Eres un hueso, tío, no me lo niegues.

Héctor rio evasivo.

—Sí, tío, no te escaquees: lo eres. ¿Y por qué? ¿Qué coño le importa a nadie la Filosofía del Derecho? Y para la carrera maldita la falta que hace. Pero qué coñazo te estoy dando, tío, a cuenta de la asignatura. Estoy un poco curda, lo reconozco. Pero, tío, con alguna que otra turca y emporrándose de vez en cuando, se va sobrellevando esta asquerosa vida.

Héctor la miró serio.

—¿Tú te emporras, Verónica?—dijo.

—Parece que vives en otro planeta, tío. Como cada hijo de vecino, y tú lo sabes. Pero ya comprendo. A ti debe de costarte entenderlo, a pesar de todo. Tú no tienes que recurrir al porro ni Cristo que lo fundó. Te basta con tu Filosofía... Qué suerte la tuya, tío. Yo es que no me entero...

Héctor le tomó la barbilla y se la acarició sonriendo.

—Vamos, vamos, Verónica, no te quedes conmigo —disimuló.

—Pero, tío, si te estoy hablando más en serio que en toda mi vida —y prosiguió como si tomara el hilo de un monólogo interior paralelo: —Con libertad o sin libertad, la vida es una puta mierda, digan lo que digan. De qué me sirve la libertad, por ejemplo, si el hombre que se me ha metido aquí —se indicó la zona cordial —está por otra. Ante esto qué coño tiene que hacer la Filosofía del Derecho o cualquier otra.

—Chica, aquí hemos venido a divertirnos y no a complicarnos la noche.

—Tú tienes tu idea y yo la mía —dijo Verónica poniendo primero su índice en la frente de Héctor y luego en la suya.

—Verónica, los gin-tonics que has tomado te han caído mal y necesitas acostarte. Anda, vámonos y te llevo a tu casa.

—Tienes razón, tío. Buena idea. Pero antes voy a ir a los servicios. Me han entrado ganas de mear.

—Pues anda, que nos vamos.

—Tienes razón —repitió Verónica levantándose.

Y después de mirar a Héctor se volvió para dirigirse a los servicios.

—No tardes, Verónica.

La chica echó el paso y no contestó. Héctor la vio ir con su fino talle como una sílfide poco segura de su equilibrio, colgándole un buen trecho por hombros y espalda su bonito cabello castaño.

Héctor quedó pensando que iban a perderse la actuación del humorista de moda que cada noche de una a dos, y los sábados de tres a cuatro de la madrugada, lanzaba allí para la noctívaga clientela, con regocijo de todos, sus andanadas humorísticas, sazonadas con sus toques de erotismo, como no podía por menos, contra los personajillos y personajastros del tinglado político. Debía llevar a Verónica a su casa. El alcohol ingerido le había producido en el ánimo un efecto deplorable.

Héctor dirigió su mirada, maquinalmente, hacia la parte de los servicios para ver si ya volvía Verónica. No, aún no. Le parecía que tardaba. ¿Estaría haciendo una necesidad mayor, aunque le había dicho que iba a orinar? ¿O a lo que había ido a los servicios era a vomitar? Héctor miró su reloj. Pasaban los minutos y Verónica no aparecía. Transcurrió un cuarto de hora, transcurrieron veinte, veinticinco minutos. Héctor terminó por levantarse de su asiento con cierta inquietud. Se movió un poco alrededor de su mesa haciendo algún tiempo más, acreciéndosele la inquietud. ¿Le habría causado el alcohol a Verónica alguna clase de sopor o somnolencia sentada sobre la taza y había acabado cayendo al suelo? Héctor no sabía qué pensar. Agigantada su inquietud, se dirigió a los servicios. Entró en el recinto exterior de los de señoras y dio unos enérgicos golpecitos en la puerta que vio cerrada, mientras decía:

—Verónica, ¿qué haces?

Nadie contestó. A Héctor le asaltó la idea de si Verónica no estaría allí, sino que había salido del local por otra puerta para gastarle una broma de su media beodez o quizá beodez hecha y derecha. Héctor pensó también que acaso esto era lo más fuera de propósito que se le podía ocurrir, pero sabido es que ante una situación que nos revela la certeza de lo infausto, nuestra imaginación se resiste hasta el fin, en un desesperado intento contra lo que ya es una evidencia casi manifiesta. Pero esto fue cuestión de un instante. Héctor sabía que no cabía otra cosa sino que Verónica estaba encerrada allí, y se temió lo peor, sin poder concretarse, no obstante, la naturaleza del suceso.

—¡Verónica, Verónica!, ¿estás ahí? ¡Contesta! —gritó arreciando en sus golpes en la puerta.

Aguzó el oído para ver si podía percibir algún leve ruido o quizás el de la respiración de la chica. No se oía nada. Entonces Héctor decidió comunicar lo que pasaba al personal del club. Salió del recinto de los servicios y en unas pocas palabras puso al corriente al primer camarero con que se tropezó.

—¿Está curda por un casual? —le preguntó el camarero con voz y aire amanerados.

—Hombre, ha bebido, pero no creo que sea eso lo que le sucede —respondió Héctor impaciente—. De cualquier modo, hay que hacer algo.

—Ah, por supuesto.

El camarero buscó al encargado.

—¿Sabe usted si se pincha droga? —le interrogó este último, a su vez, a Héctor.

—No, que yo sepa.

—Se lo pregunto porque no es el primero que se queda en el water por una sobredosis —explicó el encargado como la cosa más normal —. A nosotros aún no nos ha sucedido el percance, pero sí en otros locales; usted mismo quizá ha oído de algún caso, porque puede

decirse que está a la orden del día.

Sin más pérdida de tiempo fueron a los servicios.

—¿Ha insistido usted en llamarla? —le dijo el encargado a Héctor cuando estuvieron ante la puerta.

—Ya se lo he dicho.

—Pues nada, hay que forzar la puerta.

Y diciendo y haciendo, con unos cuantos empellones saltó el pestillo.

—¡Ayyy! —escandalizó el amanerado al abrir la puerta, poniendo la mano femenilmente en la boca.

Verónica estaba tendida en el suelo contra la pared, encogida de piernas. El encargado le agitó el hombro con la mano para ver si reaccionaba. No lo hizo en ningún sentido. Estaba inconsciente. El encargado dirigió a Héctor una visual expresiva y acto seguido tomaron a Verónica entre él y los camareros para llevarla a las piezas privadas del club.

Mientras llamaban por teléfono a urgencias médicas, el encargado, haciendo callar por un momento el ruido musical que sonaba en el local, habló por los altavoces a los clientes.

—Por favor, ¿hay algún médico? Una persona ha sufrido un accidente en el club.

No tardó en llegar una unidad móvil de cuidados intensivos. El facultativo que venía, luego de examinar rápidamente a Verónica, dijo que estaba en coma y que se trataba de una intoxicación probablemente por barbitúricos. Le aplicaron los primeros auxilios y el vehículo partió con Verónica inmediatamente. Héctor lo siguió en su coche hasta la clínica donde Verónica fue hospitalizada.

En la clínica los médicos pidieron a Héctor información sobre el suceso y sin dilación sometieron a la paciente a control respiratorio y circulatorio y le practicaron el lavado gástrico de rigor.

En el entretanto dieron aviso telefónico a los familiares de Verónica. Y antes de una hora estaba en la clínica la madre y un hermano, a quienes una auxiliar de clínica presentó a Héctor. Éste les explicó lo más escuetamente que le fue posible el sucedido.

—¿Pero usted quién es, por favor? —le preguntó la madre, una mujer guapa que andaría por los cuarenta, de muy buen talle y que guardaba un perfecto parecido físico y de ademanes con Verónica. Hablaba con la agitación propia del sobresalto que acababan de darle.

—Soy el profesor de Filosofía del Derecho de Verónica —contestó Héctor con la naturalidad que le imponía aquella inopinada sucesión de peripecias.

—¿Su profesor de... de qué ha dicho?

—De Filosofía del Derecho.

—¿Pero estaba usted con Verónica en ese sitio?

—Ya se lo he explicado.

La naturalidad de Héctor entonces era la naturalidad de un idiota.

La mujer no le hizo ninguna otra pregunta y apenas volvió a cambiar unas palabras con él durante el tiempo que Héctor permaneció en la clínica. Ella se puso a hablar con el hijo, un chico de expresión apagada que no hacía sino contestar con monosílabos a cuanto la madre le decía. A Héctor le dio la sensación de que estaba más afectado que la madre.

Héctor pensó: “Ahora estará el humorista en el club en toda su faena, como los buenos toreros”. Y terminó diciéndose: “¿Pero es que esta chica se echó al bolso los barbitúricos antes de salir de casa con la idea ya de hacer lo que ha hecho? ¡Memorable noche! ¡Y que me tenga que pasar esto a mí!”

Capítulo tres

Pedro llegó a casa a última hora de la tarde.

Traía una crispación que apenas podía contener.

—¿Qué es de tu vida, Mercedes?

—Hola, Pedro ¿cómo estás? Ya me ha dicho Delia que has ascendido. Mi enhorabuena. Aunque comprendo que no es el momento más propicio, por lo del atentado.

—Otro más, Mercedes. Y hasta el próximo —repuso Pedro con tono entre amargo y de indignación.

Delia le hubiera dicho: "Déjalo, Pedro. vamos a hablar de otra cosa". Pero, por un lado, se hacía cargo de que necesitaba desahogar su estado de ánimo. Era peor que no dijera nada. Lo sabía por las otras veces.

Pedro refirió que en el cuartel los ánimos habían estado acalorados, como no podía por menos. Se habían proferido calificativos y expresiones fuertes. Y cuando llegó al ministerio del Ejército formando parte de la comisión de su cuartel para visitar la capilla ardiente, encontró los rostros blancos de tensión mal reprimida, como si hubiera huido de ellos la sangre, como lo estaban los de sus compañeros de comisión y de seguro, el suyo.

Cerca de los féretros, cubiertos con la bandera nacional, un teniente coronel, que hablaba con unos compañeros del 23-F cuando él se acercó al grupo, decía sin cuidarse de que le oyese todo el que quisiera, que aquélla, aquélla había sido la gran ocasión desaprovechada. Pero, ya se vio, la cobardía pudo más que nada a la hora de la verdad, y los comprometidos en la acción dejaron a Milans del Bosch y a Tejero a su suerte. Fue verdaderamente bochornoso. Y Armada terció, turbiamente, para empeorar aún más

las cosas. Pero aun así la situación, Tejero no debió actuar de la manera quijotesca que lo hizo. El paso adelante estaba dado por él y por Milans. Se trataba de un estado de guerra. Y entonces Tejero no debió andarse con contemplaciones o quijoterías dejando pasar toda la noche con toda aquella gentecilla del Congreso bajo su poder sin hacer nada positivo. Estaban allí, sin escapatoria, todos, todos los cabecillas de la mafia política. Qué magnífica ocasión perdida. Tejero debió tener la firmeza de actuar como se hace en esos casos, aquí y en cualquier país: consejos de guerra sumarísimos a los cabecillas, y sanseacabó. Otro gallo nos cantara, bueno, a España. Pedro, por su parte, disentía en el fondo respecto de este drástico planteamiento. Pero pensaba que aquella operación tan irreprochablemente ejecutada, si la hubieran secundado los que se echaron para atrás en el momento decisivo, habría sido la solución para España evitando todo derramamiento de sangre.

—Al venir del ministerio del Ejército —siguió Pedro— nos hemos pasado por el lugar donde han caído acribillados a balazos. Hay unos ramos de rosas rojas, y eso es casi todo. Dolor, tensión, rabia que no se atreve a cortar por lo sano, quiero decir por lo podrido y bien podrido. Mañana asistiremos al funeral con serenidad, con mucha serenidad, como tienen aún la desfachatez de pedirnos; finalmente, partirán los féretros a escape para su lugar de destino; les darán tierra... y aquí no ha pasado nada.

A propósito de esto, Pedro se refirió al funeral de general Ortín, asesinado también por la Eta cuando era gobernador militar de Madrid. Entonces hervía la sangre en las venas y estaban las cosas de otra manera, es decir, no encauzadas por los derroteros que querían los que se proponían llevar a España al terreno de sus intereses políticos y no políticos. No llegó tampoco a atajarse la situación, ya se ve, pero aquél no era un Ejército tan amansado, tan resignado como el de ahora, a base de predicársele serenidad, serenidad. Había signos claros que lo indicaban así. Después del funeral de Ortín unos cuantos compañeros de distinta graduación tomaron aparte a Gutiérrez Mellado, que, en el sentir de un amplio sector de los militares, había traicionado al Ejército, y que era a la sazón jefe del Alto Estado Mayor, y lo zarandearon contra los muros del patio del ministerio. Pero esto no le sirvió de escarmiento, ni mucho menos; más tarde, en premio a sus altos servicios a la causa

política que dieron en llamar la transición, favorecedora de la caterva de ucederos, psoeros y demás ralea, al fusionar los ministerios del Ejército, de Marina y del Aire en uno, le hicieron ministro de Defensa y continuó perpetrando su traición. Además de lo de Gutiérrez Mellado después del funeral —el "Guti", como peyorativamente se le llamaba—, por exigencia de los militares el féretro de Ortín fue llevado por la calle de Alcalá en un armón de Artillería, en honor al militar asesinado, seguido a pie por una numerosa comitiva de uniforme a lo largo del trayecto. ¿Y ahora qué era lo que se venía haciendo? Pues que con un desatentado afán de sustraerlos a la vista de todos, los féretros de los militares asesinados en atentado eran, sistemáticamente, sacados a escape en los coches fúnebres camino del cementerio.

—El Gobierno socialista —apuntó Pedro— no puede actuar duramente contra la Eta, con la legalidad en la mano, porque los psoeros y los etarras han sido compañeros de viaje, junto con los comunistas, ni que decir tiene. Por esta razón el Gobierno socialista trata de negociar y negocia de igual a igual con una banda de asesinos. Y por la misma razón organizó el Gal como contraofensiva terrorista, jurando y perjurando cuando el affair cayó en manos de la Justicia, que así son de valientes, que el Gobierno no tenía nada que ver con la organización. Por otro lado, la Eta no se pone a matar psoeros, a la vista está. Y las cárceles para etarras —los pocos que cogen —son poco menos que hoteles de cinco estrellas. El compinchazgo de psoeros y etarras empezó con el asesinato-voladura de Carrero Blanco. Lo que sucede es que los etarras están yendo más lejos de lo que los psoeros nunca pensaron. Van a acabar ahogados en su propia mierda, con perdón, Mercedes.

Calló Pedro y ni Delia ni Mercedes dijeron nada. Pero después de un breve silencio, Delia, en parte para cambiar de conversación y en parte por su interés por su amiga, puso a Pedro al corriente del problema de Mercedes con Goyo.

—Otro que tal, ¿no? —dijo Pedro con sonrisa amarga.

—Sí, la verdad es que estoy preocupada —contestó Mercedes.

—Hombre, pues para eso tenemos ahí a Fermín —añadió Pedro en seguida.

—Es verdad, Fermín —repuso Delia—. Yo no había caído.

—Se trata —le explicó Pedro a Mercedes —de Fermín Ontañón, el comisario de Policía de quien ha hablado alguna vez la prensa. Fermín y yo somos paisanos, y amigos desde que no levantábamos dos palmos del suelo. Te lo presentaré y ponemos el caso en sus manos. Fermín es un comisario incorrupto, ahora que casi todo es corrupción, y no te lo digo porque sea mi amigo desde la infancia. Aquí está Delia que lo conoce bastante bien.

—Sí, sí, es indoblegable, como buen navarro —asintió Delia.

—Lo raro es que no le hayan destituído ya, porque se las canta claras al lucero del alba, esté en juego lo que esté en juego. Y por eso mismo no resulta fácil el destituirle —ponderó Pedro con cierto entusiasmo—. Pero a lo que íbamos, ya verás cómo toma cartas en el asunto. Así que cuando el tal Goyo te vuelva a molestar por teléfono o comoquiera que sea, adviértele claramente que le has denunciado por amenazas al comisario Fermín Ontañón. Yo te aseguro que cuando oiga este nombre se le quitan todas las ganas de Mercedes —esbozó una sonrisa—. Te hablo así por mi cuenta porque sé positivamente que es lo que va a decirte Fermín. Mañana mismo vamos a verle.

Capítulo cuatro

La señora Andrea fue a la parroquia a ver a don Mariano.

—Ay, don Mariano —empezó diciéndole casi en seguida de saludarle—. Una chica que vive en mi portal ha intentado suicidarse la otra noche.

—¡Vaya por Dios! Pero no me extraña, hija. Son muchos los casos que están ocurriendo. Hace unos días ha habido en el barrio una tragedia familiar como ésa, pero, por desgracia, consumada. Un chico de veintiún años, drogadicto. Sus padres lo encontraron ahorcado en su cuarto.

—Qué horror, Dios mío —la señora Andrea hizo una pausa como para tomar aliento—. No sé a dónde vamos a llegar con tanta droga y tanta perdición como han traído.

—¿Y cómo se llama esa chica —preguntó el sacerdote.

—Se llama Verónica.

—Verónica, Verónica... —trató de recordar—. Pues no caigo.

—No, si usted no la conocerá, don Mariano. No viene nunca por la parroquia. Su madre es un pingo, y usted perdone por la palabra, don Mariano, pero así es. Sale con unos y con otros y he oído que hasta practican ella y su marido eso que llaman el intercambio de parejas —informó la señora Andrea—. Así que con un ambiente familiar semejante no es de extrañar que la pobre hija haya intentado lo que ha intentado ¡Dios nos valga!

El sacerdote hizo un movimiento conmiserativo de cabeza.

—¿Y no tiene hermanos Verónica? —inquirió.

—Sí, tiene una hermana casada, la mayor del matrimonio, y un hermano soltero algo más pequeño que Verónica.

—Bueno, ¿y cómo ha sido? —inquirió de nuevo el sacerdote.

—Pues verá usted, don Mariano. Verónica había ido con un profesor suyo de la Universidad a un club nocturno o sala de fiestas, que una no sabe cómo llaman a esos sitios ahora. Era de madrugada. Verónica se encontraba algo bebida, o quizá bastante bebida, no lo sé. Pues nada, que cuando, por lo que dice la madre, se iban a ir ya del club ella y el profesor, Verónica le dijo que tenía necesidad de pasar a los servicios, y allí se encerró y se tomó un tubo de barbitúricos. Ha estado muy malita. Los médicos dijeron que no había nada que hacer. Pero Dios ha querido que haya salido de ésta.

El sacerdote había seguido el relato del suceso con el mayor interés.

—¿Está todavía hospitalizada? —preguntó.

—Sí. Ya le han quitado el pulmón de acero que tuvieron que ponerle —la señora Andrea guardó silencio por espacio de unos instantes viendo al sacerdote con el rostro apesadumbrado—. No sé a dónde vamos a llegar, don Mariano —agregó—. A mí a veces se me ocurre pensar que Dios no nos tiene de su mano. Porque cómo está el país, en todo y por todo.

—No debemos meter a Dios en esa cosa tan sucia que es la política —repuso el sacerdote—. Ya se entiende que no porque sea sucia en sí, sino porque se la ha hecho sucia. Y la política es una de las cosas que ha dejado Dios a la discusión de los hombres. Somos siempre los hombres los que nos buscamos nuestros males, por acción unas veces, por omisión otras, aunque también es cierto que a menudo terminan pagando las consecuencias seres inocentes. España está como está porque la gente se lo ha buscado, indudablemente. ¿No ha votado, al votar a los que gobiernan o dicen gobernar, droga, divorcio, aborto, corrupción política, paro, pornografía, terrorismo, inseguridad, delincuencia, desmoralización generalizada? Esto es una democracia y la gente elige a los que van a gobernar. ¿O la gente al votar no sabe lo que vota? Pues que vaya aprendiendo — don Mariano se quedó pensativo.

—Qué razón tiene usted —dijo la señora Andrea.

—La democracia es una forma de Gobierno ideal —añadió el sacerdote—, pero luego en su aplicación... Y, por otro lado, es de suma importancia la preparación que tenga el pueblo. Hay casos en que de país a país va un abismo. O sea, que podríamos decir que la democracia es un sistema de Gobierno que no está mal a condición de que la gente sepa lo que elige y no se deje engañar por los que elige. ¡Ahí es nada! Pero volvamos a Verónica.

—Pues verá, don Mariano —repuso la señora Andrea—, yo quería decirle que le haría usted mucho bien yendo a visitarla.

Y don Mariano fue.

Encontró a Verónica muy recuperada, aunque con claras señales en el rostro del grave trance por el que había pasado.

En efecto, el sacerdote comprobó que no conocía de nada aquella cara.

—Hola, Verónica. ¿Cómo estás? Soy el cura párroco de Nuestra Señora de Belén —se le presentó apretando con ambas manos el brazo de la chica con llaneza.

Verónica puso semblante de no comprender y se le quedó mirando fijándose en el alzacuello y el traje negro.

—Bueno, no es raro que no te suene por ese nombre —disimuló don Mariano—. La verdad es que no se usa mucho. Vamos, quiero decir tu parroquia.

—Ah, ya —contestó Verónica por decir algo, y después de un breve silencio agregó: —¿Quién le ha dicho que venga?

Don Mariano se vio de pronto en un pequeño apuro.

—Pues... —vaciló— nadie en concreto.

—Bueno, no importa quién se lo haya dicho, no se preocupe —dijo Verónica en seguida.

Hubo unos momentos de embarazo, que no tardó en romper el sacerdote.

—Te veo magníficamente, Verónica —ponderó.

—Para como he estado... —contestó la chica con aire deprimido.

—Pues nada, Verónica, ya pasó todo. Ahora a restablecerte del todo, que va a ser en seguida, y a ponerte a tus estudios con más ahínco que nunca. Por cierto, ¿qué estudias? Si no es indiscreción, porque no quisiera darte la impresión de que soy un cura métomentodo.

—¿Sabía usted que estoy estudiando? —volvió a recelar Verónica.

—No, ha sido que lo he supuesto por tu edad y por intuición. Y aparte de todo, eso se nota.

—Perdone, otra vez he sido impertinente —dijo Verónica sin haber apenas reparado en las últimas palabras del sacerdote.

—Por Dios, Verónica, no digas eso. El impertinente lo he sido yo, en todo caso, viniendo, a lo mejor, a importunarte. Pero he venido porque me he creído en el deber de hacerlo como titular de la parroquia, desde luego, pero sobre todo como simple sacerdote.

—No tiene usted que disculparse, padre. Sólo faltaría eso, encima que se ha tomado la molestia.

—Ya te digo que no hay tal molestia, Verónica.

—Pues bueno, contesto a su pregunta: estudio quinto de Derecho.

—¡Hola! Bonita carrera —encareció don Mariano—. Y ya estás en la recta final, porque Derecho son cinco años, ¿no? Yo soy licenciado en Derecho canónico y me hubiera gustado hacer también la carrera civil.

—Pues mire usted, y perdone que se lo diga, a mí se me atravesó el canónico y me costó bastante aprobarlo.

—¿No te gustaba?

—No, no me moló mucho —se sonrió—, quiero decir que no me atrajo.

—A todos nos ha pasado. Hay asignaturas que se atraviesan y dan su guerra. Y bien, Verónica: ¿qué proyectos tienes para cuando termines? Porque eso está ya a la vuelta de la esquina.

—No lo sé. Quizá ejercer la carrera, quizá opositar. Según se presenten las cosas.

—Pues nada, Verónica —le palmeó cordialmente el brazo—, a coger fuerzas para hincar de nuevo los codos y a hacer proyectos para el futuro. Y sobre todo y por encima de todo, Verónica, a tener confianza en Dios y recurrir a Él, que nos espera siempre con los brazos abiertos, cuando te veas en dificultades del género que sean, porque en esta vida, hija, no hay guapo que se libre de ellas, por más que diga, que las hay de todas las clases y para todos los gustos —se sonrió—. Pero eso es lo bonito, saber vencerlas. Sólo que las venceremos mejor pidiendo fuerzas a Dios, que no se las regatea a nadie.

Verónica parecía oír distraídamente.

—Pero a lo mejor te estoy mareando con tanta charla —añadió don Mariano.

—No, no —repuso Verónica sin apenas salir de su abstracción.

—Mucho gusto en haberte conocido, Verónica —dijo el sacerdote tendiéndole, sonriente, la mano—, y ánimo, ánimo y, sobre todo (perdona mi insistencia), confianza en Dios, que su ayuda nunca te ha de faltar.

—Padre —dijo Verónica—, quisiera pedirle un favor.

—Pues si está en mi mano, cuenta con él desde ya.

Al cabo de un pequeño lapso Verónica explicó:

—Era sábado. Yo había ido acompañada de mi profesor de Filosofía del Derecho, Héctor Zambrana, a un club nocturno donde dan de madrugada un espectáculo de humor. Me encontraba, no sé bien

por qué, baja de ánimo. Y la bebida que tomé, en vez de entonarme lo que hizo fue deprimirme más. Viéndome Héctor Zambrana en ese estado psíquico me dijo que seguramente la bebida no me había caído bien y que era mejor que me llevase a mi casa. Entonces sucedió dentro de mí una cosa extraña. Aquello tan natural o tan simple que Héctor Zambrana me proponía, me dio miedo de pronto. Y desde ese momento ya no tuve más que una idea que me avasalló. La de que era mejor acabar cuanto antes. Por eso fui a encerrarme en los servicios del club y me tomé los barbitúricos.

Calló Verónica como abrumada.

A don Mariano le pareció que había significativas lagunas en lo que acababa de referirle. Quizá era una versión improvisada por Verónica para justificarse, instintivamente, de algún modo ante él, o acaso más que ante él, ante sí misma. Quién sabe. Pero comoquiera que sea, había el dato inquietante de por qué llevaba a prevención Verónica el tubo de barbitúricos.

El sacerdote esperó a que la chica siguiera hablando. Observó humedecidos sus ojos y sintió en lo más hondo una infinita compasión, una compasión que quisiera abarcar en su onda expansiva todos los dolores, todos los desgarros, todas las angustias del mundo; pero su pobre corazón era demasiado pequeño, a fuer de humano, para poder abarcar tanto. Lo cierto es que experimentó un empuje de lágrimas hacia sus ojos. Tenía mucho dominio de sí, ejercitado en su ministerio, y mantuvo su entereza. Se debía evitar a Verónica todo asomo emocional.

—Padre, el favor que quiero pedirle —dijo por fin Verónica comprendiendo que el sacerdote esperaba sus palabras —es que llame por teléfono a Héctor Zambrana y le explique que ha estado usted a verme y que desea en mi nombre hablar con él personalmente. No he sabido nada de él desde que nos separamos en el club. Quiero que le diga usted, en persona, que no debe pensar que tenga él nada que ver en lo que hice. Asegúreselo, por favor, de mi parte.

En este momento, las lágrimas que pugnaban por salir a los ojos de Verónica corrieron, silenciosas, libremente por sus mejillas.

El sacerdote asintió con la cabeza, apretados los labios, tomándole el brazo con calor de compasión y comprensión.

Verónica le dijo el teléfono de Héctor, que don Mariano anotó en su agenda junto con el nombre y apellido.

—Verónica, las puertas de la parroquia están abiertas de par en par para todos —le dijo despidiéndose—. Allí tienes un sacerdote y un amigo. Pero, por Dios, no veas en estas palabras algo esperable o convencional en boca de un sacerdote. En este sacerdote brotan del corazón.

Don Mariano no echó en olvido, ni mucho menos, el encargo de Verónica. Llamó varias veces por teléfono, a diferentes horas, infructuosamente a Héctor, hasta que al fin consiguió hablar con él. Cuando el sacerdote le dijo de lo que se trataba, Héctor mostró un gran interés en verle.

—Dígame dónde nos vemos.

—¿Le vendría a usted mal pasarse por la parroquia? —propuso don Mariano.

Héctor no tuvo inconveniente y quedaron citados allí.

—Le agradezco la oportunidad que me brinda de saber de Verónica —manifestó Héctor cuando hubieron cambiado las primeras palabras—. He estado viendo la manera y no sabía cómo hacerlo.

—Verónica me pide que le asegure en su nombre —dijo en seguida el sacerdote —que lo que le llevó a tomarse los barbitúricos cuando se encontraba con usted en el club, no tiene nada que ver con usted. Noble rasgo el suyo. ¡Bravo por Verónica!

Estos encarecimientos levantaron en Héctor suspicacias contra el sacerdote. ¿No parecían indicar que éste creía que sí había tenido que ver?

—Estoy afectado y perplejo —repuso Héctor—. Afectado porque el hecho de que estuviera con Verónica cuando intentó poner fin a su vida no puede dejarme indiferente. Y perplejo porque unas veces no sé a qué atribuir semejante decisión, y otras no me resulta difícil

hacerlo. Esta perplejidad es la que me ha tenido atadas las manos para toda iniciativa a fin de saber de Verónica. Yo estaba con ella en el club y de pronto sucedió aquello tan inesperado. Yo seguí con mi coche a la unidad móvil de cuidados intensivos en la que trasladaron desde el club a Verónica a la clínica y permanecí allí hasta el amanecer. Después no he sabido a qué atenerme, ya se lo he dicho, y por eso no me he atrevido ni siquiera a llamar por teléfono a la clínica interesándome por la evolución del estado de Verónica. Me he visto involucrado en una de esas situaciones equívocas de la vida en que, sin poner nada por nuestra parte, al menos conscientemente, para provocarlas, o desencadenarlas, nos vemos envueltos en ellas. Yo he salido con Verónica —no demasiadas veces, por cierto— como lo he hecho con otras alumnas mías que me han gustado o atraído y supongo que yo a ellas, aunque no descarto que algunas hayan ido conmigo con la mira de que les apruebe la asignatura. De todo habrá habido. Ya sabe usted cómo las echan de liberadas hoy las chicas. La iniciativa para ir con un chico es hoy tanto de ellas como de los varones, conforme a los parámetros de la igualdad de los sexos. Ya supondrá usted que no soy yo el único profesor universitario que ha salido con alumnas. Es algo que está muy generalizado. Yo soy un hombre soltero y lo natural es que me guste ir con mujeres. Porque hasta en esto ya sabe usted que existe hoy una extendida inversión en los términos, cacareada y reivindicativa. Por otra parte, hoy la estabilidad de la mayor parte de las familias deja mucho que desear. Es un fenómeno sociológico paralelo o concatenado con otros. Y son los hijos las víctimas inocentes e incluso propiciatorias, en cada caso. Verónica es una chica muy emotiva y yo sabía su problemática familiar. ¿Han sido estos problemas los que la abocaron al suicidio? No se puede afirmar, pero no sería desacertado suponerlo. Por lo que a mí respecta, también he pensado que Verónica tenga hacia mí un sentimiento de admiración por razón de la asignatura que imparto por la circunstancia de que a ella le es a duras penas inteligible. Usted a lo mejor ve en esto una futilidad. Y yo por mi parte tampoco descarto que lo sea. Pero me fundo en palabras de la propia Verónica. ¿O es otra clase de sentimiento el que tiene Verónica hacia mí? Aquella misma noche del club, hablando con ella, Verónica me dijo algo que me hace pensar tal cosa. “He salido con muchos chicos de mi edad, y después de haber ido con tantos, ¿me habré enamorado de ti, un carrozón, como una idiota?”, me

acuerdo perfectamente que fueron sus palabras —Héctor hizo una pausa—. Perdone el desahogo, padre —añadió.

—¿Perdonar? Ha hecho usted lo debido. Y yo temo, como usted, que a Verónica la haya arrastrado al intento de suicidio esa conjunción de factores expuestos por usted, sin que sepamos cuál haya pesado más en la balanza. Y por lo que se refiere a la situación actual de España, a la que también usted ha aludido, hay una expresión verbal ponderativa, generalizada, la de pasarlo de puta madre, o estar de puta madre alguna cosa, que creo es un indicativo elocuente de la salud moral de la sociedad española. O sea, a la mujer en su condición más digna de honra y respeto, que es su condición de madre, se la califica con la palabra más oprobiosa para esa condición, la palabra puta, y así calificada se la equipara a modos de pasarlo bien, fenomenal, o a situaciones óptimas. Con lo que aquello que debería ser absolutamente indeseable, se lo eleva a un summum por perversa transposición. A esto llega la perversión del lenguaje, que es un reflejo bastante exacto del estado de perversión o disolución de la sociedad.

Héctor pensó que con este inteligente corolario el sacerdote cogía, dialécticamente, el toro del mal moral de España por los cuernos.

Sí, se dijo, volviendo con el pensamiento a Verónica, había que reparar en el rasgo de bondad que había tenido, no sólo de no implicarle a él en su intento de suicidio, y pudo hacerlo, sino también de tratar de tranquilizarle encargando a un tercero le asegurara en su nombre que era ajeno incluso a la motivación íntima.

—Es algo brutal un suicidio —expresó como si reflexionara en voz alta—, algo enorme eso de que por su propia mano una persona se corte el hilo de la vida con la facilidad con que se ejecuta una acción banal. Verónica estaba a mi lado aquella noche, palpitante de juventud, viveza, belleza, de chispa en su mirada, y un rato después, aislándose de todos en unos servicios de señoras de un club nocturno de diversión, destapaba el tubo de comprimidos de fenobarbital y acto seguido se fulminaba con ellos las entrañas. ¿En qué negruras abisales cae una persona para poder atentar contra la propia vida? ¡Qué remolino de desesperación cegará su alma! ¡Qué viento desolador barrerá su corazón! Porque a menudo el

procedimiento elegido (¿pero lo eligen?) es de una desgarradora barbarie. Cuando se forzó la puerta de los servicios para ver qué le había sucedido, yo di a Verónica por muerta. Respiraba, sí, pero su cuerpo inerte, sus facciones inanimadas, que transparentaban el aniquilamiento de su organismo, eran de una muerta.

Don Mariano miró a Héctor a los ojos con mirada franca.

—Nadie que no esté trastornado busca por acción u omisión su desgracia y menos la destrucción de sí mismo —dijo por su parte—. Sin embargo, buscando, desatinados, el placer fuera de la ley moral nos labramos la propia desgracia y de uno u otro modo la propia destrucción. Nadie puede saltar sobre su propia sombra, es decir, nadie puede burlar la ley moral implícita en nuestro ser por designio de Dios. Esto no hay quien lo mueva, por mucho que nos riamos de ello y por mucho que avancen las ciencias. Claro está que con esto no me estoy refiriendo sino en parte a lo que le ha sucedido a la pobre Verónica.

—Padre —replicó Héctor—, en general resulta fácil explicarnos las cosas con palabras cuando no nos vemos afectados por ellas.

—Yo soy un sacerdote —se apresuró a contestar don Mariano—, pero soy también un hombre. Evidentemente, si no fuera lo uno no podría ser lo otro. Pero además soy un hombre templado por el dolor, como la vasija de barro en el horno del alfarero, que dice el Eclesiastés. Por otro lado, cada uno ha tenido o tiene los suyos. Nadie puede escapar al dolor, si bien unos padecen más dolores que otros, que eso es un misterio de Dios. Y por mi condición de sacerdote estoy, además, avezado al dolor ajeno, que, con la ayuda de Dios, procuro que me sea lo menos ajeno posible, y hasta donde puedan alcanzarme las fuerzas, hacerlo propio. Por otra parte, la palabra cuando es sincera, cuando es verdadera, lleva en sí savia de vida, vivifica y sana y levanta. No olvidemos que Cristo, el propio Hijo de Dios, es el Verbo, la Palabra hecha carne, y que esta Palabra es el Camino, la Verdad y la Vida, y que el Evangelio de San Juan empieza diciendo que en el principio era el Verbo. La palabra tiene fuerza y poder para salvar. Pero cómo no había de estar de acuerdo con usted, amigo mío, en que como barro humano que somos, estamos expuestos al descarrío, y en que muchas veces, demasiadas veces, nos cerramos a la comprensión de actos o conductas,

calificando, calificando, cuando lo que debiéramos hacer es esforzarnos en comprender siempre, sin transigir, por supuesto, en ningún caso con el mal. Amar es comprender, pero no es transigir con el mal. Unamuno, el atormentado en su búsqueda incesante de Dios y del destino eterno, escribió una hermosa oración, que no sé si habrá usted leído. Yo retengo en la memoria este fragmento: "Haz, Señor, que pueda yo comprender a los que marchan a mi lado espoleados por otro acicate que el que a mí, por Tu mano, me espolea, y encorvados bajo otra cruz que la que a mí, por Tu misericordia, me abruma". Cómo puedo yo, miserable de mí, dar calificativos, por ejemplo, a lo que ha hecho Verónica. Dios sabe la causa o las causas, si confluyen varias, y Dios es por esencia justo pero también por esencia misericordioso, pudiendo más en Él la misericordia que la justicia, como resplandece en la parábola del hijo pródigo. Dios ha querido que Verónica salve la vida y le dará fuerzas para superar también las secuelas psíquicas que estos trances dejan. Quedará curada de cuerpo y psique, no lo dudemos.

—En fin, padre, le voy a dejar —dijo Héctor disponiéndose a despedirse—. Le agradeceré que pueda darme nuevas noticias de Verónica.

—Por supuesto, amigo mío. Volveré a verla y ya le diré a usted.

—Le llamaré, padre.

—Disponga de este humilde sacerdote.

Capítulo cinco

¿Estás ya más tranquila, hija? —le preguntó a Mercedes su padre después de terminar de cenar.

—Claro, papá. Ya os he dicho que el comisario se ha tomado el máximo interés, como era de esperar siendo amigo de la infancia de Pedro. Dice que no tengo que preocuparme en absoluto, que el asunto queda en sus manos y que me tendrá al corriente de lo que vaya viendo. Pero de todas formas, voy a continuar con vosotros algún tiempo más, por si acaso.

—Hija, por Dios —intervino la madre con tono entre dulzón y lastimero—, tú sabes de sobra que tanto tu padre y yo como tus hermanos lo que queremos es que vivas con nosotros. Pero tú te empeñaste en irte, hija, que siempre has sido muy tuya.

—No me hagas hablar, mamá —replicó Mercedes sin aspereza.

—No, hija, no; perdona si te he molestado —contestó la madre con mansedumbre.

El padre miraba de soslayo a una y a otra.

—Tú sabes que no es que me molestes, sino otra cosa.

—Yo lo que he querido siempre para vosotros, tanto para ti como para tus hermanos, ni que decir tiene que es vuestro bien, hija mía.

—Lo sé, mamá; como todas las madres no desnaturalizadas quieren para sus hijos; pero llega un momento que los hijos sabemos ver por nosotros mismos qué es lo que nos conviene y lo que no.

—Bueno, hija, a lo mejor sí, quiero decir que sí, que así es, pero no está de más que tu madre te dé un consejo —dijo la madre sin salirse del tono manso.

—¿Pero sólo tú, mamá? ¿Papá no? ¿Toda la vida va a ser así? Porque yo he estado viendo desde que empecé a entender que has sido tú la única que has dispuesto en todo, eso sí, con muy buenas palabritas, sin dejar nunca meter baza a papá. Y así sigues. Y eso me ha sublevado siempre, porque no es de recibo, por no decirlo de otra manera.

—¡Jesús, hija, cómo me tratas! —protestó la madre con voz quejumbrosa— ¡Es que desde chiquitina has tenido un genio!

—Mercedes, no debías hablar así a tu madre —terció el padre tímidamente.

—Qué genio ni genio —contestó Mercedes.

—¿Cuál podrá ser mi interés tratándose de vosotros, hija? ¿Cómo puedes hablar así? —insistió la madre, y aprovechando, añadió: —Como lo mal que te ha sentado siempre que he querido aconsejarte en lo de Goyo, Mercedes, hija. Ese chico demuestra que le importas como ninguna mujer en el mundo, y con el brillante porvenir que tiene por delante, figúrate cuántas no se darían con un canto en los dientes por que se fijase en ellas—. Iba Mercedes a cortarla, pero la madre hizo ademán de que la dejase seguir—. Déjame terminar, hija, que es la última vez que te hablaré de esto ¿Que Goyo no te gusta demasiado? Bueno, eso del gustar o del querer viene con el tiempo. Yo tengo mi experiencia, hija. A mí tampoco me gustaba tu padre demasiadamente cuando se puso a pretenderme. Ahí está él, que puede decirlo—. El pobre hombre asintió con la cabeza—. ¿Y qué pasó? Pues que a vueltas de mis calabazas, él se hizo el tozudo, lo mismito que Goyo contigo, pero no, digo mal, Goyo está más tozudo aún, fíjate si le importarás; pues a lo que iba, hija, pasó que con el tiempo llegué a verle a tu padre de otra manera. Y vosotros habéis sido testigos de que hemos formado un matrimonio feliz y bien avenido. —Mercedes se sonrió con amarga sonrisa. La madre se dio cuenta y añadió: —¿No, hija, no lo hemos sido? Cualquiera que te viera pensaría que no.

—No me hagas hablar, mamá —la interrumpió Mercedes.

—Habla, hija, no digas que tu madre no te deja decir lo que creas que debes decir.

—Habéis sido un matrimonio bien avenido, cierto, mamá, pero falta aclarar que porque no ha habido marido en la casa. Lo que tú has dicho es lo que se ha hecho, lo que tú has querido es lo que ha sido. El matriarcado perfecto, mamá.

—Hija, Mercedes, no hables así a tu madre —repitió el padre como una cantilena.

—No sé qué quieres decir con eso de matriarcado, pero reconoce, hija —repuso la madre desviando la conversación—, que en lo de Goyo has llevado las cosas un poco lejos. ¡Hasta poner el caso en manos de un comisario de Policía! Qué pensará el pobrecillo cuando se entere.

—Mamá, te he dicho mil veces que mi vida he de elegirla yo y nadie más, aunque oiga tus consejos. Aconséjame cuanto quieras, lo que no puedo permitir es que te inmiscuyas en mi vida hasta el punto de pretender que me case a gusto tuyo, como conseguiste con mi hermano Toño.

—Hija —dijo la madre haciéndose la desentendida—, has tenido varios pretendientes, buenos chicos todos ellos, y ninguno te ha llenado. Debes comprender que para una madre no es plato de gusto ver que a una hija se le pasa la edad de casarse, cuanto más cuando es porque ella se la está dejando ir.

—Mira, mamá, entérate de una vez para siempre que a Goyo yo no podré quererlo para marido nunca, aunque se me presentara forrado en oro, es decir, menos, si cabe, si se me presentara forrado en oro. Y no he llevado lejos las cosas, como tú dices. Me ha amenazado y sé bien de lo que es capaz.

—Son cosas que se dicen por despecho, hija. Como ve que le desprecias.

—No desprecio a nadie. Simplemente, quiero que me deje en paz de una vez. Y vamos a dejarlo, mamá.

—Hija —dijo aún la madre—, con esas exigencias tuyas, no sé si te quedarás soltera.

—Pues mil veces antes eso que casarse por casarse.

—No te entiendo, hija mía.

El padre era el convidado de piedra. Siempre había sido en la casa eso, un convidado de piedra. Mercedes estaba persuadida de que su padre desde su infancia necesitó estar sujeto a alguien. No era un débil mental, era un carácter débil, desvalido. Le perdía su carácter. O le ganaba, quién sabe. Según esto, su esposa era que ni mandada hacer para él. Mercedes pensaba que medio mundo es el tirano del otro medio. Y para tiranizarlo se vale no de armas o medios coactivos exteriores, sino de las armas psicológicas, eso tan sutil e incoercible, pero tan poderoso. Por ellas se pueden hacer rendidos vasallos. Esto era su padre de su madre, o sea, un perfecto calzonazos.

Su madre era dominadora y posesiva, pero con unos hijos le había valido el serlo, ya de mayores —con Toño con el que más—, pero con otros no, y con la que le había valido menos era, desde luego, con ella. Por eso su madre la tenía por díscola y por muy suya. Desde pequeña le plantó cara, sin temer a azotes o palizas, pues buenas se las pegó su madre. Había sido de ésas que cuando un hijo pequeño las desobedece o contraría, cegadas por el enfurecimiento se quitan la zapatilla, que es lo que encuentran más a mano, y la emprenden a zapatillazos con la pobre criatura. El recuerdo de estos arrebatos maternos había dejado huella indeleble en la memoria de Mercedes. Y el dominio absoluto que ejercía sobre su padre le produjo desde que fue consciente de él, una callada vergüenza que llegó a tomar cuerpo de trauma. Ella no podía comprender cómo no resultaba humillante para su padre aquel permanente trato vejatorio por parte de su mujer, y constituía para Mercedes un torcedor el que, en vez de eso, lo que sucedía era todo lo contrario, es decir, que su padre lo llevaba todo tan feliz, como si viviera en el mejor de los mundos. “Cada persona es un mundo”, oyó Mercedes en boca de la gente desde niña. Y, claro está, entonces no entendía el significado del dicho. Cuando fue mayor pensó sobre él. Debía de ser, en efecto, que cada persona es un mundo, y así sucede que lo que, a lo mejor, para una es una delicia, para otra resulta tedioso o enfadoso. No se le ocultaba a Mercedes que en ello tiene que ver la cultura individual, pero, sin duda, mucho también el carácter o

idiosincrasia. Por eso Mercedes llegaba al convencimiento de que su padre, dado su carácter, se había casado con la mujer indicada, pues de haberlo hecho con otra de un carácter blando o apocado como el suyo, podía darse por seguro que se habría sentido un ser desprotegido, y en definitiva, desgraciado.

Cuando Mercedes fue mayor, su madre pretendió seguir teniéndola sometida, pero Mercedes se le mostró firmemente decidida a que terminase aquel avasallante dominio, en el que vivía con el alma casi en estado de asfixia. Y a la madre no le valieron tretas ni buenas palabritas, que, a medida que los hijos crecían, era la táctica preferente que fue adoptando, hábilmente, para mantener el vasallaje doméstico. Con lo que hubo de comprender a la perfección que aquella hija se emancipaba sin remedio de su férula. Y ante las interminables tentativas de la madre, no obstante, por recuperar el terreno perdido, Mercedes se planteó el marcharse a vivir independiente. Vio, por fin, que era lo mejor y puso en ejecución el proyecto. Pero no quiso salir de mala manera, sino que se lo razonó a su madre, la cual se le mostró, como era de esperar, quejumbrosa y dolorida. Su padre, cuando lo supo, abrió mucho los ojos, como en un pasmo. No comprendía, no podía comprender. Pero no se lo tomó a mal. A Mercedes la tenía por voluntariosa y cargó la decisión a cuenta de su voluntariosidad. Por lo demás, Mercedes había sido siempre su preferida. Quizás la admiraba, sin darse cuenta de ello, por su valentía y firmeza frente a la mujer que lo tenía a él en un puño. A pesar de todo, siempre causa chispas de admiración aquello de que se carece.

La condición de posesiva de su madre se delataba tanto en el empleo desmesurado del mi referido a los hijos y nietos, que ya los tenía, como en el énfasis acaparatorio inveterado que ponía al pronunciarlo. Y así, lo que podía ser, y por lo común es, una expresión de ternura y cariño, en ella venía determinado por su afán dominador, sin que por eso Mercedes pensase que su madre no quería a sus hijos. Era empalagoso oírla. Hablaba de sus hijos y nietos con la insana pasión con que un avaro lo hace de sus tesoros. Jamás decía “mi hijo” o “mi hija”, aunque hablase con alguien a quien no conocía, sino “mi Mercedes”, “mi Toño”, “mi Toñín” —uno de sus tres nietos—. Pero la cosa llegaba a más. Hablando con su propio marido no decía “Mercedes”, “Toño”, “Toñín”, sino

igualmente “mi Mercedes”, “mi Toño”, “mi Toñín”, como si fueran de ella en exclusiva. Por supuesto que el marido jamás reparó en el detalle.

—¿Sabes quién llamó por teléfono esta mañana, hija? —le dijo su madre a Mercedes cambiando de conversación —Mi prima Aniana.

—¿Y qué dice? ¿Cómo está Mari Tere? —preguntó Mercedes.

—Sigue en el Patriarca con el marido, pero que va mejorando. Su niña la tiene aquí Aniana, pero dice que si Mari Tere sigue mejorando se la llevará al Patriarca para que esté con ella.

—Buen panorama, sí —comentó Mercedes.

—Figúrate, hija. Y la otra, Conchi, está en trámites, por lo visto, para la separación. Yo no sabía que también el marido de Conchi es drogadicto. No me lo había dicho Aniana. Hoy se me ha desahogado, la pobre. Así se explica lo que hacía. Un cuñado de Aniana consiguió meterlo de eventual en la fábrica donde él trabaja, ya ves tú, con lo difíciles que están los puestos de trabajo, que conseguir uno es poner una pica en Flandes. Pues bueno, le faltó tiempo al elemento para empezar a hacer de las suyas: no iba a la fábrica cuando le salía de allí, no rendía en el trabajo, en fin, qué te voy a decir. Y lo que cabía, tuvieron que despedirle, dejando en mal lugar al cuñado de Aniana, que por lo visto está muy considerado en la fábrica, porque lleva en ella muchos años cumpliendo a satisfacción en su trabajo y es un hombre serio y formal. Claro que él lo hizo por su sobrina, para ver si cambiaba el elemento del marido. Entonces Conchi le dijo al marido que ya podía buscarse él solito un empleo, donde fuese, él vería en qué, porque lo que era ella no estaba dispuesta a mantener a un zángano, eso que ni lo soñara. Y a todo esto Conchi quedó en estado, lo que faltaba para el duro, hija. El marido, viendo que su mujer se las tenía tiesas con él, y quizá removiéndosele un poco la conciencia al saber que estaba ya en camino de ser padre, se empleó de ayudante con uno que tiene dos camiones y se dedica a cargar arena. Pero qué iba a durar, y menos en un trabajo así. Y por más que le dijo Conchi, ya no quiso saber nada de trabajar. Se levantaba a las tantas y hasta tenía la cara dura de pedirle dinero a Conchi para sus gastos. Conchi no se lo daba, claro. Al menos, eso es lo que dice Aniana, pero vaya

usted a saber. Pero sea como sea, Conchi ya se ha cansado de mantener con su trabajo a un zángano sinvergüenza y se ha ido a un abogado para que le tramite la separación. La pobre Aniana me contaba todo esto esta mañana ahogándose. Tiene con ella a las dos niñas, la de Mari Tere y la de Conchi. Conchi se ha ido a vivir con ellos, pero como se pasa el día fuera de casa por su trabajo, pues es Aniana la que tiene que atenderle a la niña. Y de Mari Tere le han dicho los médicos del Patriarca que mejorando va, pero que tiene el organismo bastante minado por la heroína. Aniana dice que está hecha una ancianita, a sus veintiséis años. Me decía llorando: "Si la ves no la conoces. Es muy doloroso decirlo, pero antes que así, hubiera querido verla muerta". Cómo estará de desesperada la pobre Aniana para hablar así de una hija. Y el marido, por lo visto, está todavía peor que Mari Tere. Claro: como que es el que la llevó a ella a la droga. La niña dice Aniana que se cría bien, pero que ella no las tiene todas consigo, ni mucho menos, tocante a que no haya sacado algo de la enfermedad de los padres. ¡Vaya dos casamientos, hija, el de la una y el de la otra! Así que la otra hija, la pequeña, está traumatizada, según cuenta Aniana. Y desde luego no es para menos.

—Es una pena —repuso Mercedes.

—Pues ya ves, hija, tanto Mari Tere como Conchi se casaron a disgusto de los padres —aprovechó para decir la madre de Mercedes—, y mira por dónde eso ha sido su desgracia.

—Pero Conchi y Mari Tere tenían ojos en la cara para ver con qué ejemplares iban a cargar —apuntó Mercedes—. Aunque Mari Tere parece que hacía ya tiempo que estaba enganchada, como los drogadictos lo llaman, y que fue a la boda como una zombi. Era un caso de juzgado de guardia, mamá.

La madre se limitó a mover afirmativamente la cabeza. Se levantó y lo mismo Mercedes, y entre las dos se pusieron a quitar la mesa.

El padre, por hacer algo, enchufó el televisor al tiempo que aparecía encuadrada en la pantalla la imagen de la ministra portavoz del Gobierno socialista leyendo en un papel equivocándose cada dos por tres como torpe colegiala. A continuación apareció el ministro de turno, que empezó a decir: "Yo creo de que..."

—Está visto, éstos no aprenden ni a hablar ni a leer —murmuró Mercedes riendo por no llorar.

Capítulo seis

Mercedes tenía desde pequeña una gran vinculación con la parroquia de Nuestra Señora de Belén, su parroquia, donde ahora daba catequesis de adultos. En ella fue bautizada. De niña, como tenía una bonita voz, formó parte del coro infantil organizado por el párroco que estaba entonces, un hombre activo que mantenían la parroquia en constante dinamismo. Era una de esas personas que saben dividirse como si gozaran del don de la ubicuidad. Estaba en todo, lo mismo al tanto del coro infantil, para que se mantuviese en forma, como de la labor catequística, como de las clases nocturnas de formación permanente de adultos que también se impartían en la parroquia por su iniciativa. Todo ello, claro está, al margen de la tarea ya de por sí absorbente de regentar la parroquia y atender a su ministerio sacerdotal. “La mies es mucha, y los operarios, pocos”, se dice en el Evangelio. Por eso han de redoblar sus fuerzas y su actividad.

Mercedes, chiquilla avispada y activa también si las hay, estuvo siempre en el centro de la pequeña vorágine de la actividad parroquial, bajo la batuta del párroco, que llegó a quererla con predilección.

Haciendo honor a la advocación mariana que le daba nombre, en la parroquia existía un belén de figuras clásicas de terracota de gran tamaño que contaban con una venerable antigüedad, atestiguada por la pátina que las ennoblecía. Cuando se avecinaba la época navideña la actividad de la parroquia se acentuaba aún más con los preparativos y montaje del monumental belén y con los ensayos de villancicos del coro infantil. Las figuras, cuidadosamente embaladas cada año pasada la época navideña, eran sacadas de sus embalajes, se desempolvaba el corcho, se allegaba el musgo, la arena y demás elementos o accesorios, y en el transcurso de dos o tres semanas de entusiasta labor, el belén iba surgiendo como por arte de magia entre todas aquellas manos y aquellas voluntades aunadas que

colaboraban en el montaje. Cómo disfrutaba la chiquillería que ayudaba en la labor. Qué dulces horas para Mercedes, de una dulzura inmarchitable en su alma, las empleadas en aquel menester año tras año, y los momentos pasados, embelesada, ante el querido belén, colocado siempre, invariablemente, a la derecha del presbiterio, ocupando todo el gran lateral. Y qué felicidad tan pura, escapada para siempre, la que llenaba su pecho cuando entonaba con el coro aquellos tiernos villancicos, uno, y otro, y otro, que tanto le gustaban al precioso Niño, pues a ella se le antojaba que les sonreía agradecido. Pero qué enorme tristeza, también, la que le arrugaba el alma cuando había que proceder a quitar el belén. Ella hubiera querido que estuviera puesto allí en su sitio todo el año. Pero no era cosa sólo de que el belén estuviera o no estuviera; porque aunque no se quitase, ella comprendía que una vez pasada la Navidad, se hubiera deshecho en torno a él parte de su encanto con la desaparición del encanto del ambiente navideño. La tristeza se le metía en el alma a Mercedes porque había que quitar el belén y porque se iba la Navidad, por ambas cosas inseparablemente, porque ambas cosas eran inseparables. Mercedes presentía un mundo de nostalgias renovadas sin cesar, en el tan conocido villancico cantado aquí y acullá, por chicos y mayores, en medio de la algazara y la alegría:

La Nochebuena se viene,

la Nochebuena se va,

y nosotros nos iremos

y no volveremos más.

Qué dejo de tristeza respira.

El belén no sólo llamaba la atención de los pequeñuelos, los preferidos de Jesús, llamaba la atención de pequeños y grandes, y el tiempo que estaba expuesto, que tradicionalmente era desde el domingo siguiente al día de la Inmaculada hasta el domingo

siguiente después de Reyes, acudían a verlo gentes del barrio y de distintos puntos de la capital. El belén no tenía, como otros, un alarde de juegos de luces con que imitar las alboradas, cenits, anochecidas y noches cerradas. No se encendían las casas por dentro cuando se hace de noche, porque ni las casas tenían luces ni se hacía de noche. No había el fuego de leños de los pastores que arde, parpadeante, al aire libre bajo el caldero colgado de un trípode de troncos, ni un río de agua de verdad que corre, con sus cascadas, ni molinos de agua que mueven sus grandes ruedas y de viento que mueven sus aspas durante el día y de noche descansan. No tenía, en fin, un refinamiento técnico, por así decirlo. Pero cautivaba dentro su sobriedad, si es que no lo hacía precisamente por su sobriedad. ¿Para qué necesita un belén que se introduzcan en su recinto los adelantos de la técnica, como en cualquier megápolis actual? El Belén escogido por Cristo para nacer Hombre era un pobre lugar de Judea de hace veinte siglos. A un belén le basta la sobriedad y la sencillez. Lo demás lo pone el fervor, que es lo más importante. El de la parroquia de Nuestra Señora de Belén contaba además con unas bellas figuras y estaba dispuesto con sencillez y arte. Qué mucho que causara admiración en todos.

Andando el tiempo llegó un momento en que Mercedes tomó a su cargo la dirección de la erección anual del belén.

También Goyo se movía en el ambiente juvenil de la parroquia. Allí se fijó en Mercedes y allí se prendó de ella. Pero Goyo no sentía la verdadera religiosidad. Goyo se metió en los grupos juveniles de la parroquia llevado por un fin práctico. Era un pragmático nato, si es que se puede ser materialista o no materialista de nación. Vio allí un medio dinámico pintiparado a su alcance para poder soltarse en la vida de relación y desarrollar sus dotes organizativas. Mercedes se le mostró inasequible desde un primer momento, pero él, en lugar de amilanarse o desanimarse, se empeñó aún más en la empresa de su conquista, porque Goyo sabía que, en general, la mujer cuando se la requiere de amores, empieza por hacerse la inasequible. De ahí que encontrase natural al principio la actitud de Mercedes. Luego fue ya otra cosa. Pero el ahincado empeño por vencer su negativa continuó siempre.

Goyo era una ave de presa. Cuando empezó la efervescencia política

en el país, tras la muerte de Franco, se apartó un tanto de la parroquia y se enroló en el partido socialista. Sólo le ataba a la parroquia el lazo de la atracción de Mercedes.

Cuando don Mariano tomó el relevo de la titularidad de la parroquia, la actividad desplegada por ésta no experimentó solución de continuidad. Por lo que hace al venerable belén, introdujo en él, con el concurso de Mercedes, algunas discretas mejoras de orden técnico. Mercedes siguió siendo una inapreciable colaboradora en diversas actividades de la parroquia, y entre ella y don Mariano idearon entreverar en la misa del Gallo una especie de escenificación de varios de los pasajes de los Evangelios que relatan las circunstancias del nacimiento de Cristo. Los representantes eran sólo adolescentes. Quién hacía de San José, quién de la Virgen, quién del posadero que les decía que no había posada, otros de pastores, otros de ángeles. No costó poco poner en ejecución la idea, porque los promotores se propusieron conseguir un resultado digno en cuanto a la calidad dentro de la modestia del intento. Hubo que encargar la confección de los ropajes, alas, barbas, pelucas; que seleccionar a los chicos idóneos, que ensayar y ensayar. Sin la dedicación y entusiasmo de Mercedes no hubiera sido posible culminar la tarea. Don Mariano le decía, viéndola desenvolverse en aquel menester, que revelaba unas magníficas dotes de directora teatral.

—No es para tanto, don Mariano. No exagere usted —le respondía Mercedes riendo.

—Sí, hija, sí; pero conste que esto no es animarte para que te metas en el mundo de la farándula.

—Ya me lo figuro.

Y se reían los dos.

También estableció don Mariano la costumbre de ofrecer un modesto ágape o refrigerio de confraternidad en el salón de la parroquia después de la misa del Gallo, al que quedaban expresamente invitados, por boca de don Mariano al final de la misa, todos los asistentes a ella. Para los gastos de este pequeño refrigerio contribuían con un óbolo los feligreses con el párroco a la

cabeza, pero invitados a él quedaban todos, feligreses o no. Lo único que se pedía era una buena disposición, es decir, voluntad de confraternización.

—Los ágapes —explanaba don Mariano— eran comidas que se celebraban en las comunidades cristianas de la Iglesia primitiva destinadas a fomentar la conciencia comunitaria entre sus miembros de distinta posición social. Cumplían, pues, a maravilla el espíritu cristiano. El Cristianismo derribó las barreras de las castas y de las clases sociales, como proscribió la esclavitud, por el camino del amor. El marxismo y demás sistemas políticos colectivistas son también en esto sus antípodas, pues propugnan derribarlas por la imposición de Estado, es decir, por la razón de la fuerza, después de revoluciones o convulsiones sociales sangrientas. Llegan tarde, muy tarde, porque esas barreras fueron abolidas por el Cristianismo hace dos mil años; pero llegan tarde y mal, porque por la imposición de Estado o tiranía no obtendrán sino sometimiento, y el sometimiento de los pueblos no dura para siempre, y mientras dura, es siempre odioso, sea cual fuere el fin que pregonen los que lo imponen. Así no se derriban las barreras sociales. Así lo que se hace es fomentar el odio a muerte, que encubren con el eufemismo de lucha de clases. Qué hermoso símbolo, en efecto, de hermandad en el amor, los ágapes cristianos. ¡Hay que volver los ojos a aquella confraternidad de la Iglesia primitiva para purificarnos de egoísmos, conciencia o espíritu de clase, despilfarros, lujos o superfluidades costosas, padeciendo tantos y tantos indigencia y necesidad perentorias! Si la hermandad de todos los hombres no la logra el Cristianismo no la logrará nada en el mundo. Pero si el Cristianismo no la logra, claro está que es porque nosotros los cristianos no lo asumimos con todas sus consecuencias. “No todo el que dice: ‘Señor, Señor’, se salvará”, nos advierte Cristo. No, no puede bastar el “Señor, Señor” o los golpes de pecho. Son indispensables las obras que corroboren su verdad. “Obras son amores”, dice sabiamente el conocido refrán español.

San Clemente de Alejandría define los ágapes como una forma propia de sociabilidad cristiana. Seamos sociables, pero no mundanamente sociables, porque esta fórmula encierra falsedad e hipocresía, sino cristianamente sociables. Ser cristianos es la forma más pura y neta de ser auténticos para consigo mismos y para con

los demás. A los cristianos —a los verdaderos cristianos, se entiende —, a los seguidores de Cristo puede referirse como a nadie aquello tan castizo de “sin trampa ni cartón” que se predica de una conducta limpia, y sobre todo, de una recta intención. La hipocresía es una de las máculas del alma más fustigadas por Cristo.

“¡Ay de vosotros, hipócritas…!”, apostrofa por siete veces seguidas en los Evangelios.

Los ágapes se celebraban en la casa particular de un miembro pudiente de la comunidad cristiana, o bien en la iglesia presididos por el obispo —o por un presbítero o un diácono en representación suya—. Antes de iniciarse el acto, el obispo, o el presbítero o el diácono que lo representaban, bendecía los dones aportados.

Cómo nos habla todo esto a nosotros, cristianos de hoy, al corazón.

Imitemos, hermanos, esta noche en el pequeño ágape que vamos a tener en el salón de la parroquia, a aquellos hermanos nuestros, tan alejados en el tiempo, pero que tan cerca sentimos, y en especial esta noche, en el corazón. Confraternicemos hoy y siempre. La confraternización es una de las esencias del Cristianismo. Tanto, que sin ella quedaría vaciado de uno de sus más preciosos contenidos.

Capítulo siete

Cuando Héctor llamó por teléfono a don Mariano para volver a saber de Verónica, el sacerdote le dijo que en su segunda visita la había encontrado bastante bien, y así se lo había asegurado ella; que se le había mostrado jovial y animosa, y contenta porque iban a darla de alta, según le habían dicho los médicos. Don Mariano manifestó a Héctor que había observado en Verónica un fuerte deseo de olvidar.

—Y es natural —comentó—. Quiera Dios que pueda hacerlo. Desde luego, la actitud interior entra por mucho, y la de ella parece decidida.

—¿No le preguntó si se había visto usted ya conmigo? —inquirió Héctor.

—Sí, claro que sí, y si le había dicho a usted lo que me pidió que le dijera. Cuando le contesté que sí, que había cumplido puntualmente el encargo, dijo: "Magnífico". Y como no volvió a referirse al tema, no juzgué prudente hacerlo por mi parte.

—Bien, padre —dijo Héctor al final de la conversación—, ¿qué tal si un día que no le venga mal, se pierde usted, como dicen mis alumnos, por aquí por la Universidad, y yo le enseño un poco esto y tenemos un rato de charla? Ya sé que es robarle una parte de su tiempo, pero usted necesita, como cada hijo de vecino, y perdón por la llaneza, un poco de esparcimiento de vez en cuando. También yo ando a vueltas con mi tiempo, como podrá usted suponer. Quién no, en este Madrid.

—A lo último yo puedo contestarle —le interrumpió el sacerdote— que hay muchos, demasiados en Madrid, como en todas partes de España, que tienen exactamente el problema contrario, el de no saber qué hacer con su tiempo y con sus manos: los parados.

—Muy bien notado, padre. Efectivamente, ahora se están dando los dos extremos. Pero como iba a decirle, yo procuro por todos los medios sustraerme al agobio, aunque, la verdad sea dicha, no siempre lo consigo.

—Tiene usted razón, un respiro nunca viene mal —respondió don Mariano.

—Por cierto que aquí se respira un aire del Guadarrama limpio todavía —comentó Héctor.

Y una espléndida mañana otoñal de las que Madrid prodiga, y es de señalar que se estaba ya a las puertas del invierno, don Mariano fue a la Universidad a la hora que habían convenido.

Después de enseñarle de pasada la Facultad por dentro, Héctor le preguntó si le apetecía dar un paseo al aire libre por el campus y los alrededores.

—Y qué mejor cosa —se apresuró a contestar don Mariano sonriendo.

Salieron.

Los árboles mostraban la verdad de sus troncos desnudos y sobre el abandonado césped cubierto de hojarasca ésta brillaba al sol como apelmazada alfombra de oro sucio.

—¿No ha reparado usted nunca, padre, en que, en lo de la caída y renovación de la hoja, los árboles parece como si quisieran ir contra el sentido de las cosas, por decirlo así? —dijo Héctor indicando el pelado ramaje con un movimiento de cabeza.

El sacerdote se le quedó mirando con semblante de sorprendido.

—Pues no caigo —repuso después de unos momentos.

—Sí. Se ponen su vestido de hojas para el verano y se lo quitan, o desnudan, para el invierno.

—Está muy bien esa observación, sin duda. Pero usted sabe que la Naturaleza obedece a unas leyes sabias, como dadas por Dios. Las

hojas de los árboles traen la flor y el fruto, que no serían posibles con el azote del invierno. Y además, cuando los árboles están cubiertos de hojas, es decir, en primavera y verano, anidan y se reproducen en sus ramas las distintas especies de pájaros. Y hay aún, que es en la avanzada primavera, y sobre todo en el verano, cuando los hombres, a cuyo servicio puso Dios la Creación toda, necesitamos su sombra. Pero todo esto no quiere decir que no tenga ingenio su observación. Lo tiene.

—Bah, no lo tiene. Se me ocurrió cuando era un niño. Porque yo he sido un niño de pueblo, es decir, que me he criado en permanente contacto con la Naturaleza, lo cual creo que es una suerte. ¿Y usted, padre, ha sido un niño de pueblo también?

—Así es. Lo que tiene que ingresé en el Seminario muy pronto, en plena infancia. Mi vocación sacerdotal fue muy temprana.

—Y acertada. Digo esto porque muchachos de mi pueblo, algunos de ellos amigos míos de la niñez, ingresaron en el Seminario a la edad de diez o doce años y ninguno llegó a cantar misa.

—Y fue mejor así, sin ninguna especie de duda. Porque si en cualquier profesión la vocación es lo fundamental, lo que va a contribuir a la felicidad personal y a hacer que la persona que ha acertado en la elección de profesión dé el ciento por uno de utilidad y provecho a la sociedad en que vive y a la que, en definitiva, se debe, en el sacerdocio es donde la vocación cobra su pleno sentido de llamada, como etimológicamente significa, como usted sabe, de llamada de Dios, por cuanto el sacerdocio no es una profesión, sino un ministerio. Y en el sacerdocio, después de la llamada queda aún la criba de la elección del futuro ministro de Dios por parte de quienes en el Seminario tienen encomendada esa ardua misión, porque la tarea de contrastar una vocación sacerdotal se hace a menudo tarea difícil y delicada. “Muchos son llamados, pocos los elegidos”, se dice en el Evangelio. Yo tuve la dicha de ser llamado y elegido después.

Don Mariano calló y se puso a contemplar el paraje inundado de luz bajo el azul velazqueño.

—Qué serenidad de ambiente —exclamó a media voz—. Antes

hablaba usted de la Naturaleza. Qué gloria de Dios es la Naturaleza y qué de atentados se están cometiendo contra ella en nombre de lo que llaman el progreso.

—Es cierto —corroboró Héctor—. Yo antes le decía que tuve la fortuna de crecer en contacto directo con el campo y los cielos abiertos. Y una de las más dulces impresiones que llevo en el alma es la de aquellos días felices que, en la inconsciencia de la niñez, parecía que iban a durar siempre. Pero con el paso del tiempo se ha operado dentro de mí un raro fenómeno, o quizá no sea raro, sino natural. Hace años que no he vuelto a mi pueblo, es decir, que no he pisado de nuevo las calles, los parajes, los lugares en que transcurrió mi niñez. Y siento en el pecho a la vez un anhelo de ir, de reencontrarme con todo aquello tan querido, y un movimiento del ánimo de signo opuesto, que parece concretarse en un temor a ser herido en la fibra íntima por los cambios o transformaciones que el tiempo opera, yo diría perpetra, en personas y cosas. No, no me siento con valor para enfrentarme con los efectos de esas transformaciones, a menudo estragos. Prefiero contemplar las personas, los lugares y cosas que rodearon mi niñez dentro de mí con los ojos del alma. Dentro de mí continúan igual que entonces. Podría increparles a quienes intentaran desvanecerme la ilusión: "No me toquéis ese tesoro".

—Eso es poesía, amigo mío —dijo don Mariano.

—Tal vez. Dice Flaubert en su Madame Bovary que todo notario puede llevar dentro un poso de poesía —bromeó Héctor—, y un profesor de Filosofía del Derecho no va a ser menos. Y además está aquello de que de poeta y loco todos tenemos un poco.

—Hombre —puntualizó el sacerdote—, todos, en cuanto humanos, somos más o menos sensibles a los efectos del paso del tiempo sobre lo que nos rodea y sobre nosotros mismos. Bien es cierto que hay gentes que por falta de sustancia o por inconsciencia parecen no afectarles. Viven y mueren como por inercia. Otros viven absorbidos en sus afanes de cada día, en sus quehaceres, en sus placeres y se les entumece el alma. Otros, entre los que me cuento, plenamente conscientes de que todo lo humano es por naturaleza perecedero y de que nuestro paso por esta vida es transitorio, subsumimos en la esperanza de la verdadera vida toda tristeza de la

carne. Pero si no se tiene esta esperanza y se es consciente de las cosas, ir viendo cómo el río del tiempo nos va arrastrando al mar de la nada, en medio de tanto menoscabo y tanta pérdida, debe de ser, no triste, aterrador. Comprendo el tormento de la duda unamuniana. Lo más insoportable de la vida para Unamuno era pensar que todo puede acabar con la muerte. Porque somos inmortales nuestra alma clama y se rebela contra la idea del acabamiento. Y por otro lado, sin la vida verdadera, que por verdadera no tendrá fin, en la que se entra por la puerta de la muerte, esta vida terrena carecería de todo objeto. Nacer, vivir, morir, ¿qué sentido tendrían? Sería el absurdo de los absurdos. Hace poco he leído en una revista religiosa un trabajo titulado El hombre light, como la coca-cola. El autor del trabajo caracteriza a este espécimen, que tan extendido está, como un ser trivial y frívolo, y que todo se torna en él banal y permisivo. Se ha dejado ganar por la opinión de que todo vale, de que qué más da lo uno que lo otro. Es un ser, en fin, volcado en el relativismo, el materialismo y el hedonismo. Un ser que se encuentra, resume el autor del trabajo, perdido entre los grandes interrogantes de la existencia. Pero yo creo que más que perdido entre esos grandes interrogantes, está a trasmano de ellos. Como ve usted, el hombre light es el hombre manipulado en todos los sentidos, de nuestra época, un ser vacío, y por ello vulnerable, un ser despojado de lo que hace hombre al hombre, o sea, pensar por sí mismo, sentir por sí mismo, interrogarse sobre el sentido de la existencia, en definitiva, ser por sí mismo, y no bailar al son que le tocan, como el mono del húngaro, es decir, y no pensar, sentir lo que le hacen pensar y sentir y ser como le hacen ser mediante las técnicas psicológicas de manipulación de masas.

—La condición de manipulable del hombre —opinó Héctor— es un problemón insoluble, como tantos otros, un problemón que con las técnicas psicológicas de alienación, potenciadas por la televisión, que es su instrumento favorito, por más eficaz, hace presagiar unas perspectivas pavorosas. Se habla sin parar de libertad, y cada vez está el hombre más enredado en las sutiles mallas de la alienación, que es la negación absoluta de toda libertad. Cuánta estúpida palabrería engatusadora Yo soy un refractario nato a todo poder, para entendernos, lo que se llama un anarquista. Un anarquista teórico, quiero decir, porque me hago cargo de que el anarquismo

no pasa de ser una utopía. Pero no hay que dudar tampoco que si ha habido y hay tiranos en el mundo es porque ha habido y hay esclavos, y no al revés. No es el tirano el que hace al esclavo, sino el esclavo al tirano. Fundamentándose en esto, tratadistas nuestros como el padre Mariana propugnaron doctrinalmente la licitud del tiranicidio. Yo a veces, pensando en el problema de la condición de manipulable del hombre medio, lo cual me preocupa desde hace años, me pregunto si no es que ese hombre medio, es decir, el que compone la práctica totalidad del género humano, es portador de una deficiencia intrínseca que es campo abonado para hacer de él mediante los medios de manipulación y alienación, lo que se pretenda. Sin que, por supuesto, muchos de los manipuladores, que están comprendidos en la categoría del hombre medio, no sean, a su vez, carne de manipulación. Algo como lo de alguacil alguacilado de Quevedo.

—Yo creo que no puede dudarse que el fenómeno de la alienación o manipulación es posible por la dejación que, por comodidad, el hombre hace de sí, y no porque lo lastre una deficiencia que haga inevitable el fenómeno, a no ser que se trate de oligofrénicos o retrasados mentales aun en un grado mínimo, lo cual no deja de ser una disminución morbosa de las facultades anímicas. La tendencia de la naturaleza humana a lo fácil y cómodo, o sea, al menor esfuerzo, le hace al hombre preferir que le den todo hecho, es la desidia que arruina, es la pereza que mata. No en vano la pereza es uno de los siete pecados capitales. Abrimos los Evangelios y dondequiera que pongamos los ojos vemos una llamada al esfuerzo, a sacudirse la pereza o la modorra, a la superación de sí mismos mediante el esfuerzo renovado.

—Pero a ver si no es esto la serpiente que se muerde la cola, es decir, si no es la incapacidad intrínseca que le he dicho la que hace inviable el esfuerzo y el celo de ser uno mismo, y no lo que hagan de uno.

—No, porque eso sería una contradicción en los términos: Dios creó al hombre para la felicidad eterna y al crearle puso en sus manos la capacidad y la aptitud necesarias para la consecución de ese fin. Dios es infinitamente justo y no puede pedir imposibles. Sería una monstruosidad que pecáramos por incapacidad intrínseca para no

pecar. Otra cosa es que el hombre deje oxidar esa capacidad y esa aptitud por falta de uso. Órgano sin función termina atrofiándose —se interrumpió don Mariano, como si algo más acuciante o del momento solicitara su atención. En efecto, Héctor observó que miraba los cuadros de césped con huellas o señales de haberse sentado o tendido gente sobre él. Esperó con alguna curiosidad a que dijese algo.

—Miraba el césped hollado —explicó el sacerdote sin tardar— porque unos feligreses me han dicho que en la Casa de Campo y en el Cerro de los Ángeles hay parajes bien a la vista, de hierba o de tierra o trechos de camino, que aparecen sembrados de preservativos tirados después de su uso. Y como van familias con sus hijos pequeños para que retocen y se expansionen al aire libre, no es raro que las criaturas toquen o manoseen los asquerosos adminículos. Pensé que por aquí podía también haber algo de esa inmundicia moral y material, ambas a dos. Pero qué mucho que se vea allá y acullá, si está ahora mismo toda España invadida de carteles y posters en donde junto a una clarísima fotografía de preservativo, se excita a los jóvenes y adolescentes a su uso con las palabras, en letras bien destacadas, de: "Póntelo, pónselo". Y a través de las ondas de la radio, y por la televisión, se repite el "Póntelo, pónselo" agresivamente. Es un tremendo atentado de Estado contra la pureza y la inocencia de niños y adolescentes, cometido tranquilamente con el dinero de nuestros bolsillos. Cómo desconocen los promotores y ejecutores de la insidiosa campaña aquello de Juvenal: Máxima debetur puero reverentia. Pero qué, si carecen de la más elemental decencia. Pero por encima de todo se trata de un pavoroso pecado de escándalo. Las palabras de Cristo contra el escándalo de los inocentes son de lo más duro que salió de su boca. "Al que escandalizare a uno de estos pequeñuelos más le valiera que se atase una piedra de molino alrededor del cuello y se arrojase al fondo del mar". Más dureza no cabe.

—Ponen su plebeyismo en todo, como no podía por menos —argumentó Héctor.

—Es mucho más que plebeyismo, como le acabo de decir, amigo mío —replicó el sacerdote.

—En España va a parar a la política, como si fuera su habitat

natural, la gente mediocre y deleznable. Es un mal crónico, enquistado. Las mentes egregias, según la genuina expresión de Ortega y Gasset, no venden su alma a la política, como Fausto al diablo —y Héctor se permitió un rasgo de humor—: cuanto más que la política no puede ofrecer la juventud. Y por su parte, la caterva de mediocres instalados en cada momento en el poder y en la oposición, aborrecen por igual a las mentes egregias, y confabulados tirios y troyanos, con la fuerza bruta que juntan apiñándose compactamente como un rebaño, suelen postergarlas o silenciarlas. La razón de la fuerza y su aliada la mediocridad dominan en un cruce de intereses bastardos. Proverbial es la fama de ladrón del político español. Llega un pobre diablo a la política con una mano detrás y la otra delante, como se dice, y a veces sin oficio ni beneficio, y el tiempo que está hace el agosto. El pueblo, "el pueblo paciente", en palabras de Quevedo, lo expresa como él sabe hacerlo diciendo que todos van a llenar la bolsa y que los de una bandería o partido, y los del otro, y los del otro, son los mismos perros con distintos collares. Estas frases son el corolario de la experiencia transmitida de generación en generación. La mediocridad, el latrocinio y el amaño empuñando la soberana razón de la fuerza son una constante histórica. Cuando el rey gozaba de poder absoluto ponía, a su antojo, en manos de un valido el timón de la nave de la nación para que el favorecido la condujera a donde tuviese a bien o le diese la gana, que para el caso es igual —los Lerma, Uceda, Olivares, Haro—, y lo que es aún peor, cuando la reina se prendaba de un mancebo, era ella la que hacía que se pusieran en sus manos, como un juguete en las de un niño, los destinos de España, colmándolo de títulos y honores, en premio y recompensa a yacer con ella —no otro fue el caso de María Luisa, la esposa de Carlos IV, con Godoy, un guardia de Corps, cuyos títulos culminaron en el rimbombante y desmedido de Príncipe de la Paz —. El resultado de todas estas privanzas fue el desmenbramiento del Imperio español y la decadencia y ruina de España. Luego, cuando se llegó a la época constitucional, la cosa no varió en lo esencial. Ahora no era un individuo el que disponía de los destinos de España, ahora eran unos pocos, procurando hacer ver con sus amaños que se cumplía la voluntad del pueblo soberano. Prim y su camarilla masónica coronaron rey de España a un duque italiano. La Restauración empezó con el pronunciamiento de Sagunto. Se le impuso al pueblo por la fuerza de las armas. Y por el Pacto de El

Pardo, en el que Cánovas y Sagasta establecieron el famoso turno pacífico, estos dos prohombres se repartieron el poder, turnándose, como las dos buenas piezas de los tresillistas del Casino de Vetusta que pinta Clarín en La Regenta se alternaban para desplumar a un pardillo que jugaba con ellos. Pero el turno pacífico, con su caciquismo flagrante, sus enjuagues y pucherazos duró un cuarto de siglo. “Cánovas considera al país como una herencia real”, escribió Clarín (de rex y de res). España parece condenada a ser el país del mal menor en política. La Restauración como mal menor, el directorio de Primo de Rivera como mal menor, la chapucera República como mal menor, el Régimen de Franco como mal menor, y este remedo de democracia que ahora tenemos como mal menor, y que los socialistas tratan de utilizar para sus fines estatalizadores, es decir, totalitarios. Es por demás.

—En fin —dijo don Marino con llaneza mirando su reloj—, seguiremos hablando otro día. Perdóneme, por hoy tengo que irme. He pasado una mañana muy agradable dando este paseo mientras hemos charlado.

—Lo mismo le digo, padre. Pero yo me marcho ya para casa. Puedo llevarle en mi coche.

—Pues estupendo.

Héctor le dejó en la parroquia.

Antes de despedirse le dijo el sacerdote:

—Como no falta mucho para Navidad, quiero dejarle ya invitado a visitar nuestro belén. Dentro de nada estará instalado, porque tenemos costumbre de montarlo pronto. Puedo decirle, sin pasión, que es uno de los mejores belenes parroquiales de España, en cuanto a artístico. Es del siglo XVI. Bueno, lo mejor es que se venga usted la misma noche de Nochebuena. Después de la misa del Gallo la parroquia ofrece en el salón parroquial un pequeño refrigerio muy animado de gente. Nuestra misa del Gallo despierta cada año una gran expectación debido a que damos en ella una especie de representación teatral a cargo de adolescentes, de algunos de los pasajes evangélicos que giran en torno al Nacimiento de Cristo. Queda bonito, o al menos, gusta.

Héctor pareció vacilar unos momentos antes de responder.

—¿Qué, no se anima? —se sonrió don Mariano.

—Bueno, la verdad es que no sé qué compromisos tendré esa noche. Le llamaré antes.

—Haga usted lo posible por venir. No se arrepentirá —se atrevió a asegurar el sacerdote.

Héctor se limitó a sonreír a su vez.

Capítulo ocho

Héctor se había sonreído también en su interior al oír la invitación del sacerdote. ¿No era una puerilidad? Cosas de curas. Era como si su amigo, porque, eso sí, lo consideraba ya un amigo, como si dijera a un chico de la parroquia con quien se hubiese topado en la calle: "Pásate a ver el belén y no dejes de venir a la misa del Gallo, que va a quedar la mar de bonita". Y en cuanto al refrigerio que su amigo le había dicho, irían, como si lo viera, aburridas viejas beatas, quizá unos cuantos matrimonios conocidos del párroco, con niños pequeños a los que habían llevado a la misa y a ver el belén, los cuatro chicos y chicas que hay siempre metidos en cualquier parroquia, y pare usted de contar.

Y por de pronto Héctor no volvió a pensar en el asunto. Pero luego la idea de la peregrina invitación empezó a merodear en su cabeza como si solicitara su atención. Y casi con pensamiento involuntario, reflexionó en torno a la tilde de puerilidad con que había despachado la ocurrencia del párroco. Y por asociación de ideas, o porque las ideas tiraron de los recuerdos y los recuerdos de los sentimientos, como los racimos de cereza tiran unos de otros al sacarlos de la cesta, aquella tilde acabó por retrotraerlo a los días de su niñez. Pero no era como otras veces. Había ahora en la evocación una fuerza especial. Porque hay hechos o episodios vividos en la infancia que tienen un poder evocador más intenso, por más entrañables. Y las horas de las Navidades de la niñez suelen conservar su vigencia adormecida en el alma, empapada de dulciamarga nostalgia. Así sucedía a Héctor. Todo aquel mundo mágico de la Nochebuena de su infancia, año tras año, resucitaba con inusitada fuerza en su interior, sumiéndolo en profundas añoranzas que pugnaban por empujarle las lágrimas a los ojos. Qué puerilidad. ¿Pero puerilidad? Y en todo caso, se dijo en este punto Héctor, ¿por qué ha de ser lo que se llama una hombrada, tenida en más que una puerilidad o la cosa a que damos este nombre? ¿Por qué se ha dado un valor despectivo a lo pueril? La ocurrencia de la

invitación del párroco había trabajado su espíritu sin Héctor advertirlo, haciendo aflorar a él, junto al cúmulo de vividos recuerdos, aspectos de la realidad en que antes no había reparado. Lo pueril bien entendido, siguió pensando Héctor sacudido por la ola de ternura que le llenaba el alma, ¿no es lo que, en definitiva, da savia al hombre? Hemos de mantener vivo dentro el jugo nutricio de la niñez, si no queremos volvernos hombres sin sustancia vivificante. Esto lo había intuido antes Héctor, pero era ahora cuando se hacía presente en su alma inequívocamente. Al invitarle a visitar el belén y a ir a la misa del Gallo, su nuevo amigo el párroco le había invitado, en definitiva, a aniñarse por una noche. ¿Había sido consciente del significado de la invitación? Si era así, era un verdadero sabio.

Todo esto le hizo a Héctor reencontrarse con puras emociones escondidas en los pliegues de su alma, delectándose en la vivencia interior de sus Nochebuenas de niño, allá en su pueblo. El belén se ponía en la escalera de mármol del presbiterio, ante el altar mayor, en la iglesia parroquial, un belén con un buen plantel de figuras de barro cocido de distintos tamaños, por eso se procuraba poner las de mayor tamaño a menos distancia del contemplador para guardar en lo posible la perspectiva. Héctor recordaba con nitidez la colocación de las figuras, casas, molinos, puentes y del palacio de Herodes con su nutrida guardia de soldados romanos con casco de penacho rojo y empuñando su lanza.

A la anochecida, la madre Casilda, superiora del convento de Terciarias Franciscanas, decía un novenario ante el belén. Héctor y otros niños estaban presentes los más de los días para aprovechar la ocasión de contemplar a sus anchas el belén durante todo aquel rato, sin que se los perturbase. También les atraía la novena porque las lecturas que hacía la madre Casilda les servía a manera de explicación de los prolegómenos del hecho de la encarnación de Cristo: las profecías de Simeón y de Ana la profetisa, el anuncio del arcángel San Gabriel a la Virgen de que concebiría y daría a luz un niño a quien pondría por nombre Jesús, y que sería llamado Hijo de Dios, el sueño de San José, la visita de la Virgen a su prima Santa Isabel, que la saludó diciéndole: “Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor está contigo, bendita Tú eres entre todas las nacidas, y bendito es el fruto de tu vientre”.

La noche de Nochebuena la casa de Héctor era desde la anochecida un hervidero de gente. Se reunían allí para la gran cena sus abuelos y los hermanos de su padre y de su madre con sus hijos, chiquillos de más o menos la misma edad que Héctor. Y aquéllos de sus primos que no traían una zambomba les pedían a sus padres que se la fabricasen sobre la marcha, y si éstos no se daban maña, a alguno de sus tíos. Había de tener cada uno su zambomba. Y qué corretear por la casa el suyo, atronándolo todo con su griterío y el ronco estruendo de las zambombas. Las personas mayores se sentaban en el anchuroso salón en rueda en torno al lar, donde unos robustos troncos de encina irradiaban un blancor de fuego. Pero los chicos no respetaban tampoco aquel lugar por de pronto tranquilo, a pesar de habérseles mandado que no fueran allí, y cuando irrumpían con su alboroto y carreras locas, a algunos les alcanzaba un capón o un puntapié, y esto y las amenazas que recibían, en lugar de intimidarlos, constituían para ellos un motivo más de diversión. Las personas mayores disimulaban la risa o reían abiertamente. En aquella señalaba noche no se podía castigar a un pequeño por alborotador. Era una noche en que chicos y grandes parecían porfiar en mostrar su alegría. La madre de Héctor iba y venía del salón a la cocina y de la cocina al salón para dar una vuelta a la cena en preparación y cambiar impresiones con Rosamunda, la cocinera, sobre tal o cual punto o detalle. Rosamunda llevaba con ellos la friolera de veintitantos años. Y no solamente hacía de cocinera, sino también de cuerpo de casa. Pero todos en la casa la consideraban una persona más de la familia. Era una mujer muy dispuesta y activa. Ella solía decir que el mayor suplicio al que podían condenarla en la vida era a estar mano sobre mano. Se descomponía de ver cómo hay gente que no piensa más que en no hacer nada. Por eso desempeñar el doble de trabajo de cocinera y cuerpo de casa era para Rosamunda como la cosa más natural. Cocinaba a las mil maravillas. Parecía poseer el instinto del arte culinario. De sus manos salían unos platos que todos los que los comían se hacían lenguas de su destreza consumada. Era como una sabiduría que llevaba en el cuerpo, y que así como no la había recibido de nadie, tampoco la podía transmitir. Y en la cena de Nochebuena Rosamunda alcanzaba el culmen de su arte. Todos los comensales eran a colmarla de alabanzas. Rosamunda no se envanecía o ponía sobre sí por mucho que se multiplicasen los elogios. Poseía también una modestia connatural que la tenía

inmunizada contra todo encarecimiento. Al oír los elogios se limitaba a sonreír silenciosamente como si no fueran con ella. Como remate y coronación de la gran cena se servían bandejas con profusión de dulces elaborados asimismo por Rosamunda, como unos que allí llaman gañotes, perrunillas, pestiños, tortas, que las personas mayores acompañaban con anisados o aguardiente. La gente menuda, sabiendo, como sabía, que al final de todo "venían" los dulces, procuraba dejar en su estómago lugar para ellos comiendo los manjares de la cena que más les gustaban y haciendo caso omiso de los que nos les gustaban tanto. Pero con los dulces cegaban. Y así aquella noche no faltaban los cólicos o empachos. Pero los que los padecían no escarmentaban para el año siguiente. Al año siguiente se les había olvidado, o si no, preferían exponerse a otro cólico que privarse de la delicia del atracón. Después de la cena era llegado el momento de que las personas mayores se animasen a cantar y alborotar. Los de temperamento vivo o alegre se animaban ellos por sí, ni que decir tiene, pero incluso los seriotes o taciturnos de carácter terminaban haciendo lo que cada uno podía o sabía, arrastrados por los otros. Una noche era una noche. Y se cantaban tonadas de la tierra, canciones y villancicos. Uno de los villancicos que más sonaban era el de:

Esta noche es Nochebuena

y mañana, Navidad.

Saca la bota, María,

que me voy a emborrachar.

Pero aunque se bebía, a pesar del villancico allí nadie terminaba borracho.

Desde dos horas antes de la misa del Gallo "Los tambores" convocaban a ella por todo el pueblo. Se daba este nombre de "Los tambores" a un grupo de hasta ocho hombres institucionalizado por la costumbre, en el que estaban representadas todas las edades, que,

cada componente con un tambor grande colgado del hombro por medio de una ancha tira de cuero, recorría lentamente, batiéndolos a todo batir, las calles del pueblo sin dejarse una, y aun por algunas pasaban más de una vez. Tampoco perdonaban una taberna. Eran los descansos que se procuraban durante las dos horas de duro tamborear. Se descolgaban con parsimonia los tambores, los dejaban a un lado en el suelo de la taberna, y acodados unos en el mostrador y otros de pie ante él, libaban por cuenta de la casa, porque la tradición no permitía que se les cobrase la bebida que consumían en el ejercicio anual de su función, y por otro lado los taberneros, incluso los más apegados al vil metal, cumplían la tradición con gusto. Renovadas las energías gracias al vinillo o al aguardiente y a un rato de conversación al paso, el grupo reemprendía su paseata con más brío si cabe. Durante todo su recorrido los seguía la chiquillería como la sombra al cuerpo, con acompañamiento de zambombas y aun latones tocados con un palo. Estaba en sus mieles. Cuando los de los tambores se metían en cada taberna, los chiquillos los imitaban en lo de tomarse una pausa y aprovechaban para descansar también de darle a las zambombas o de golpear los latones. Pero, como niños, no entraban en la taberna, sino que se quedaban en la calle esperándolos. Los que sentían sequedad en el gaznate por sed, o bien iban de un salto a su casa, si no quedaba lejos, o bien pedían un vaso de agua en la taberna. Cuando oía aproximarse el grupo de tamboreros con la recua de chiquillos detrás, la gente se precipitaba a la puerta de las casas gritando: “¡Los tambores! ¡Ya vienen los tambores!” Y se quedaba clavada en la puerta para verlos pasar. La estampa de “Los tambores” estaba adherida con fuerza a la retina de la memoria de todos desde bien niños y constituía una gran alegría dentro de cada cual verlos pasar cada año ensordeciendo el silencio de la noche con su porromplón, porromplón monótono y bronco, pero que sonaba dulce en todos los oídos. Si un año hubiesen faltado en la noche de Nochebuena “Los tambores”, en el corazón de todos se habría hecho un vacío de dolorosa nostalgia. Al cabo de las dos horas de recorrido “Los tambores” llegaban a la puerta principal de la iglesia, y luego de un largo y sonoroso redoble que retumbaba profundo en la quietud que se enseñoreaba de todas las cosas, entraban en el templo, que ya se llenaba de gente para la misa del Gallo. Los componentes del grupo venían frescos, bien se conocía en su pulso firme y tocar impecable, quiere decirse que el vinillo o el

aguardiente echado al coleto por cada cual no dejaba sentir su efecto, lo cual era de admirar también. Una vez dentro del templo el grupo se colocaba a un lado de la nave delantera, que era su sitio, y desde allí seguía la misa subrayando con sus redobles los momentos culminantes. Los redobles revolaban por las naves del templo, como invisibles palomas que buscaran salida, y no hallándola, se acumulaban por todo el ámbito amenazando con hacer estallar los tímpanos, no los arquitectónicos, que no los había, sino los más vulnerables de los fieles.

Héctor pensó largamente en estas horas henchidas de felicidad de su infancia, una felicidad pura e intensa, tan intensa o llenadora, que sólo su recuerdo, podía remover las fibras más íntimas de su ser. En la infancia la felicidad es espontánea. No es el resultado de un esfuerzo o una búsqueda. Es algo connatural a la niñez. Podría decirse que la niñez es un estado de gracia que hace posible el más alto grado de felicidad que puede alcanzarse en la vida. Es el vert paradis cantado por Baudelaire. Luego, según se va creciendo y haciéndose uno un hombre o una mujer, es decir, según nos vamos alejando de la infancia, se busca la felicidad más y más, por todos los medios a nuestro alcance, muchas veces en afán loco, y lo que se obtiene no es ya nunca ni sombra de aquella felicidad prístina que anegó nuestro pecho. ¿Es que se necesita la pureza, el estado de inocencia de la infancia para poder sentirla? ¿Es que al hombre le está vedada esa clase de felicidad para siempre? ¡Y llamamos pueril a lo que se asemeja al sentir de un niño! ¡Pues qué gran hazaña remontar lo pueril, y proscribirlo! ¡Qué gran conquista para el hombre! Ahí es nada: en la hombredad podemos conseguirlo todo, el dinero, el poder, el placer, la gloria, todo excepto una cosa, lo más importante: la felicidad.

Imbuído en las auras que oreaban su espíritu, Héctor concluyó por decidir aprovechar la invitación de su amigo el sacerdote para tratar de revivir interiormente con una mayor fuerza, estimulado por la ceremonia y el belén, la felicidad de aquellas horas perdidas de las Nochebuenas de su infancia. Se aniñaría por una noche lo que fuera preciso. ¿Pueril? ¡Pues bien, pueril! Pero también algo que ahora se le antojaba muy serio.

¿Cuántos años hacía que no había ido a una misa del Gallo? Desde

su niñez, justamente. Antes de la invitación del párroco ni siquiera sabía si se celebraban ya.

Podía decirse que sus Nochebuenas de hombre las había vivido en el desarraigo, en todos los sentidos. ¿Pero no les pasa esto a tantos?

Llamó por teléfono a su amigo y le dijo que iría a la misa.

Como, en efecto, fue.

Llegó a la iglesia cuando faltaba una media hora para las doce. Sin embargo, empezaba a abarrotarse. Había personas de todas las edades y se veían muchos matrimonios con niños. Héctor experimentó al entrar en el templo una sensación de paz mezclada de dulzura que lo llenó de bienestar interior y que se dejaba sentir en todo su cuerpo ¿Se trataba de un embaimiento propiciado por su predisposición de ánimo, por su propósito de verlo todo esta noche con ojos de niño, de sentir como un niño? Se dice pronto, pensó como en ráfaga Héctor. Porque una cosa era el propósito y otra si se consigue ponerlo por obra o no ¿Lo estaba él consiguiendo? No lo sabía ni era momento de hacerse de ello cuestión. Lo que tiene que estas formulaciones interiores se le suscitaban por sí solas. Pero el hecho era que se encontraba a gusto allí en el templo. ¿Y no era esto lo importante, en definitiva, incluso para el pragmatismo al uso? Dio una vuelta por uno de los laterales de la iglesia buscando dónde ponerse y vio niños y grandes apiñarse ante el ponderado belén. Se acercó y se detuvo a contemplar durante unos momentos la animada escena. Los pequeños se deshacían por escudriñarlo todo en el belén, por no perderse detalle, por beber con la retina la inmóvil representación. Pero, quién sabe, a lo mejor para ellos todo tenía movimiento y vida, sí, seguramente su imaginación era como una maga prestadora de vida y acción. Las ovejas mordían la hierba, el pastor les silbaba para que no se desperdigasen, un pastor y una pastora que cruzaban el puente camino del portal, llevando su presente para el Niño, hacían ademanes al charlar según andaban, la mujer que estaba junto a la fuente descargaba de su cabeza el cántaro y se inclinaba sobre el caño para llenarlo, el leñador que iba con el hacha al bosque se ponía a cortar troncos con ahínco y se oía el ¡¡chasss!!, ¡¡chasss!! del hacha sobre los leños... Los más pequeños miraban aupados en los brazos de su padre o de su madre y sin quitar los ojos un momento del belén preguntaban y preguntaban

apuntando con el índice de la manita derecha tal o cual figura o tal o cual escena. El tiempo no había pasado en el mundo. Eran otros niños, era otro belén; pero el entusiasmo, la ternura, la ilusión despertados por la representación en figuras de barro cocido del misterio del nacimiento de Cristo, eran los mismos que cuando él, Héctor, era un niño y se embelesaba ante el belén de la iglesia de su pueblo, y los mismos, invariablemente los mismos, que habían sentido los niños de todos los tiempos y de todos los países, sin distinción, desde que se habían instalado belenes en el mundo.

Héctor, por fin, buscó un sitio para ponerse hacia el comedio del templo. No sólo estaban todos los bancos ocupados, sino que dentro de nada ya no se cabría ni de pie en el templo, según afluía la gente, y el templo tenía buenas dimensiones. Héctor volvía la cabeza a un lado y a otro y miraba, complacido en aquel abarrotamiento al tiempo que un tanto asombrado. Ya faltaban escasos minutos para las doce. La iglesia se iluminó con todas sus luces. Un monaguillo salió a encender las dos velas del altar mayor. Salió también el coro, compuesto por un nutrido grupo de jóvenes de uno y otro sexo, que se colocaron en el rincón más próximo a los fieles de la derecha del presbiterio, en torno al piano que allí había y al que, asimismo, se sentó el que iba a tocarlo. La misa iba a empezar.

Salió el párroco revestido acompañado de dos concelebrantes, y cuando estuvieron colocados en el altar, antes de pronunciar el oficiante palabra alguna, el templo quedó a oscuras, pero fue sólo un instante, porque a seguido un foco instalado, al parecer, en el coro alto del templo proyectó su haz de luz sobre un grupo de dos chicas que representaron la Anunciación del Ángel. Las representaciones, unas breves, otras no tanto, fueron varias a lo largo de la misa, entreveradas, como le había dicho su amigo el párroco a Héctor. Otra de las escenas representadas fue la del sueño de San José. San José aparecía durmiendo, y el ángel a su lado, le decía: “José, hijo de David, no tengas recelo en recibir a María, tu esposa, pues lo que lleva en su vientre es obra del Espíritu Santo”. Y luego, María y José buscando posada, sin encontrarla, y finalmente, el Nacimiento de Cristo en el pesebre, con los ángeles y los pastores que acudieron los primeros al portal.

Cuando la misa terminó se aglomeraron, como antes de empezar, chicos y grandes ante el belén. Y poco a poco el templo se fue desocupando de gente. Una buena parte de los fieles se dirigió al salón parroquial. Éste tenía la entrada por la calle lateral a la que daba el edificio de la parroquia. Héctor no lo sabía y tuvo que preguntarlo, pues prefirió irse directamente al salón que buscar a su amigo en la sacristía o dependencias de la parroquia, desde donde, sin duda, podría pasarse al salón parroquial. El salón también se llenó. Héctor hubo de abrirse paso desde la puerta a base de: "¿Me permiten, por favor? Gracias", hasta que dio con su amigo, que, como era natural, se encontraba bastante solicitado. Le rodeaba un montón de personas, que charlaban y reían con él y entre sí. En todo el salón no se veían más que semblantes risueños y no se oían sino palabras joviales y de buen humor. Pero Héctor pensó que es lo que sucede siempre que la gente se reúne, con el motivo que sea, dispuesta a pasar un buen rato. Como Héctor se dio cuenta de que el párroco no le había visto, creyó lo más oportuno esperar a que las personas que estaban con su amigo despejaran el espacio en torno a él, para no ser uno más a abrumarle. Así que se disimuló hasta tanto entre la gente. Entonces se hizo oír en medio del bullicio una voz que gritó:

—¡Que hable don Mariano!

—¡Que hable, que hable! —la corearon al instante otras.

Y el bullicio cesó como por ensalmo.

Y don Mariano hubo de hablar, qué remedio. Con su robusta voz de varios registros, dijo:

—Bueno, creo que no es momento de discursos, y menos de sermones, sino de compartir este rato de alegría en espíritu de confraternidad cristiana, que es la verdadera confraternidad, y estos pobres manjares y bebidas, que dejarán de ser pobres si los enriquecemos con el amor de nuestros corazones, que es lo único de verdad enriquecedor en el mundo. Y qué más deciros sino que el haber visto la iglesia rebosando de fieles y el ver cómo habéis llenado también el salón parroquial, con lo que ello supone de voluntad confraternizadora, me insufla un sentimiento de dicha, de esperanza en Dios, de aliento, todo junto, uno de esos sentimientos

que nos dan la medida de nuestra grandeza, la que puso Dios en cada uno de nosotros al crearnos. Esto es la Navidad, la Natividad, una actitud que brota del amor a Dios y a los hombres, de buena voluntad, la buena voluntad que cantaron los ángeles en cántico que resonará en el mundo hasta el fin de los tiempos, de entrega, en fin, pero una actitud que ha de traducirse en obras, porque de lo contrario quedaría en palabras vanas, rutinarias, como ésas de felicitación que circulan en christsmas o se dicen de viva voz, da lo mismo, cada año por estas fechas. Navidad, Natividad, nacimiento al amor. Y basta, porque si no, no acabo en toda la noche. Pero conste que me habéis incitado vosotros, es decir, vuestra buena voluntad, que Dios bendiga.

Estallaron vivas y aplausos.

Y acto seguido la gente se aplicó a tomar lo que se había servido y se reanudó el bullicio.

Héctor vio sin fijarse mucho que la mesa donde estaba su amigo se había despejado un tanto. Era el momento de acercarse.

—¡Hombre, amigo mio! —exclamó el párroco tendiéndole las dos manos efusivamente—. Estaba seguro de que vendría.

—Hombre, así se lo dije —contestó Héctor sonriendo mientras apretaba las manos del sacerdote.

—Ya lo sé, pero al no verle podía haber empezado a dudarlo.

—Tiene usted razón. Es que antes le vi a usted muy ocupado atendiendo a sus feligreses y quise esperar.

—Pero, hombre, por Dios —repuso don Mariano.

A Héctor le impresionó poderosamente una mujer joven que estaba a la derecha del párroco, no por su hermosura, que era mucha, o por su sonrisa, que era luminosa, sino por su entera presencia. Era como si una arcana intuición le revelara de súbito que en ella estaba el otro polo de su ser. La primera idea que le vino a Héctor a las mientes es si no sería hermana o alguna otra pariente cercana de su amigo. Fuese lo que fuese, se sintió íntimamente turbado por la

presencia de aquella mujer. Él era pronto a impresionarse ante la belleza, la gracia, el encanto femeninos, pero ahora creyó sentir todo esto con una fuerza desconocida.

El párroco procedió a hacer las presentaciones entre Héctor y las personas que tenía más próximas a derecha e izquierda.

—Héctor, aquí, un matrimonio amigo, Delia y Pedro —dijo indicando a las dos personas que estaban a su izquierda, y a éstas, a su vez: —Aquí, Héctor.

—Mucho gusto.

—Encantada.

—Encantado.

El párroco se volvió a su derecha.

—Aquí, Mercedes. Mercedes, aquí, Héctor, un amigo mio.

Mientras le estrechaba la mano, que sintió palpitar en la palma de la suya. Héctor se anegó en la dulce sima de los ojos negros de Mercedes, donde se le antojó percibir la fijeza que anhelaba.

“Mercedes”, pensó. “Hasta su nombre es bonito y cargado de significaciones”.

“Pero, si bien se mira, un nombre no deja de ser algo adjetivo”, rectificó en seguida.

El hecho cierto era que acababa de conocer a aquella mujer y, sin embargo, experimentaba una sensación honda de haber estado junto a ella toda una vida.

Capítulo nueve

Pedro y Delia se pasaron, amablemente, al lado de Mercedes para que Héctor se pusiera al del sacerdote.

—Muchas gracias, no se molesten —rogó Héctor.

—No faltaba más.

Héctor pensaba que si Mercedes fuera hermana de su amigo, como él había supuesto, no hubiera dicho al presentársela, como dijo: "Aquí, Mercedes", sino: "Aquí, mi hermana Mercedes". No, hermana suya, seguro que no era. Pero esto no quitaba que tuviera con él algún otro grado de parentesco, y en este caso sí cabía más fácilmente que dijera, como dijo: "Aquí, Mercedes", a secas, en lugar de: "Aquí, mi prima, o mi sobrina, o mi cuñada Mercedes".

Héctor salió de su abstracción cuando oyó que el párroco le preguntaba:

—Bien, ¿y qué le ha parecido nuestro belén?

—Pues la verdad es que no he podido verlo bien —respondió Héctor procurando sacudirse sus pensamientos para no caer en la incorrección de una distracción, si es que no había incurrido ya en ella—. Había todo el rato gente aglomerada, antes y después de la misa, y apenas pude acercarme. Viendo tanto pequeño en los brazos de su padre o de su madre o de pie los más mayorcitos, que costaba retirarlos, y otros esperando a su vez, no era cuestión de usurparles, si así puede decirse, el sitio. Es su fiesta, la fiesta de los niños, que culmina con el Día de los Reyes, como fue también la nuestra cuando éramos como ellos.

Mercedes había cambiado unas palabras con Delia y Pedro y luego había prestado oído a lo que decía Héctor, dirigiéndole alguna mirada que se encontró con la de él.

—Quizá los niños sienten, sin ellos darse cuenta, por supuesto, de su valor —repuso don Mariano—, una especial atracción hacia los belenes y el ambiente navideño respondiendo a las palabras de Cristo: "Dejad que los niños se acerquen a Mí y no se lo estorbéis". Pero no olvidemos que, también, Cristo nos dice a los que dejamos de ser niños según la edad: "Si no os hacéis como niños no tendréis parte en el Reino de los Cielos". Lo que quiere decir que no es, propiamente, la fiesta de los niños la Navidad, como usted acaba de indicar, sino la fiesta de todos, pero a condición de que nos acerquemos a ella con la pureza de corazón de un niño, como Niño se hizo Cristo naciendo de mujer.

Mientras hablaba el sacerdote, Héctor y Mercedes volvieron a intercambiar miradas rápidas, porque Mercedes retiraba cada vez en seguida la suya. Héctor creyó adivinar que Mercedes le preguntaba con los ojos, en muda alusión a lo que don Mariano decía: "¿Lo oye usted?", y él creía responderle en el mismo mudo lenguaje cifrado: "Pues claro que lo oigo. Pero a quien quisiera oír durante toda esta señalada noche, sin cansancio posible, es a ti, a ti".

—Usted se dirá, amigo Héctor —añadió don Mariano—: "Ya salió el cura". Y tendrá usted más razón que un santo, valga la especie de juego de palabras no buscado.

Héctor y Mercedes intercambiaron una sonrisa, con infinito gozo por parte de Héctor.

—Bueno —contestó Héctor—, en su caso puede salir el cura, como usted dice, y en el mío, el profesor.

—De todas maneras, creo que lo que le he dicho es muy cierto —ratificó don Mariano.

Delia y su marido habían dejado de hablar entre sí y atendían a la conversación de Héctor y el párroco, con ganas de intervenir, sobre todo Pedro.

—Y lo que también podemos decir, padre —terció Pedro, en efecto —, es que el lleno de la iglesia de esta noche ha sido una demostración, o un muestreo, como dicen los políticos cuando se

trata de arrimar el ascua a su sardina, de que contra el fervor religioso del pueblo español no hay designio o manobra política que puedan nada, por más ataques disimulados que organicen, o más campañas difamatorias que monten en los medios de comunicación, o más obras de teatro o películas sacrílegas que subvencionen con el dinero del contribuyente, o sea, de todos; por mucha persecución solapada que le echen, en fin. Porque éstos ni siquiera tienen la valentía de perseguir a cara descubierta, como sus correligionarios de la República, sino que lo hacen embozados. Pero como aquello les resultó catastrófico a sus correligionarios, ahora se trata también de un cambio de táctica. Pero no les valdrá la añagaza, aunque pueda dar la impresión de que les está valiendo.

Delia le había echado a su marido mientras éste hablaba unas cuantas disimuladas miradas de impaciencia al tiempo que le tiraba del brazo con igual disimulo.

—Unas de esas obras de teatro a las que te has referido, Pedro —adujo Mercedes—, o mejor dicho, uno de esos engendros fue el titulado Tedeum, francamente blasfemo, y sí, hasta sacrílego, como lo dieron a conocer con pelos y señales algunos periódicos y se comentaba entre la gente. Lo representaba ese grupo catalán que se ha dado el nombre de “Els Joglars”. Pero y qué, lo hicieron y hecho quedó. El Gobierno socialista le subvencionó a “Els Joglars” ése y otros engendros del mismo corte, como subvenciona tanta cosa indeseable, se trate de engendros teatrales como los del grupo catalán, o de películas, o de lo que sea, sin que nadie le pida cuentas de las sumas que presupuesta para ello, que son dinero de nuestros bolsillos. Y aun tienen el salero de decirnos que Hacienda somos todos, según el resobado slogan.

Héctor echó también su cuarto a espadas. Dijo:

—Manuel Azaña proclamó en el Congreso de los Diputados, en su calidad de presidente de la República española, aquellas memorables palabras: “Señores, España ha dejado de ser católica”. Y se quedó más ancho que largo. Aquí los políticos, o politicastros, que tratándose de España son palabras sinónimas, cuando están en el poder se piensan que todo el monte es orégano y actúan como si el país, incluídos sus habitantes, fuera un predio de su propiedad. Sería grotesco si no fuera dramático.

Delia respiró. ¡Vaya, no era su marido sólo!

—Tienen ustedes razón que les sobra, hijos —repuso don Mariano —. Cómo podría yo decir otra cosa —y dirigiéndose a Héctor: —Se me olvidó preguntárselo antes, y a riesgo de resultarle un preguntón, lo hago ahora. Me refiero a si le ha gustado a usted la representación de los pasajes evangélicos que intercalamos en la misa. Conteste sin que le duelan prendas, que nosotros no encajamos mal las críticas, ¿verdad, Mercedes?

—¿De quién es obra, se puede saber? —preguntó Héctor sonriendo y mirando significativamente al párroco y a Mercedes.

—Hombre, no sea usted indiscreto, amigo mío. Si quiere saberlo, se le satisfará esa curiosidad, pero primero diga si le ha gustado o no —contestó don Mariano con toda jovialidad.

Mercedes se sonreía con una sonrisa que para Héctor era como la embocadura del Cielo.

—Pues claro que me ha gustado —contestó derretido en delicia interior—. Cómo no había de gustarme si, a mi parecer, ha quedado que no hay más que pedir.

Don Mariano le miró con sonrisa de incredulidad.

—Le he dicho que nosotros encajamos bien las críticas y usted se nos va al polo opuesto. ¿O es que bromea?

Héctor puso semblante serio, pero por dentro todo era júbilo en él.

—He hablado con toda sinceridad —dijo.

—Pues bien —repuso don Mariano creyéndole—, quitando mi colaboración en la selección de textos o invención de algunos diálogos, todo es obra exclusiva de Mercedes. Por eso le dije si bromeaba. Porque si hubiera sido obra mía me habría dado igual. Para mí Mercedes, y se lo tengo dicho y repetido a ella, es una estupenda directora de escena.

—Perdón si he dado pie para que pudiera interpretarse mi respuesta como una broma —se disculpó Héctor.

—No hay nada que perdonar, amigo mío —le dijo el sacerdote palmeándole cordialmente la espalda—. El que he metido la pata he sido seguramente yo.

—No, por Dios —protestó Héctor clavando sus ojos en los de Mercedes, que los rehuía con cierto indefinible mohín.

—Hombre, don Mariano, me va a sacar usted los colores delante de este señor con sus exageraciones —se quejó cariñosamente Mercedes, que quería de veras al sacerdote.

Lo de "este señor" le sonó a Héctor en los oídos del alma impropio y extraño ¿Cómo podía Mercedes llamarlo "este señor" sintiéndola a ella él tan próxima, tan dentro ya? ¿Es que pare Mercedes no era él otra cosa que "un señor", es decir, un perfecto desconocido? Y Héctor, parándose a pensarlo, se dijo si es que en realidad no era así. ¿Por qué mundos de ensueños navegaba su mente, por primera vez en su vida? Porque una cosa así no le había sucedido, que él recordase, nunca antes. ¿Qué estaba pasando por él esta noche? ¿Qué ilusiones, o quimeras, se estaba forjando respecto de aquella mujer de la que no sabía nada, sino su nombre de pila y que había dirigido a los adolescentes que habían representado los pasajes evangélicos en la misa, de la que no sabía siquiera si era soltera o casada, aunque no llevara alianza, o si, comoquiera que fuese, se debía a un hombre?

—Yo estoy tratando de animar a Mercedes —dijo don Mariano sin hacer caso de las palabras de ésta —para que dirija un auto sacramental de Calderón que se representaría en la iglesia el día del Corpus. Creo que quedaría una cosa muy bonita, y, quién sabe, a lo mejor cundía el ejemplo y lo hacían otras parroquias y poco a poco se volvía a esa piadosa costumbre tan española, y que además es cultura. Por optimismo que no quede.

—Pues bien, don Mariano —contestó decidida Mercedes—, puesto que tanto le ilusiona, cuente usted desde este momento con que lo haré. De lo que no respondo es de cómo salga, y hay testigos —se sonrió.

—Bravo, Mercedes —exclamó el párroco con el contento de un niño a quien regalaran el juguete de sus sueños—. No esperaba menos. Y

cómo ha de salir, como las propias rosas. Vano temor.

—No esté usted tan seguro —dijo aún Mercedes.

—¿Y el auto se va a hacer con adolescentes, como lo de la misa del Gallo, o con adultos? —preguntó Pedro.

—Ha tenido usted una buena idea, Pedro —convino don Mariano—. Podría hacerse con adultos y con adolescentes, y si se necesita algún niño habrá que incluirlo en el reparto, porque en los autos de Calderón El pleito matrimonial del cuerpo y el alma y El gran teatro del mundo, por ejemplo, hay un niño entre los personajes.

—Bien, podría hacerse con adultos —convino también Mercedes—. Pero lo que sí creo es que conviene elegir un auto de los más breves, porque uno largo sería complicado por todo, porque costará más trabajo aprenderse los papeles, y por lo tanto, a todos nos llevarán más tiempo los ensayos, y la verdad es que en este Madrid el que más y el que menos vamos ajustadillos de tiempo, y también porque a la hora de representarlo la gente lo agradecerá, porque creo que hay que ser conscientes de que un auto sacramental hoy a la mayor parte de la gente no le llegará. Es una opinión. Que yo recuerde en este momento, hay autos sacramentales de Juan de Timoneda, de Lope de Vega, de Tirso de Molina, de Sor Juana Inés de la Cruz, la monja mejicana, aunque es Calderón el que llevó el auto sacramental a su cumbre más alta. Con esto quiero decir que puede elegirse uno breve entre los distintos autores.

—Muy sensato, Mercedes, como tuyo —contestó don Mariano.

—Nada, que se ha propuesto usted, don Mariano, ruborizarme como una colegiala de las de antes, porque las de ahora no se ruborizan fácilmente.

—No, hija; no es más que la verdad. Como no es más que la verdad que abuso de tu bondad queriendo meterte en más berengenales. Dios te lo pagará con creces.

—Bueno, pues si está decidido que intervengan adultos —dijo Pedro — puedes contar conmigo, Mercedes, para un papel. Y espero no defraudarte demasiado. De pequeño hice papeles en juguetes

cómicos y comedias en el colegio. Mi amigo y paisano Fermín y yo parece que destacábamos un poco.

—Yo también ofrezco mi colaboración —dijo por su parte Delia—. Si se me necesita, aquí estoy.

—Mujer, tú bastante tienes con la batalla de los dos niños —repuso Mercedes—. Pero veremos.

—Yo no sé si daré la talla —dijo Héctor—, pero salvo eso, estoy también dispuesto a asumir un papel.

—Esto se anima —comentó don Mariano como un niño con zapatos nuevos.

—Ya veo, ya veo —hizo Mercedes—. Como que por poco ya no cubrimos el cupo de personajes. Pues muy bien, por mi parte, aceptados los ofrecimientos, y muchas gracias en mi nombre y en el de la parroquia, con permiso de don Mariano.

En este momento los niños de Pedro y Delia, que habían estado revoloteando con otros niños, como gorrioncillos, entre la gente, como si jugasen al escondite, habían acudido y tiraban de la ropa a su madre, al parecer, tronzados. Delia los entretuvo como pudo otro rato.

—Mercedes es profesora también —dijo don Mariano a Héctor.

—¿Ah, sí? ¿Qué enseña? —le preguntó Héctor a Mercedes.

—Soy profesora de Lengua en un colegio privado que se llama "Jorge Manrique". Es de unos palentinos parientes cercanos de mi padre, de Paredes de Nava, donde nació Jorge Manrique. Por eso pusieron al colegio el nombre del poeta.

—Pues precisamente la lengua es una de mis chifladuras —dijo Héctor, y lo era, pero aunque no lo hubiera sido hubiera dicho en aquel momento que lo era—. Conque espero tener ocasión de echar unas parrafadas con usted sobre el tema.

El ágape duraba ya cerca de dos horas. En el recinto del salón se promovía en estos momentos un movimiento de marejadilla

generalizado, como si todos los reunidos cayeran de pronto y al unísono en la cuenta de que era hora de marcharse. La mayor parte se acercó a la mesa de don Mariano para cambiar con él unas palabras y despedirse, con lo cual hubo de prolongarse la reunión todavía un buen rato, con desesperación de los niños de Delia y Pedro, que tuvieron que coger cada uno a uno en brazos.

—Pedro, es que pesas mucho, hijo mío —decía Delia.

Por fin quedaron en el salón sólo don Mariano, Mercedes, Pedro y Delia y los niños, Héctor y unas cuantas personas más.

Don Mariano salió a la puerta a despedir a sus amigos.

Ya en la calle, dijo Pedro a Héctor:

—¿Vino usted en coche?

—Sí —contestó Héctor—, lo tengo aparcado en una calle próxima.

Mercedes se iba hasta su casa con Pedro y Delia en el coche de éstos.

Pedro echó mano a su cartera de bolsillo como pudo, pues seguía con el niño en brazos, y sacó una tarjeta de visita.

—Ésta es nuestra tarjeta —dijo a Héctor poniéndosela en la mano.

Héctor le entregó a su vez la suya y otra a Mercedes.

—Yo no puedo darle tarjeta. No llevo ninguna —explicó Mercedes —. Para esto soy una completa despistada.

—Pues dígame su teléfono —dijo Héctor de la manera más natural sacando su bolígrafo y la agenda para apuntarlo.

Mercedes vaciló un instante. Y le dijo el número.

—Es el de la casa de mis padres, con quienes vivo actualmente — aclaró.

A Héctor le sumió de golpe la aclaración en el piélago de un duda

mortal. ¿Qué significaba aquello, que Mercedes era una separada y por eso vivía eventualmente en casa de sus padres? Cuánto no hubiera dado él en aquel momento por que alguien se lo aclarara.

Se despidieron, y al hacerlo de Mercedes Héctor le retuvo brevemente la mano pequeña, fina, cariciosa, experimentando a su contacto una anegadora emoción. Mercedes pareció no advertir nada. O quién sabe, se dijo Héctor, a lo mejor también ella se había complacido en sentir su mano prisionera por unos instantes de la suya.

Cuando iba ya en su coche por la desierta ciudad, alma de silencio, encontrándose al paso por la calle sólo algún que otro grupo de chicos alborotador con sus vociferaciones o canciones saturadas de alcohol, Héctor se tranquilizó pensando que no había ninguna razón para imaginar que Mercedes fuese una separada. Y podía no estar ligada a ningún hombre por un lazo amoroso. Pero con esto ¿él qué tenía? El que no perteneciese a ningún hombre, si es que era, en efecto, así, no comportaba necesariamente, ni mucho menos, que llegara a pertenecerle a él, como era el deseo de su corazón.

Centró su pensamiento en las miradas que Mercedes le había dirigido. Él creía haber visto en sus ojos algo que le decía que recibía de grado las suyas. Ahora tenía la seguridad de que era así. Y bajo el influjo de este acariciador estado de ánimo acudieron prontos y propicios a su memoria los versos de la conocida rima becqueriana:

Hoy la he visto, la he visto y me ha mirado,

¡hoy creo en Dios!

Pero él creía doblemente en Dios, siguiendo el tropo del poeta, pues Mercedes no solamente le había mirado, sino que también le había dado su número de teléfono, que ahora él llevaba en el bolsillo muy cerca de donde latía su corazón.

Pero a vueltas con sus pensamientos y el vaivén de su ánimo, Héctor terminó por decirse que por de pronto no podía saber si esta Nochebuena suya de hombre había de ser para él una noche dichosa o una noche aciaga.

Capítulo diez

Al salir del colegio a mediodía vio Mercedes en la calle a una señora de unos setenta años enzarzada en palabras con cuatro chicas de quince o dieciséis. Mercedes se paró cerca de ellas haciendo como que esperaba a alguien, con curiosidad de oír.

Las chicas le hablaban a la señora sin la menor muestra de respeto o consideración, como se ha hecho habitual en España a raíz de la llamada transición política.

—Tú lo que eres es una reprimida del franquismo, tía —le largaba una de las chicas—. Pero yo y todas las chicas de ahora somos libres gracias a la democracia. A ver si te enteras.

—¡Libres! Lo que sois es unas prostituidas sin haber todavía salido del cascarón, como quien dice. Habéis hecho ya de todo en lo sexual antes de empezar a vivir. ¡Que infamia, Dios mío!

—¡Anda allá, vieja, pelleja! Cállate la boca y púdrete. Tú no has podido hacerlo como nosotras y por eso te chinchas —le enjaretó otra de las chicas—. Eso es lo que te pasa, so reprimida. ¡Pues chínchate!

—Sois unas prostituidas, todavía más que las que se ponen a alquilar su cuerpo por un rato o por unas horas en la calle de la Montera, porque ésas lo hacen por oficio y se ganan así la vida, pero vosotras vais por ahí aparentando lo que no sois, y además hay otra diferencia importante, ésas lo hacen por oficio, como digo, y vosotras, por vicio, siendo todavía unas mocosas. ¡Qué infamia!

—¡Hale, so reprimida! ¡Vieja, pelleja! —repitieron las chicas, prorrumpiendo en carcajadas y alejándose de allí.

La señora se volvió para desahogarse con alguien que pasara y al ver a Mercedes, que se iba ya, empezó a hacerlo con ella.

—¡Qué desvergüenza, mire usted! Es que no tiene nombre. ¿Las ha oído usted?

—Sí, algo he oído.

—No me pude callar, mire usted. Pasaba yo y oigo decir a las desvergonzadas, pero qué digo desvergonzadas, desvergonzadas es poco, pues le oigo decir a una, porque lo decía alto, sin dársele ni tanto así que la gente se enterara, que ella lo ha hecho con no sé cuántos casados, y que de momento no cambia, porque los casados le saben más sabrosos, porque los chicos de su edad son un poco pasmados, y no sé cuántas indecencias más, yo en la edad que tengo, se lo digo de verdad, he visto nunca las cosas que se están viendo ahora, y no me tenga usted por una mojigata, que no lo soy, y las otras tres le contestaron que ellas todavía no han probado un casado, pero que en vista de lo que ella les decía, pues que se van a decidir, porque reconocían que los chicos de su edad son un poco pasmados, pero que de todo hay que probar. Yo no me pude contener, como le he dicho, y les dije indignada que si no tenían madre que les hubiese enseñado lo mínimo en decencia, y ya ha visto usted cómo me han puesto. A mí me horroriza todo esto, porque pienso que si las chicas de esa edad, unas niñas todavía, porque son unas niñas, hablan así y hacen eso que hacen, qué va a ser de España. Una persona a mi edad se asusta ya de pocas cosas, pero creo honradamente que la indecencia en masa, si así puede decirse, que se ha extendido por todo el país colma todas las medidas.

Mercedes se despidió de la señora y recordó una escena semejante que ella había visto hacía una semana o poco más en el departamento de librería de un centro comercial. Ojeaba ella las novedades y no pudo menos de llamarle la atención cómo un chico de no más arriba de quince años, que estaba a su lado, le daba noticia a otros seis o siete chicos de su misma edad, de uno y otro sexo, del preservativo femenino con una impúdica frialdad de hombre corrido que estomagaba.

—¿ Pero cómo es? —le preguntó una de las chicas interesada.

Los otros demostraban con su actitud el mismo interés.

—Pues, tía —contestó el enterado—, parecido al de los tíos, sólo que al revés, o sea, que en vez de ponerse en lo... del tío se pone en lo... de la tía y es más seguro para que no pase el semen. ¿Estáis?

Y, concomitantemente, también se acordó Mercedes de una carta publicada bajo el título "Preservativos" hacía tan sólo unos días en un periódico de Madrid. La firmaba un cargo político del denominado ministerio de Asuntos Sociales y su objeto era desmentir que el tal ministerio repartiese cajas o paquetes de preservativos a Institutos o colegios de EGB y otros centros, como se venía propalando en determinados medios de información.

El estragamiento moral de una gran parte de los jóvenes y adolescentes era cosa hecha, se dijo Mercedes. Y mientras tanto, España, en el marasmo que en otras circunstancias históricas denunció Unamuno.

Y en lugar preferente, en interiores y escaparates de las librerías campaban títulos como éstos: Cómo conducir drogado a toda velocidad, Guía del protocolo sexual, Cómo escapar del amor y del matrimonio, La novela de la lujuria, Guía erótica del fútbol, Cómo montártelo por el morro, Sostenes, Verte desnudo, Verte desnuda, Cómo drogarse con provecho, Memorias eróticas, Cómo forrarse y flipar con la gente guapa, Manual del perfecto canalla, El falo, Como ligar con esa chica que tanto te gusta y a la que le gusta otro...

Por la noche entretuvieron a Mercedes en la parroquia después de la catequesis de adultos. Cuando llegó a casa su madre salió a recibirla con semblante de preocupación.

—Hija, estaba intranquila.

—¿Por qué, mamá?

—Como tardabas...

—Bueno, tampoco he tardado tanto, mamá.

—Mamá te explicará —dijo su padre, que salió también a recibirla al pasillo.

—¿Qué os sucede? —inquirió Mercedes temiéndose no sabía qué.

—No, hija —se apresuró a responder la madre— A nosotros, nada. Es que al anochecer han atracado en el portal de su casa a la señora Herminia, pobre mujer. Y por eso nos hemos intranquilizado un poco.

—Pero, mamá, no iba a pasarme a mí lo mismo precisamente esta noche.

—No lo quiera Dios que te pase; pero nos hemos asustado.

El padre era el convidado de piedra de siempre.

—¿Y la han herido o algo? —se interesó Mercedes.

—Sí, hija. El atracador le dió un empujón contra la pared del portal que por poco la mata. La pobre cayó al suelo y se ha hecho una brecha en la cabeza. No es grave, pero con lo del atraco se ha llevado un susto de muerte. Como cualquiera.

Y la madre de Mercedes entró en detalles del suceso, como lo estaba deseando. Abría la señora Herminia la puerta del portal, para entrar, y de pronto vio que un joven sin pinta de delincuente, sino al contrario, bien trajeado y con muestras de buena educación, se le puso al lado y le dio las buenas noches con mucha amabilidad. Al parecer, aprovechaba que ella abría la puerta del portal para entrar también en la casa. La señora Herminia vio que no era una cara conocida, pero como por su aspecto no le infundió sospechas, pensó que se trataría de un amigo de alguno de los chicos de la casa. Pasaron, pues, los dos al portal. La señora Herminia fue a pulsar el botón del interruptor para encender la luz.

—No se moleste usted, señora. Yo la enciendo —dijo el chico cogiéndole con fuerza la mano que quería llevar al botón.

Y en seguida añadió enérgicamente:

—No grite, no haga ningún movimiento. Es un atraco.

—No bromees, hijo, que no estoy para sustos —le dijo la señora Herminia, como si estuviera en el limbo.

Lo que menos podía ella esperarse era que aquel chico con tan buena presencia fuera un delincuente, explicó después, y eso que está harta de oír, como todo el mundo, la cantidad de atracos y robos que se cometen, porque esto se ha vuelto el país del hampa.

—Nada de bromas, señora —le contestó el delincuente poniéndole en el vientre el cañón de una pistola o algo que se le figuró a ella eso—. Y quitándole el bolso de la mano de un tirón, le mandó:

—Venga, rápido, dame todo lo que lleves encima: dinero, pulsera, anillo, reloj, cadena, todo, rápido.

La señora Herminia no se tenía en pie de terror. Sin embargo, todavía se atrevió a decirle al atracador:

—Por Dios, hijo, ¿no te da lástima de una señora de mi edad? ¿No tienes madre? Piensa en que puedan hacerle una cosa como ésta a tu madre. ¿Te gustaría, hijo?

—Déjate le leches, tía, y larga todo lo de valor que llevas encima. ¡Rápido! —y le apretó el cañón de la pistola o lo que fuera aquello contra el vientre.

La señora Herminia no sabía lo que se hacía, por lo visto, porque aún resistió, exponiéndose a cualquier cosa, porque el otro estaba exasperado.

Le registró todos los bolsillos en menos que se dice y la amenazó:

—¿Me das rápido todo lo de valor que llevas encima, vieja idiota, o te dejo frita?

La señora Herminia se quitó, temblando, la cadena del cuello, que era de plata y de lo mismo el crucifijo que colgaba de ella, el reloj, la pulsera, los dos anillos que llevaba, uno de plata y otro de oro con un zafiro, y lo puso todo en las manos del atracador.

—Para otra vez a ver si espabilas, vieja idiota, porque te la has jugado bien jugada —le gritó empujándola contra la padre. Y salió a escape con el botín.

—Ten mucho cuidado, hija —le encareció su madre a Mercedes.

—Lo tengo, mamá.

Sonó el teléfono.

—Ah, debe de ser para ti, Mercedes —dijo la madre—. Ha llamado dos veces un tal Héctor preguntando por ti. Con lo del atraco de la señora Herminia se me ha pasado decírtelo.

A Mercedes se puso a latirle de prisa el corazón. “Cómo lo he esperado”, se dijo en lo más íntimo como si tratara de impedir oírselo ella misma.

Tomó el auricular con un imperceptible temblor en el pulso, pero que ella bien sentía.

Su madre se le había quedado mirando por el prurito en ella constante de fiscalizar los actos y los sentimientos de los miembros de la familia, y en especial de su marido y de sus hijos. ¿Había percibido en su rostro algo de la mutación de su ánimo?

—¿Dígame?

—¿Se puede poner Mercedes, por favor? —contestó una voz de hombre al otro lado del hilo. Mercedes la reconoció: era la de él.

—Sí, yo soy Mercedes —dijo procurando mantener su voz inalterada—. ¿Quién llama?

—Soy Héctor. ¿No ha reconocido mi voz?

—Pues no, no había caído —mintió.

—Bueno, no es extraño, por teléfono la voz siempre cambia algo, y además, la mía tampoco la ha oído usted tanto como para que pudiera resultarle familiar. Perdón, Mercedes, por llamarle a esta hora. Le he llamado antes, como le habrán dicho, y he esperado quizás un poco más de lo debido para no molestar otra vez sin que estuviese usted aún.

Hubo un pequeño silencio, como si Héctor no supiese con qué palabras continuar.

—¿Mercedes? ¿Me oye, Mercedes? —dijo Héctor como recurso, dando a entender que creía que se había cortado la línea.

—Sí, sí, le oigo. Dígame.

—Perdón, pensé que se había ido la línea; como funciona tan mal la Telefónica.

—Pues no, esta vez no se había ido —respondió Mercedes con humor.

Notó que Héctor celebró riendo su ocurrencia.

—Mercedes —dijo Héctor—, el objeto de mi llamada es pedirle que nos veamos para charlar un rato. No olvide que le dije que una de mis chifladuras, o lo que sea, es todo lo que se relaciona con la lengua (sangre del espíritu, como la llamó Unamuno) y que me gustaría mucho departir con usted sobre el tema, bueno, y sobre otras cosas también, porque si no a lo mejor se le hacía a usted aburrido, no en vano es la materia con la que anda usted a vueltas cada día con sus alumnos.

Mercedes guardó silencio unos instantes, y al fin titubeó:

—Bueno, en principio no hay ningún inconveniente en que nos veamos para charlar un rato, por qué había de haberlo. Lo que sucede es que estos días ando bastante cargada de trabajo...

—¿Pero no podría ser, por ejemplo, el viernes por la tarde? —se animó a proponer Héctor.

—El viernes... No, no puede ser el viernes. Lo tengo ocupado.

—Pues el sábado, el domingo...

—No, no me es posible.

—Por favor, Mercedes, haga un pequeño esfuerzo.

—¿Tanta prisa tiene?

—Pues sí, tengo muchas ganas de volver a charlar con usted

personalmente.

—¿Y por qué?

—Permítame, eso se lo diré cuando nos veamos.

—Me intriga usted. Bueno, pues sacaré tiempo... y nos vemos el viernes.

Y ya sin más, concretaron lugar y hora.

Cuando colgó Mercedes, su madre, que había estado, como la que no quiere la cosa, pendiente de la conversación, no pudo contenerse y le preguntó:

—¿Era Héctor?

—Sabes que sí, no sé para qué me lo preguntas —respondió Mercedes sin aspereza.

—Lo he supuesto, pero saberlo cómo iba a saberlo —calló, y si no lo dice, revienta: —¿Has encontrado ya al príncipe de tus sueños, hija? —preguntó aún, dándole intención a la frase.

—¿A qué viene ese retintín, mamá? —le reprochó en seguida Mercedes con mirada de reconvención.

—Perdona, hija; me ha salido así —rezongó la madre yéndose para la cocina.

Capítulo once

Desde la noche en que la conoció Héctor había vivido en un deseo febril de volver a ver a Mercedes, un deseo que no cejaba a ninguna hora, fuese de día o de noche, porque por la noche o se desvelaba pensando en ella o tenía sueños cuyos protagonistas eran él y Mercedes. Su cara, su sonrisa, su mirar, su imagen toda se le había entrado en las sienes y en el pecho con una fuerza incontrastable. Y volvía y tornaba Héctor a darle vueltas en la cabeza a la idea de si Mercedes no sería una fracasada en su matrimonio, lo cual no hubiera sido sorprendente, porque el fracaso de un buen porcentaje de los matrimonios era otra de las manifestaciones de la crisis moral y social del país, o si no era esto, de si no tendría novio. Y por más que quería, suministrándose razones, llegar al convencimiento de que no era así, había una razón que terminaba imponiéndose a todas las otras, a saber, que no era creíble que una mujer de la belleza y el encanto de Mercedes no hubiera sido solicitada por más de un hombre. Pero otras veces Héctor se decía que si el círculo en el que se movía Mercedes no era otro que el constituido por el colegio donde enseñaba y por su parroquia, apenas tendría trato o relación con ningún hombre. ¿Pero podía Mercedes haber constreñido su vida, en plena juventud y belleza, y siendo una mujer inteligente y culta, como sin duda lo era, a tan estrecho círculo? ¿O es que era también tan religiosa, o pacata, que no iba a otros sitios, que no salía, que no tenía amigas, que no buscaba, en fin, las expansiones propias de su edad, de su sensibilidad y cultura? Pero la impresión que Héctor había recibido de Mercedes no se correspondía con tal suposición. Y otras veces Héctor se iba al polo opuesto y pensaba que si alguien estaba en evidencia era él, que quizá Mercedes no viera en su ferviente deseo de volver a verla y de estar con ella, de saber si era soltera o casada, o sea, si estaba disponible para que pudiera llegar a pertenecerle a él, sino un ímpetu sentimental de romanticismo trasnochado. Él le diría entonces que nunca había sido precisamente un romántico. ¿Pero podía conceptuarse de romanticismo su sentimiento hacia

Mercedes? Temiendo lo que pudiera pensar ella, dejó pasar los días y no la llamó por teléfono para pedirle volver a verla a pesar de tanto desearlo. Más de una vez se sorprendió con el índice en el disco para marcar su número y no se atrevió a hacerlo. Pero al fin no pudo resistir el que pasaran más días de anhelo, y llamó.

La vacilación que advirtió en Mercedes al teléfono, como de mujer primeriza en estas lides, y el que accediera a que se vieran el viernes, le parecieron síntomas halagüeños.

Y lo más halagüeño fue la turbación mezclada con chispas de contento que vio en sus ojos cuando el viernes se dieron la mano para saludarse. Y además juraría que había notado algo trémula la mano de Mercedes.

Pasearon un rato por la Gran Vía, pues aunque el cielo estaba encapotado y la temperatura era baja, el fino guadarrama apenas se dejaba sentir.

No era agradable pasear por Madrid; había suciedad en las calles por todas partes, incluida la Gran Vía. Aquí y allá se veían arrancadas papeleras de las fijadas en las farolas de la calle y tiradas en el suelo al pie de la farola con los envases y bolsas de plástico, papeles y desperdicios depositados en ellas rociados alrededor. Se veían también en algunos sitios bolsas repletas de basura amontonadas, algunas reventadas o abiertas, con el contenido medio fuera, y en general, en las aceras al borde de la calzada había diseminadas colillas, paquetes de cigarrillos vacíos, cáscaras de pipas de girasol, bolsas o jirones de plástico, papelotes y otros desperdicios.

—Qué sensación de desidia por parte de todos, de gobernantes y gobernados, da esta suciedad —observó Mercedes.

—No sé si usted viaja —dijo Héctor—; yo viajo bastante y veo que están por el estilo las demás ciudades de España.

—No hay más remedio que convenir en que España está llena de inmundicia moral y material —añadió Mercedes—. No verlo es no tener ojos en la cara, o no quererlos tener. Pero la inmundicia material es lo de menos, evidentemente. Acabar con ella pronto

sería sólo cuestión de poner a trabajar a destajo a los equipos municipales de limpieza que se requiriesen para ello. El problema es la otra inmundicia, la moral, que ha invadido todos los ámbitos y se ha inoculado a jóvenes y adolescentes, y que ya por inercia se irá propagando de generación en generación si no se arbitra pronto el remedio. Pero a la sociedad parece preocuparle sólo el ganar dinero como sea, o robarlo, y el pasárselo bien. Todo lo demás le importa un comino. Así están las cosas.

Se aproximaba la hora de empezar la sesión de tarde de los cines y había largas colas para sacar las entradas y gente arremolinada en torno a la puerta del hall y el hall lleno esperando que abriesen, de tal modo que con ser bien anchas las aceras, los transeúntes se veían obligados a salirse a la calzada para vadear.

—¿Le gusta el cine, Mercedes? —le preguntó Héctor.

—Mucho. Tengo en casa una porción de películas de vídeo norteamericanas, italianas, inglesas, francesas y españolas. Hay que conformarse con el cine de antes, porque lo que hacen ahora en cualquier parte, o al menos lo que traen aquí si se trata de películas extranjeras, es un conglomerado de pornografía, violencia, tacos y estupidez, que no hay cristiano que lo aguante, o por lo menos, yo no. Del cine que se hace ahora en España para qué hablar, del poco que se hace, y mejor es así. Esto no quiere decir que no pueda haber de vez en cuando una película digna e interesante, incluso española. Pero, sea como sea, hay que reconocer que la época dorada del cine pasó. ¿Para no volver? Nunca se sabe.

—Pues yo prefiero el teatro, en general, sin que quiera decir con ello, ni mucho menos, que no es que no me interese el cine. Me interesa en todos sus aspectos o componentes, quiero decir en cuanto a guión cinematográfico, música, interpretación, dirección. Y así puede darse el caso de que me gus-te mucho una película por la belleza de su fotografía, o por su banda sonora, o porque tiene un buen guión, o por su excelente o genial interpretación, aunque en todo lo demás sea una cosa floja o desmadejada. Pero prefiero el teatro porque es un arte más directo, más legítimo. En el teatro no hay trampa ni cartón. En el cine sí hay mucho de lo uno y de lo otro —hizo una pausa—. Tenemos que hablar de muchas cosas, Mercedes, ya se lo decía yo —agregó mirando, con una sonrisa, a

Mercedes a los ojos—, de tantas, que no sé cuántas tardes vamos a necesitar.

Mercedes se contentó con corresponder a su mirada como si asintiera con los ojos.

Héctor reparó que en aquel momento pasaban por delante de una gran cafetería.

—¿Le apetece que entremos? —le preguntó a Mercedes.

—Como quiera.

—Pasemos.

El establecimiento tenía un espléndido salón con amplios ventanales a la calle. Aunque el salón estaba lleno, quedaban aún mesas libres. Se sentaron en una de las que había cercanas a uno de los ventanales, por el que se veía el ir y venir de la gente en la calle.

—Yo soy profesor de Filosofía del Derecho en la Universidad, pero tengo mis dudas respecto a si no es profesor de Lengua o de Filología o de Literatura lo que debía haber sido —rompió Héctor —. Pero no me crea mucho, porque la verdad es que yo soy una persona que me siento interesada por el todo lo que es saber, si bien me incline más a unas materias que a otras, como es natural. Voy a referirme a algunas de ellas —calló un momento como buscando con el semblante la aprobación de Mercedes.

—Vamos a ver —dijo Mercedes animándole, sonriente.

Era una sonrisa dispensadora de felicidad a manos llenas. Al menos, Héctor se estaba sintiendo el hombre más feliz de la tierra, sin exageración posible.

—Los sefarditas o sefardíes que hay repartidos por el mundo siguen utilizando el castellano en el estadio o grado de evolución en que se encontraba cuando sus ancestros fueron expulsados de España. Es el suyo un castellano detenido, estancado en un determinado momento histórico de España. Pues como a ese castellano de los sefarditas, les sucede a ciertas palabras, expresiones o giros en muchos rincones de España. Yo oía, por ejemplo, en mi pueblo

cuando era niño (porque yo soy de pueblo) —se sonrió—, en boca de los campesinos y de sus mujeres ciertas formas verbales del pretérito indefinido del verbo ver tal como las escribían el Marqués de Santillana o Santa Teresa de Jesús, me refiero a vicie, vido. Y también decían hogaño y magüer. Es un caso claro de estancamiento de siglos de unas formas verbales y de unas voces en medio de la general evolución del idioma, como si esas formas verbales y esas voces hubieran tenido la tozudez de negarse a avanzar al compás o ritmo que marca el mecanismo del idioma. Un idioma es algo vivo y esas formas verbales y esas voces se conservaban muertas. Exagerando un poco las cosas podría decirse que en su refractariedad a seguir adelante se mostraban rebeldes. ¿Por qué sucede eso con unas determinadas formas verbales, voces o expresiones y con otras no? Porque aun los mismos campesinos que decían vide, vido, hogaño y magüer utilizaban formas verbales, voces o expresiones evolucionadas como la otra gente del pueblo. También oía yo en boca de esta gente iletrada, analfabeta, la expresión de juro, que significa de cierto, ciertamente. Cuando yo era niño no podía saber que esa expresión es nada menos que un cultismo jurídico, que viene del adverbio latino iure (conforme a derecho), como acordándome de ella, advertí cuando estudiaba la carrera. Cierto es como verdadero. “Conforme a derecho” o “ajustado a derecho” viene a ser en el sentir de las gentes lo mismo que “conforme a verdad” o “ajustado a verdad”, y así sería si los que dictan el derecho se atuvieran a la justicia inmanente de las cosas. Pero el llamado derecho positivo se dicta a tenor de las conveniencias e intereses políticos, y no a tenor de los principios de justicia, y ya se sabe lo que la palabra justicia significa, suum cuique tribuere, dar a cada uno lo que es suyo. Yo me pregunto por qué cauces llegó el cultismo de juro a constituir una expresión de honda raigambre popular.

—Veo que hay encerrados en usted un filólogo y un filósofo —dijo Mercedes adornando su frase con una sonrisa.

—Me abruma usted, Mercedes —contestó Héctor, que estaba seguro de la sinceridad del elogio.

—El estudio etimológico de muchas palabras resulta apasionante —arguyó Mercedes—. Yo recuerdo con algún detalle el que hace el

profesor Manuel García Blanco del topónimo San Morales. No existe ningún santo de este nombre, como confirma el santoral. Sin embargo, en el partido judicial de Peñaranda de Bracamonte, en la provincia de Salamanca, hay un pueblo llamado San Morales. El profesor García Blanco, en uno de sus estudios lexicográficos, desvela el misterio. En el partido judicial de Peñaranda de Bracamonte existe otro lugar llamado Salmoral. Dice García Blanco que por sugerencia de su maestro Menéndez Pidal se dirigió al cura párroco de Salmoral pidiéndole información sobre el pueblo y el terreno en el que está enclavado. En la información facilitada por el párroco se decía que a unos dos kilómetros de Salmoral hay un prado o cañada que se llama Salobral o Salogral donde existen muchas partes de terreno salobre e improductivo, con manchas blancas y superficie cubierta de sal. Todos estos datos remiten a la palabra salobre (que tiene sal en su composición). Y Salmoral deriva a su vez de sale muria (sal muera). Es, por lo tanto, un sinónimo claro de salobreño o salobral. Dice García Blanco que según le escribió Menéndez Pidal, que estaba muy interesado en descifrar el origen de San Morales, debe de tratarse de una deformación de salmorales, terrenos salobreños. García Blanco se dirigió ahora al cura párroco de San Morales. Su información fue que al este de la localidad existe una faja de terreno salobreño de dos kilómetros de largo y medio de ancho, aparte de otras tierras colindantes salobres también. Aclara el párroco que la voz con que en la localidad designan tales terrenos es la de salmueras. De aquí viene salmorial. Y Salmoral, perdiendo la i de la última sílaba. Y, en plural, Salmorales: una asimilación a la nasal que sigue a la ele ha facilitado la forma popular de San Morales.

Héctor había seguido el hilo de la exposición de Mercedes casi sin pestañear, y cuando Mercedes terminó, le dijo:

—Sus alumnos deben de estar encantados con una profesora como usted. Yo, al menos, lo estaría.

—Eso son flores que usted me echa. Olvida que no he hecho otra cosa que darle noticia con algún detalle de una pesquisa lexicográfica ajena.

—De acuerdo, pero permítame que le diga que lo ha hecho usted como las propias rosas.

—Rosas, ¿ve cómo son flores? —se rió Mercedes.

Héctor se rió también.

—No tome a adulación mis palabras. Cuando me conozca podrá comprobar que la adulación es una de las cosas que más desprecio me merecen.

—No lo tomo a adulación, pero sí a exageración.

—También exageró usted antes, ya se lo dije, al decir que hay en mí un filólogo y un filósofo.

—Bien, pues estamos en paz.

Los dos se echaron a reír de nuevo.

—El mundo del lenguaje es un mundo mágico —dijo Héctor.

Mercedes refirió que un profesor suyo, hombre muy religioso, le explicó en una ocasión, en cuatro palabras, la estructura intrínseca del lenguaje humano en relación con sus posibilidades. Una idea genial, que no podía dejar de ser para ella un verdadero descubrimiento. Este profesor era un hombre modesto, y la bondad personificada, pero tenía ideas geniales. Su modestia era la del sabio. El fatuo es, como se sabe, todo lo contrario, hinchado y presumido. El profesor le dijo a Mercedes:

—Merceditas, el lenguaje humano es uno de los reflejos más espléndidos de la infinita sabiduría de Dios. Tiene una estructura rígida, matemática, que no hay quien la mueva, sino sólo Dios, como obra suya que es. Todo lenguaje humano se estructura así: una persona, animal o cosa que realiza una acción, por sí o reflejamente (el sujeto); la acción realizada en cada caso (el verbo); un objeto sobre el que recae la acción de forma directa (el complemento directo); un objeto sobre el que recae la acción indirectamente (el complemento indirecto), y una circunstancia de lugar, tiempo, modo, cantidad, etcétera, que acompaña a la acción o la modifica (el complemento circunstancial). Hay un verbo que no es de acción, el substantivo, que predica una cualidad del sujeto, y la cualidad es el predicado. Y todo lenguaje dispone de un corto

número de palabras genéricas, o sea, las que llamamos partes de la oración, que son nueve: nombre, pronombre, adjetivo, artículo, verbo, adverbio, preposición, conjunción e interjección, un niño lo sabe. Y no hay más; esto es, en sustancia, un idioma. Tanto en lo que se refiere a la estructura propiamente dicha como a las palabras genéricas, lo de menos es el nombre que se dé a los elementos estructurales o a las nueve clases de palabras. Lo inamovible es que hay seis elementos estructurales y nueve clases de palabras. Toda lengua tiene que atenerse necesariamente a esto. No ha habido hombre ni lo habrá, capaz de inventar otra estructura o añadir una parte de la oración a las nueve existentes, como nadie podrá añadir un ápice a su estatura, como dice Cristo. El hombre podrá realizar inventos increíbles en el campo de la ciencia y de la técnica, pero inventar una nueva estructura del lenguaje humano es una de las cosas que no puede hacer. Pues bien, esa estructura rígida y esos pocos elementos genéricos permiten una flexibilidad infinita, o sea, una serie infinita de combinaciones expresivas que dan por resultado la altura del pensamiento teológico, la hondura del filosófico, la exactitud del científico; las cumbres de belleza poética alcanzadas por los genios de la poesía, las cimas inaccesibles de la mística, la elevación de la oratoria sagrada, la gracia alada del ingenio, la chispa del humor que hace desfruncir el ceño o ensanchar los pulmones con sonora carcajada. ¡Cómo hubiera podido lograrse tanto con tan poco!

—Pero, don Andrés —le dijo asombrada Mercedes—, lo que me acaba usted de decir es genial.

—Bah, Merceditas, está al alcance de cualquiera.

Y tenía razón el profesor, dijo por su cuenta Mercedes, en el sentido de que se trata de algo que está ante nuestros ojos, como todas las cosas que constituyen el objeto de los grandes descubrimientos, pero sólo las verán unos ojos privilegiados. Tal vez en algunos casos, hecho el descubrimiento los demás nos digamos: “Sí, ahora lo veo claro”. Es como el huevo de Colón.

Y a modo de colofón su profesor dijo a Mercedes:

—Dios creó el mundo por la palabra. Así empieza el Evangelio de San Juan: “En el principio era la Palabra. Por ella fueron hechas

todas las cosas, y sin ella no se ha hecho nada de cuanto ha sido hecho".

Continuaron hablando Héctor y Mercedes.

En un momento de su conversación, dijo Héctor:

—Mercedes, ¿no es un poco ridículo que nos estemos llamando de usted, en estos tiempos de apoteosis del tuteo?

—Sí, tal vez sí —respondió Mercedes mirando su reloj—. Tengo que irme.

Héctor la acompañó hasta su calle y a unas manzanas de su casa se detuvieron para despedirse. Pero antes de hacerlo Héctor murmuró:

—Mercedes...

Mercedes le miró con unos ojos que parecían querer decirle que lo adivinaban todo. Héctor clavó los suyos en los de Mercedes con fuerza:

—Mercedes —repitió—, cuando me preguntaste por teléfono por qué tenía prisa en que nos viéramos, te contesté que se trataba de algo que debía decirte personalmente. Sin embargo, hemos estado juntos casi toda la tarde y ni tú has vuelto a preguntármelo ni yo te lo he dicho. Pero ha llegado el momento. Perdona que te entretenga un poco más.

—¿Y de qué se trata? —dijo Mercedes escamoteando la mirada.

—Mercedes —respondió Héctor nombrándola por tercera vez consecutiva, tragando con dificultad la saliva por la emoción—. Me ha pasado contigo lo que con ninguna otra mujer. Desde que te vi por primera vez la noche de Nochebuena no he hecho más que pensar en ti. Te has metido en mí con una fuerza que no puedo ni quiero contrarrestar. Ésta es mi urgencia —le tomó ambas manos y buscó sus ojos para reforzar con los suyos cuanto acababa de expresarle de palabra. Mercedes hizo un leve movimiento para soltarse y rehuyó su mirada—. Mercedes, te quiero. Tenía que decírtelo y tenías que saberlo.

Mercedes era toda ella turbación. Pero haciendo un esfuerzo de voluntad logró dominarse.

—¿Quiere decirse que estoy ante una declaración de amor, ahora que, al parecer, ya no se llevan? —bromeó.

—Sin bromear, Mercedes. Lo que acabo de decirte es lo más serio y lo más hondo que me ha sucedido en la vida.

—Perdón. Es que era lo que menos esperaba —mintió Mercedes.

—Me hago cargo. No obstante, ¿qué me contestas, Mercedes?

—Por lo mismo que no lo esperaba, ahora no puedo contestarte nada. Estoy un poco confusa y sorprendida, compréndelo.

Pero Héctor creyó ver, exultando de gozo en su interior, que sus ojos desmentían lo que expresaban sus labios. Héctor no cabía en sí de felicidad, la más grande que había sentido en su vida.

—Perdón, Héctor. Me tengo que ir.

Héctor le tendió la mano.

—Adiós —dijo Mercedes echando a andar hacia su casa.

—Adiós, Mercedes. Te llamaré —contesto Héctor sin moverse de donde estaba, viéndola ir.

Mercedes se medio volvió para decir:

—Bien, Héctor.

Capítulo doce

Don Mariano, Héctor no es de la parroquia, ¿verdad? —le preguntó Mercedes al párroco unos cuantos días después de haberse visto con Héctor.

—No, hija, no es de la parroquia.

—¿Y podría usted decirme cómo lo conoció usted?

—Lo conocí por una tercera persona y desde entonces hemos mantenido muy buen trato. ¿Pero por qué me preguntas todo eso? ¿Qué ha sucedido? Estás inmutada, hija.

—Es cierto, lo estoy. Pero no ha sucedido nada que deba preocuparle. En seguida le explico.

Mercedes sintió necesidad de unos momentos de silencio. Se los tomó. Don Mariano la miraba sin decir esta boca es mía.

—Don Mariano —añadió Mercedes—, acabo de decirle que en seguida le explico y la verdad es que no sé cómo empezar, porque es más difícil de lo que yo creía.

El sacerdote abrió mucho los ojos y su frente trazó un haz de arrugas.

—Me estás inquietando, Mercedes —dijo.

—No, don Mariano, si no es nada como para eso. Verá usted. La semana pasada me llamó Héctor por teléfono y me dijo que quería que nos viéramos para charlar un rato. Yo le contesté que bien, que podíamos vernos un día, pero que de momento a mí no me era posible porque estaba muy ocupada. Él insistió con ruegos para que nos viéramos en el fin de semana. Accedí y nos vimos el viernes. Paseamos un poco por la calle, estuvimos en una cafetería de la

Gran vía, y pasamos una tarde muy agradable hablando sobre diferentes temas. Pero a la hora de despedirnos Héctor inopinadamente se me declaró. Me dijo que la noche en que nos conocimos había sentido hacia mí lo que nunca en presencia de ninguna otra mujer y que había estado pensando en mí desde esa noche. Y me pidió una respuesta.

Don Mariano miraba a Mercedes con unos ojos todavía más abiertos que antes, todo lo abiertos que podían estar, y con una expresión un tanto atónita.

—Ha sido todo un poco precipitado, ¿no, Mercedes?

—¿Usted conoce bien a Héctor, don Mariano? —fue la respuesta de Mercedes.

—Me temo que no le conozco muy bien —contestó el sacerdote con cierta reserva.

—¿No es amigo suyo?

—Sí, sí, lo es.

—¿Conoce usted bien su vida?

—Eso no, Mercedes. De su vida no me ha hablado gran cosa, y, como comprenderás, hija, yo no puedo sentirme autorizado para fiscalizar vidas ajenas.

—¿Es creyente?

—Me figuro que sí, pero tampoco puedo asegurarlo.

—¿Hace mucho que lo trata usted?

—No, Mercedes. Poco.

—Yo pensaba que era amigo suyo de muchos años y, por consiguiente, que lo conocía usted bien.

—Como a ti no, desde luego, hija. Pero, a juzgar por tu interés por saber de su persona y de su vida, veo que estás considerando la

declaración de Héctor.

El seno de Mercedes delataba un leve jadeo revelador.

—No, don Mariano, no se trata de que esté considerando o no su declaración. He venido a abrirle a usted mi pecho. A mí me ha sucedido con Héctor algo demasiado semejante a lo que él me dijo que le ha sucedido conmigo. Cuando usted me lo presentó sentí en todo mi ser un extraño estremecimiento, una turbación, una emoción, un sentimiento que no podía explicarme. Y en los días que siguieron lo que deseaba secretamente era volver a verle, era que me llamase por teléfono, como al despedirnos de él la noche de Nochebuena Delia, Pedro y yo me había dicho que haría. Estaba pendiente de su llamada, me sentía dominada por una impaciencia desconocida en mí. Tanto, que si no me hubiera llamado me habría sentido desgraciada. Pero Dios quiso que lo hiciera y que me pidiera que nos viésemos. Dios quiso, en fin, que oyera de sus labios que me quiere, lo cual me colmó de felicidad, una felicidad que llevo dentro y que sólo a usted le revelo. No conozco a Héctor, don Mariano, no sé de su vida, ni de sus creencias, ni de sus intenciones y sentimientos; y a pesar de todo, tengo la profunda impresión, una impresión que me cuesta arran-carme, de que es bueno, de que me quiere como me ha dicho, de que no puede engañarme, de que es incapaz de una avilantez o una villanía. No le conozco y es como si hubiera estado junto a él toda mi vida. Es para mí un ser menos extraño que cualquier otra persona de las que han estado siempre junto a mí. Es tan difícil de explicar.

El sacerdote no salía de su asombro.

—Todo eso quiere decir que crees haberte enamorado de Héctor.

—No, don Mariano. Quiere decir que tengo la firme convicción de que me he enamorado. ¿Qué otra cosa, sino amor, podría ser cuanto he tratado de explicarle?

—¿Y tú a él qué le contestaste cuando te pidió que le respondieras?

—Le dije que no podía contestarle nada. Y estoy firmemente resuelta a no darle el sí hasta después que nos hayamos tratado y conocido y me hable sobre su vida. Esto que acabo de confiarle a

usted no lo oirá Héctor de mis labios hasta el momento en que sean los hechos los que me confirmen en la seguridad que sobre su persona me da ahora el corazón.

—Pues señor, veo que los amores súbitos no son cosa sólo de las novelas y de las películas —dijo don Mariano.

—El Espíritu sopla como y cuando quiere —adujo Mercedes—, y también el amor brota como y cuando quiere.

—Pero no es lo mismo lo uno que lo otro, Mercedes.

—El verdadero amor no puede ser ajeno al Espíritu.

—Sí, claro es.

—Yo he tenido siempre el presentimiento de este momento —murmuró Mercedes como para sí.

—Estoy seguro de que tú no te engañas en tu sentimiento —le dijo el sacerdote—, pero Héctor puede creer que se ha enamorado de ti y luego resultar que no era eso. Yo no pretendo, ni mucho menos, hija, lo que se dice arrojarte encima un jarro de agua fría, por anticipado, además, pero pienso que sería prudente no dar por cierto el amor de Héctor hasta que el tiempo, que no es mala piedra de toque, te lo haya probado. Sin conocer bien a un hombre no se debe fiar mucho en él. Pero aun conociéndolo, es prudente averiguar si es verdadero el cariño que dice sentir. Sería muy lamentable que llevada por tu sentimiento hacia Héctor, te echases confiadamente en los brazos de la ilusión y que luego comprobaras que lo que él te aseguró no era amor, no pasase de ser mera atracción hacia ti. El desengaño sería doloroso. Te digo esto, hija, porque te veo muy confiada ante unas meras palabras de Héctor.

Mercedes se quedó un momento pensativa, ensombreciendo su semblante una nube de tristeza.

—¿Pero usted recela de Héctor, don Mariano? ¡Y yo que pensaba que usted lo conocía bien! —exclamó como en un suspiro.

—No recelo, hija. Pero tienes que saber si te quiere y si es digno de ti, puesto que yo no lo conozco como para hacer eso innecesario.

—Me atrevería a decir, don Mariano, que el saber que me quiere me bastaría, porque si no fuera bueno yo me propondría con toda el alma hacerle bueno, y lo conseguiría a fuerza de amor, que es como mejor se consiguen todas las cosas. Pero, por otro lado, tampoco yo soy buena. Probablemente, necesitaré aprender cosas buenas de él. Todos somos imperfectos. Cristo dijo al joven rico cuando lo llamó "Maestro bueno": "No me llames bueno, porque sólo Dios es bueno"; entonces, es osadía tenerse por tal. No obstante, sé que dentro de la imperfección a la que todos estamos sujetos, hay grados, y que hay personas que se acercan mucho a la perfección, como son los santos. Pero qué puede haber de más hermoso en la vida, que ayudar, si está en nuestra mano, en el camino de la perfección a quien está necesitado de nuestra ayuda, máxime si se trata de una persona a quien queremos con toda el alma.

Don Mariano no respondió nada a las palabras de Mercedes. En su cabeza se revolvían los pensamientos. "Qué alma magnánima", se dijo. "¡Ojalá que Héctor la merezca!"

Cuando se quedó solo se encerró en el despacho parroquial para reflexionar sin que lo perturbasen. Necesitaba hacerlo para tratar de sacudirse la inquietud que la revelación de Mercedes le había metido en el cuerpo. Empezó por reafirmarse en su certeza de que el sentimiento hacia Héctor que había brotado en el pecho de Mercedes no era un espejismo, por más que hubiese surgido súbitamente. Él conocía bien a Mercedes y sabía que cuando se había decidido a revelarle cuanto le acababa de revelar, y con la emoción que lo había hecho, era porque su sentimiento era sólido. Él sabía que no cabía que Mercedes cayera en ligerezas de casquivana. Mercedes era la sensatez misma, y en ningún modo la clase de mujer que se deja llevar por su primer impulso. Al contrario, era analítica. Y tampoco era la mujer a quien ningún hombre ha solicitado. Había tenido varios pretendientes, y entre ellos, Goyo la había asediado durante años, yendo desde el rendido halago hasta la amenaza para que le hiciera caso, sin el menor resultado. ¡Qué gran suerte la de Héctor! ¿Pero la merecía? Él, don Mariano, por su condición de sacerdote, no podía saber por experiencia propia si los amores súbitos son cosa posible fuera de las novelas y del cine. Pero ante lo que Mercedes le había revelado, se persuadía de que sí. Y no obstante, también se acordó de aquellas

palabras de Hamlet: “Inconstancia, tienes nombre de mujer”. Hamlet es un personaje literario, pero su creador, Shakespeare, es un profundo conocedor del alma humana, como lo ponen de manifiesto sus inmortales obras. ¿Pero han de ser inconstantes todas las mujeres? No, no; hay en la vida muchos testimonios de todo lo contrario, es decir, muchas contrafiguras de Gertrudis, la madre de Hamlet, que fue quien hizo pronunciar, con su conducta, las amargas palabras a Hamlet. ¿Podía Mercedes creer hoy estar enamorada con toda el alma, tal como le acababa de revelar, y descubrir mañana, incluso con sorpresa de ella misma, que se había engañado? Don Mariano se resistía a creerlo, pese a la autoridad de Shakespeare.

Poco días después Héctor se presentó a visitar a don Mariano.

—Qué sorpresa. No le esperaba a usted.

—No sé si le hago trastorno por no haberle llamado antes por teléfono —se disculpó Héctor.

—En absoluto, amigo mío.

—Tengo que hablar con usted, padre.

—Pues me tiene a su disposición.

Se encontraban en el despacho parroquial.

—Voy a echar el pestillo para que nadie nos moleste —dijo don Mariano, y diciendo y haciendo, se levantó y fue hacia la puerta—. Es que es una hora propicia para que puedan interrumpirnos.

—Procuraré ser breve, pero si ahora tiene usted que atender a alguien, me paso más tarde.

—No se preocupe. Quien venga, si es que alguien viene, puede esperar.

Se miraron los dos hombres. Héctor parecía tener algún embarazo.

—Padre, probablemente ya Mercedes le haya hablado de lo que yo vengo a hablarle.

—Así es, en efecto —respondió don Mariano con palabra y mirada francas.

—Lo suponía...

Se interpuso un silencio.

—Conociendo usted el episodio de Verónica, puede que le haya resultado un tanto equívoco o chocante el paso que he dado con Mercedes —dijo Héctor—. Porque, al fin y al cabo, aún soy para usted un sujeto sobre el que acaso no sepa a qué atenerse.

—Lo que sí he de decirle es que su proceder para con Mercedes no ha podido menos de parecerme intempestivo —respondió el sacerdote con la misma franqueza.

—No me choca. Pero la verdad es que con Mercedes me ha sucedido algo que ni yo mismo puedo explicarme. Sin embargo, se trata de un hecho tan real como lo son el día y la noche. Usted sabe, porque yo mismo se lo dije, que he ido con mujeres. Soy un hombre soltero y eso no es nada del otro jueves. Han sido mujeres que me han atraído por su belleza, por su encanto en cuanto mujeres, pero con las que no he tenido más ligamen que ése, y como tal, más o menos pasajero. Quiero ser a usted sincero en todo. No recuerdo si le he dicho antes de ahora que para mí la sinceridad da en buena parte la medida de la categoría moral de una persona. Yo siempre he preferido, en general, y supongo que a la mayor parte de los hombres les pasa tres cuartos de lo mismo, salir, pasear, conversar con una mujer que con un hombre. Es algo perfectamente natural. Confieso también a usted que soy bastante sentimental. No obstante, ninguna de las mujeres que he conocido o tratado ha despertado en mí un sentimiento más allá de lo periférico. Si alguna me hubiese inspirado otra clase de sentimiento, probablemente a la hora de ahora sería un hombre casado. Con todo esto pretendo decirle que lo de Mercedes ha sido algo absolutamente nuevo para mí. Desde el momento en que estuve ante ella por primera vez, sentí muy dentro de mi ser que era la mujer en quien siempre había soñado, la mujer que todo hombre con alguna sensibilidad y alguna capacidad de ensueño se forja dentro de sí como un ideal querido, una mujer sin forma definida, sin fisonomía perfilada hasta que se encuentra a la mujer de carne y hueso de la que nuestro ideal era

como el heraldo que la anunciaba. Esto no es una entelequia, se lo aseguro. Sí, todo en presencia de Mercedes me dijo de pronto dentro de mí que era ella mi mujer soñada. Y desde aquel momento, la llevo en el pensamiento como si hubiera pasado a formar parte de mí mismo. Soy consciente de que visto desde fuera esto que le digo puede resultar incluso ridículo. Y se explica, porque quien no lo siente propende a tenerlo por exagerado. Me estoy sincerando con usted como podría hacerlo conmigo mismo. O lo que es igual, lo que le estoy diciendo es el Evangelio, para emplear, por lo gráfica, la popular metonimia. Es lo más serio que me ha pasado en mi vida. Creo decirle bastante. Y he querido hacérselo saber a usted porque le debo una satisfacción al haber sido usted quien, circunstancialmente, me presentó a Mercedes. Tengo la impresión, y quiera Dios que no sea una impresión falsa, de que es posible que Mercedes corresponda a mi sentimiento. Pero aunque así no fuese ya no podría arrancármela de dentro. Hay una expresión vulgar que se emplea en estos casos: "Te ha dado fuerte". Pues sí, me ha dado fuerte. Cuando usted me invitó a la misa del Gallo y a ver el belén de la parroquia, yo diría que tuve una corazonada, me pareció que el aceptar la invitación iba a traerme alguna clase de suerte, qué sé yo. Lo que no podía entonces figurarme es que iba a traerme toda la suerte de mi vida. La invitación me hizo aflorar al recuerdo las vivencias de mis Nochebuenas de niño, allá en mi pueblo. Y entonces se me ocurrió que yendo a la misa del Gallo podía revivir en alguna forma las emociones de aquellas Nochebuenas de la infancia. "Será preciso aniñarme en lo posible", me dije. Y me propuse conseguirlo, es decir, volver, como Dios me diera a entender, a la pureza del niño. Y ahora pienso: ¿fue el conocer a Mercedes una recompensa a ese propósito mío? Los designios de Dios son inescrutables. Lo que sí puede decirse es que de su mano de usted, bien que actuando usted, por supuesto, por completo ajeno a ello, me ha venido la felicidad de mi vida.

Don Mariano miraba a Héctor, al parecer, sin real convencimiento. Héctor advirtió su expresión.

—¿Le cuesta creerme, padre? —le preguntó.

—Usted ha de reconocer conmigo, Héctor, que casos como éste no son frecuentes en la vida real; entonces, puede que uno se resista a

darles crédito. Pero yo, por mi parte, le creo a usted en todo lo que me dice.

—Muchas gracias, padre, por su comprensión.

—No hay por qué darlas.

—¿Y le ha contado usted a Mercedes, padre, lo de Verónica?

Don Mariano puso cara de extrañeza.

—Eso es usted quien debe contárselo, amigo mío —repuso con naturalidad—. Nobleza obliga.

—Tiene usted razón; pero antes que la mía, me obliga su nobleza de usted.

—¿Mi nobleza?

—Su nobleza, padre, porque ha podido usted contarle todo a Mercedes, y hubiera sido natural, y sin embargo, no lo ha hecho.

—Ya le he dicho que es usted el que debe contárselo. Quién mejor.

—No lo hubiera hecho, acaso, por temor de perder a Mercedes. Pero después de lo que acabamos de hablar, lo haré aun exponiéndome a eso, lo cual parecerá una contradicción. Pero no lo es. Estoy resuelto a no ocultar a Mercedes nada de mi vida, chico o grande, nimio o de relieve. Porque si ha de pertenecerle mi vida, le ha de pertenecer también el conocimiento de cuanto en ella ha habido.

Don Mariano pensó que, a no ser un grandísimo truhán, un hombre no podía hablar como Héctor lo hacía, no estando enamorado, y Héctor no era ningún truhán, desde luego.

Capítulo trece

Cuando se vieron de nuevo, Héctor le dijo a Mercedes:

—Mercedes, ¿puedes darme ya una respuesta?

—Mi respuesta es: no te quito las esperanzas —repuso Mercedes en seguida—. Con esto creo que te digo bastante. Antes de darte otra clase de respuesta hemos de tratarnos como dos buenos amigos solamente. Yo te hablaré de mi vida y tú a mí de la tuya, trataremos de decirnos cómo somos y lo que pensamos de las cosas.

Y a medida que fueron saliendo juntos, lo cual hacían cada vez con más frecuencia, fueron poniendo por obra lo propuesto por Mercedes. Fueron haciendo, entremezclando esto con variedad de temas, una especie de recapitulación de toda su vida. Héctor lo encontró muy puesto en razón. Si iban a pertenecerse sus vidas, si iban a llegar a ser una sola carne, como dice el Apóstol, qué mucho que no hubiera secretos entre ellos, que fueran sabiéndolo todo el uno del otro, como uno lo sabe todo de sí mismo. Pero Héctor tenía, de todos modos, que verlo puesto en razón por el mero hecho de que era lo que quería Mercedes. Los deseos de Mercedes estaban para él por encima de sus propios deseos. Y había más. Por lo mismo que su amor a Mercedes era grande, estaba anhelante de entrar en el santuario de su alma, de verla por dentro como podía verla por fuera, de abismarse dulcemente en ella como lo hacía en sus ojos. Héctor adivinaba en su alma tesoros de ternura, de bondad, de comprensión, de abnegación, de compasión para todos los males, de anhelo hacia todas las formas de bien.

—Mercedes, después de haberte conocido no podría ya vivir sin ti —le dijo Héctor un día, en un momento en que no pudo contener su desbordante sentimiento.

Mercedes lo echó a broma, como suelen las mujeres cuando, por las razones que sean, no les conviene hablar con el hombre que insta su

amor, de este mismo amor. Dijo:

—Parece aprendido.

—Puede parecerlo; pero no lo es en absoluto —replicó Héctor—. No es para que bromees, Mercedes, porque vivo en una forma de tormento anhelando saber si tú me quieres o podrás llegar a quererme con un amor como éste que yo siento.

—Eso no es lo convenido, Héctor —le dijo Mercedes poniéndose seria—. Yo te ruego que por de pronto te guardes tu sentimiento. Ya sabes que ésa es mi condición para que podamos seguir viéndonos.

—¿Pero por qué, Mercedes? Yo te ruego a ti, a mi vez, que te hagas cargo de que para mí es extremadamente difícil, por no decir imposible, continuar en este suplicio de Tántalo.

—¿No estarás siendo víctima de un espejismo? —lo atajó Mercedes.

—Mercedes, puedes estar tan segura de mi amor como de que respiramos.

—Yo no creo en los amores repentinos—repuso Mercedes.

Estas palabras fueron para Héctor como un plomo que le cayese en el alma. ¿Qué venían a significar, que era un error que él pensase en la posibilidad de que Mercedes se enamorara con un amor repentino? Entonces, ¿qué era lo que sentía Mercedes hacia él: atracción, simpatía, amistad...? ¿Nada de amor o de algo parecido al amor? Sólo con el pensamiento se le derribaba dentro el mundo. Pero en seguida se aferró, como el náufrago en alta mar a la balsa que flota a merced de las olas, a las palabras pronunciadas por Mercedes cuando él, al verse de nuevo los dos, le pidió por segunda vez una respuesta: “No te quito las esperanzas. Con esto creo que te digo bastante”. “Cuando una mujer como Mercedes habla así es porque hay en ella algo más que simpatía o algo por el estilo”, se dijo. ¿Era Mercedes la mujer fuerte de que hablan las Escrituras, o se trataba, simplemente, de que no habiéndole él caído mal, quería probarse a sí misma si podía llegar a quererle?

—Yo te quiero con toda el alma —le dijo Héctor.

Y Mercedes le miró con ojos condescendientes; pero dijo entre seria y burlona:

—Debes someter a prueba tu sentimiento; es un sano ejercicio.

Héctor se rio de felicidad. A pesar de Mercedes hacerse, como sabía hacerse, la fuerte, ¿no decían sus ojos, la expresión de su semblante, sus propias palabras, que también ella se había enamorado de él, o por lo menos, que le había brotado dentro un sentimiento muy próximo al amor? ¿Se equivocaba mucho pensando esto?

—En serio, Héctor —concluyó Mercedes—: me molesta que, por de pronto, vuelvas a tratarme de forma distinta que como una amiga. Si continúas haciéndolo así, lo sentiré, pero no podremos seguir saliendo.

Pero todavía Héctor, en su impaciencia, apeló a algo que creyó había de decir mucho a Mercedes en favor de su sentimiento.

—¿Tú comprendes, Mercedes, que de no ser cierto, ciertísimo mi amor, habría ido a dárselo a conocer a don Mariano casi en seguida de hacértelo saber a ti?

—Sabía que lo hiciste —contestó Mercedes—. Me lo ha contado don Mariano.

—¿Y no te dice nada eso?

—Sí, me dice. Pero perdona que ahora no pueda ser más explícita. Continuaremos saliendo juntos, nos trataremos, nos hablaremos el uno del otro... y después, Dios dirá.

—En lo que a mi respecta, Dios no podrá decir nada nuevo —se sonrió Héctor.

Y esperó, día tras día, anhelosamente, que Mercedes le dijera claramente con palabras, y con sus ojos, y con su ser entero, que le quería también con toda su alma. ¿Pero y si no sucedía así? ¿Y si esto, en definitiva, era soñar y nada más que soñar? Dios diría. ..Ya Dios le pidió Héctor que dijera que sí, porque era lo que anhelaba de verdad en el mundo.

—“Mercedes cuenta su vida” —dijo con humor Mercedes a Héctor cuando se dispuso a relatarle los aconteceres de la suya.

Fue una niña despierta y juiciosa, según opinión unánime de todos los que la habían conocido, aunque también algo revoltosa y trasto, como todos los niños sanos.

Mientras Mercedes le hablaba de su infancia, Héctor pensó, con ternura, que cuando él estudiaba el bachillerato en la capital de su provincia, ignoraba completamente la existencia de aquella niña llamada Mercedes que vivía en un barrio de Madrid donde, por los inextricables avatares de la existencia, había de presentársela, de mujer, una noche de Nochebuena el cura de su parroquia, pasando desde este momento a ser para él como el eje de su vida. ¿Y si no hubiera ocurrido el dramático evento del intento de suicidio de Verónica? Claro está que entonces no hubiera conocido a don Mariano, y de consiguiente, éste no habría podido presentarle a Mercedes. Y quién iba a decirle a él que el intento de acabar con su vida una mujer haría posible que conociese a la mujer que había venido a ser su vida. ¿Es que la dicha y la infelicidad humanas dependen de unos determinados acontecimientos fortuitos, es decir, son algo casual o azaroso? Y bastante a menudo, la felicidad se encuentra sin haberla buscado, y muchos que la buscan desolados, no la encuentran jamás. La felicidad viene a ser, por poner un término de comparación, como el tesoro sepultado en la tierra que cavando en su tarea, el labrador halla al azar.

Después Mercedes le habló, por sus pasos, de su adolescencia y primeros años de juventud, y fue entonces cuando sacó a escena a Goyo, como si, consumada directora teatral, según la presumía don Mariano, lo hiciera aparecer en el momento oportuno. Y le habló a Héctor de la vida y milagros de Goyo y le refirió la especie de contumaz asedio amoroso, o lo que bien fuese, de que por parte de él había sido objeto desde que eran casi unos niños. Y al paso Mercedes le dijo que había tenido otros pretendientes, pero que éstos, al contrario que Goyo, que persistió en su contumacia, habían desistido pronto, visto su nulo éxito; alguno de ellos, dicho sea en honor a la verdad, en seguida.

“Sí, sí”, se dijo Héctor, “sin duda, Mercedes es la mujer fuerte de las Escrituras”. ¿Pero y qué esperaba, rechazando uno tras otro a todos

sus pretendientes, y manteniendo con firmeza su negativa frente a Goyo? Aunque su actitud para con Goyo la entendía Héctor, pues, entre unas cosas y otras, Goyo había llegado a inspirarle casi repulsión, y eso que Héctor no creía a Mercedes capaz de sentir repulsión ni por quien pudiera ser su mayor enemigo. Pero, descartando a Goyo, ¿no podía haber aceptado Mercedes a alguno de los otros pretendientes? Y si se hubiese tratado de otra mujer que Mercedes no habría habido que descartar ni al propio Goyo, que tan rendido adorador se mostraba, contra viento y marea, y tan excelente porvenir político parecía ofrecérsele, circunstancia ésta de la posición y el brillo que no desaprovechan, ciertamente, todas las mujeres. ¿O era Mercedes muy exigente en materia amorosa? ¿O es que estaba dispuesta a quedarse para vestir santos en su parroquia, antes que contraer un compromiso con un hombre por quien no sintiera amor? Mas, siquiera, podía haber probado antes si podía llegar a sentirlo. En cualquier caso, como Mercedes había pocas. La mayor parte lo que hacen es aferrarse a la "proporción" que se les presenta sin pararse a ver si sienten o no sienten, o si pueden llegar a sentir, amor por el hombre de que se trate. ¡El amor! Por fas o por nefas, nunca tuvo, realmente, lo que se llama buena prensa la palabra amor, pero lo que es hoy día su descrédito es total. Pero para él, Héctor, siempre había tenido un sentido profundo, y cómo comprobaba ahora en sí mismo ese sentido, ahora que una mujer se le había entrado en el alma. ¿Es, acaso, que no todo el mundo está capacitado para sentir el amor, como hay quien sostiene? Y bien, ¿por qué Mercedes había rehusado a sus pretendientes, porque esperaba, sin saberlo, la aparición de él, Héctor, en su vida? Y él ¿por qué no se había enamorado antes de ninguna mujer, a pesar de haber ido con bastantes, porque esperaba, sin saberlo igualmente, la aparición de Mercedes en su vida? La avalancha de preguntas y reflexiones llegaba a obturarle, y era porque no acababa de creerse la felicidad que de la noche a la mañana se le había entrado por las puertas del alma. ¿Era verdad, Dios mío, que Mercedes le quería, o que podía llegar a quererle, con un amor de la intensidad del suyo? ¿Era posible tanta dicha? Porque allí estaba Mercedes, intacta en sus ternuras de mujer amante e intacta en todo su cuerpo, reservándose toda ella para el hombre de quien se enamorara. Era prodigioso. Pero Héctor se puso en temor, pues le había llegado el turno a él de hablarle a Mercedes sobre su vida, y había prometido a su amigo el párroco y se había prometido a sí mismo no omitir el

episodio de Verónica.

Empezó por contarle su infancia en su pueblo, sus juegos innumerables con los otros niños, sus correrías por lo dilatado del campo en busca de nidos de pájaros o polluelos de perdiz.

A propósito de pájaros y nidos, Héctor dijo a Mercedes que sabía de memoria desde niño, entera, una de las "lecciones" de un libro infantil de lecturas de los que antes se publicaban para su uso en las escuelas, que había en su casa y que había pertenecido a su padre. La lectura tenía forma de diálogo entre un maestro y un discípulo, y empezaba así:

Maestro.—Dime, Pablo, ¿dónde estuviste el domingo por la tarde?

Discípulo.—Estuve con mi primo en la alameda.

Maestro.—¿Y qué hicisteis en la alameda?

Discípulo.—Estuvimos jugando y buscando nidos.

Y a tenor de las preguntas del maestro, Pablo seguía contestando que su primo había encontrado un nido con huevos, que dejaron en el árbol hasta que tuviera pajarillos (esto era lo que en el argot infantil se llamaba "saberse un nido"), y que él encontró otro con pajarillos ya grandecitos y se los llevaron a casa. Pero ni su primo ni él estaban ahora contentos de haber robado el nido, pues los pajarillos se habían muerto. En definitiva, el maestro le dice a Pablo que ellos tienen la culpa de que los pobres pajarillos se hayan muerto. Pablo responde tratando de justificarse que ellos les ponían comida abundante y no comían. El maestro le explica que esos pajarillos se quedaron sin padres desde el momento en que ellos los tomaron del nido, y que entonces perdieron el calor que les daban con su cuerpo y el abrigo de sus alas, y ahora dime si no hay motivo, concluía el maestro, para que muriesen de pena, de frío y de falta de alimento.

Discípulo.—Cuánto siento haber robado el nido. Jamás volveré a hacer eso.

Maestro.—Pues entonces ven acá y darme un beso.

Discípulo.—¿Por qué, si he sido malo?

Maestro.—Pero ya no lo eres. Demuestras tu buen corazón, es decir, tus buenos sentimientos.

Mercedes se sintió contagiada del candor de la "lección" y la manera tenuemente conmovida con que Héctor la había evocado.

—De vez en cuando no viene nada mal sumergirse en estas auras ingenuas —dijo Héctor—. Refrescan y desentumecen el espíritu. Todo lo de la infancia guarda un regusto de ternura que nada puede borrar. A mí, al menos, me sucede así.

—Y a quién no —repuso Mercedes, gozosa. Vio en el espontáneo rasgo evocativo de Héctor y en las palabras con que lo había explicado el retrato de un alma noble y tierna.

Héctor agregó que al viajar luego, de hombre, por España había visto en muros y fachadas, en sus lentos recorridos por las calles de las viejas ciudades, letreros formados de mosaicos con leyendas como ésta:

Niños, no privéis de la libertad a los pájaros: no los martiricéis y no destruyáis sus nidos. Dios premia a los niños que protegen a los pájaros y la ley prohíbe que se los cace, se destruyan sus nidos y se les quiten sus crías.

Oyendo a Héctor, Mercedes deseó muy íntimamente poder pasear a su lado por las calles y rincones de las viejas ciudades, deteniéndose de cuando en cuando a contemplar sus piedras milenarias, sus templos y monumentos, saboreándolo todo en el alma al unísono

con la felicidad de que la llenaba su amor.

La sensibilidad y ternura de Héctor reforzaba su amor, si esto cabía.

Quizá para disimular su emoción, Mercedes dijo que esos avisos antiguos sobre pájaros y nidos le hacían pensar en el veneno social de la España de la droga y el terrorismo, de la delincuencia y la corrupción política, la pornografía y la desvergüenza generalizada, el aborto y el divorcio, el plebeyismo y la chabacanería, el preservativo y el homosexualismo, que ha traído la llamada transición política, un veneno que mata no pájaros, sino personas, y que destruye no nidos, sino hogares y familias, y que terminará destruyendo a la propia sociedad si el mal no se ataja.

Por fin, Héctor se vio abocado a contar a Mercedes sus andanzas de hombre, y en ellas entraba el episodio de Verónica, que estaba determinado a referirle pormenorizadamente. No se hubiera perdonado el no hacerlo. ¿Se mostraría Mercedes juez severa?

Llegado el momento, pues, Héctor se lo refirió todo tal como había sucedido. Mercedes lo escuchó con semblante adusto, la vista baja según iban paseando por la calle, pues acaso Héctor escogió este modo peripatético a fin de sentirse menos cohibido. Héctor la miraba al soslayo, temiéndose lo peor.

—Ha sido lo más desagradable que me ha pasado en mi vida, sin el menor motivo por mi parte para que me pasase.

Mercedes le miró de frente resuelta, con expresión de incredulidad. Héctor no se atrevió a decir nada. ¿Estaba Mercedes siendo severa, como él se temía?

—Un Plutarco moderno no podría escribir de nosotros dos unas vidas paralelas, ¿no te parece? —dijo Mercedes con dolida sorna.

Héctor se rio por dentro de la ocurrencia, que no por fuera. Para decirlo con la expresión familiar, no estaba el horno para bollos.

—Tienes toda la razón, Mercedes —no sabía cómo decirlo—. Cómo podría compararme contigo.

—No se trata de eso, como comprenderás. Yo no me tengo por

mejor que nadie, pero procuro siempre actuar, con la ayuda de Dios, es claro, de forma que pueda en todo momento estar en paz con Dios y conmigo misma, que viene a ser la misma cosa.

—Yo te ruego, Mercedes, que no te suene a falso lo que ahora voy a decirte, porque es la verdad más grande que he dicho en mi vida. Desde que te conozco soy mejor.

Mercedes creyó en estas palabras y la invadió una ternura infinita.

Durante el tiempo que estuvieron saliendo juntos como amigos, según había propuesto Mercedes, hablaron de lo divino y lo humano. Pujaba en ambos un mismo afán por entrar el uno dentro del otro, al propio tiempo que por volcar cada uno su intimidad en el otro, un afán que obedecía a un impulso de compenetración. Era un querer llegar a la perfecta comunicación de sus sentires, deseos, anhelos, pensamientos, sin confesárselo.

Héctor corroboró en Mercedes una filosofía cristiana maravillosa. Había que vivir la vida con espíritu de desprendimiento. Dios creó todas las cosas, de lo pequeño a lo grande, para que el hombre use o goce de ellas, pero marcó asimismo clara y terminantemente desde un principio unos límites a ese uso o goce, límites, por otra parte, que se acompasan perfectamente, como no podía por menos, con la ley natural. El Universo está presidido por un orden y un equilibrio que hacen posible su permanencia. No de otro modo, en el alma del hombre han de reinar un orden y un equilibrio que son los que hacen posible su salud y a menudo, si no siempre, también la salud del cuerpo. Romperlos equivale a propiciar la ruina espiritual y bien a menudo la del propio cuerpo. Es algo que puede echarse de ver con las solas luces naturales. Pero un cristiano tiene además la noción de pecado, que es la transgresión o quebrantamiento de los límites impuestos por Dios para nuestro bien. El concepto de pecado es susceptible de supravaloración y, contrariamente, de infravaloración y hasta de desdén o desprecio, como todo en el mundo. Han existido épocas en la Historia de un alto espíritu religioso, como la Edad Media, en que la fe que inflamaba los pechos daba una gran relevancia al pecado. Los santos se han tenido por los mayores pecadores, lo cual no significa pasarse, o caer en lo morboso, si bien es cierto que una persona puede obsesionarse morbosamente con el pecado. La enfermedad puede

revestir muchas formas. Pero esto es otra cuestión. Pecadores lo somos todos, porque, desde la primera caída del hombre, llevamos en la raíz de nuestro ser el germen del pecado. Esta época que nos ha tocado vivir desdeña el pecado y hasta osa reírse de él, mientras en él se encenaga. Lo que a todos atrae y por lo que todos se despepitan es el becerro de oro y lo que con el becerro de oro pueden conseguir. Todo se reduce a materialismo, vicio, poder. Hay un generalizado olvido de Dios y de lo sagrado, un intento de ridiculización de la noción de pecado, en un designio de borrarla de la conciencia del hombre como un niño borra lo escrito en el encerado de clase. La España socialista, por así decirlo, ilustra muy bien todo esto. Dios ha de ser el ideal supremo de nuestra vida. Sin Él todo está vacío y todo pierde sentido. A Dios se lo debemos todo, desde la vida a lo que somos y a lo que tenemos, habiendo llegado a consentir la victimación de su propio Hijo Unigénito, con muerte de malhechor, para hacer posible, de entrada, nuestra salvación eterna. "Ama, y haz lo que quieras", dice genialmente San Agustín. En esta frase del obispo de Hipona está la clave de todo. Si tengo caridad, la caridad de Cristo, lo tengo todo, y no podré querer sino lo que quiere Dios, que no es otra cosa que mi bien y el bien de todos, y las veces que caiga en el pecado, me erguiré en seguida con nuevos bríos, porque "todo el que cede al pecado se convierte en esclavo suyo", como se lee en el Evangelio de San Juan. El cristiano está en el mundo para dar, valientemente, testimonio de la Verdad, es decir, de Cristo en todo momento y lugar, pase lo que pase. El arte, la música, la poesía, la cultura, la Naturaleza, los viajes, las satisfacciones de orden personal o profesional, proporcionan goces íntimos que pueden ser reconducidos a Dios, porque son goces del espíritu. Tales goces son muy legítimos, pero, claro está que quien renuncia a todos ellos por amor de Dios estará muy por encima de nosotros, porque la suya es una renunciación sublime. Gocemos de las cosas bellas y dignas que encierra el mundo, pero sin olvidarnos nunca de que en este mundo estamos de tránsito hacia la eternidad, para la que hemos sido creados. "¡Ciego! ¿es la tierra el centro de las lamas?", le increpa la linfa celestial a Bartolomé de Argensola al final de su conocido soneto. Desde que nacemos caminamos sin cesar hacia la muerte, queramos o no queramos, de grado o por fuerza, y la muerte es la puerta de la eternidad. Sólo mirándola sub specie aeternitatis adquiere la vida su verdadera dimensión.

—Ya sabes de mí tanto como yo mismo —le dijo un día Héctor a Mercedes—. ¿No era eso, Mercedes, lo que querías?

—Y tú de mí —repuso Mercedes sin contestar a su pregunta—. Aunque todavía no sabes una cosa —calló un momento.

Héctor no se pudo contener y aprovechando, dijo:

—Sí, lo que más me importa saber: si me quieres.

—No es por ahí —dijo Mercedes con jovialidad. Se trata de algo que no le he dicho nunca a nadie. Tú vas a ser el primero a quien se lo digo. Es ello que a veces he pensado en irme de misionera seglar, diciéndome que hay que emplear bien la vida que Dios nos concede. Vivimos en un mundo egoísta, insolidario, seco de los jugos del amor. ¡Hay tantas y tantas personas, en tantas partes, que necesitan nuestra perentoria ayuda, y es tan poco lo que una hace!

Capítulo catorce

El proyecto de representar en la iglesia el día del Corpus un auto sacramental siguió adelante y los ensayos iban avanzados. El auto elegido entre Mercedes y don Mariano, tras unas cuantas deliberaciones en las que pusieron sobre el tapete pros y contras, había sido La cena de Baltasar, de Calderón. El papel de Baltasar lo hacía Héctor, el de El Pensamiento, Pedro, el de La Muerte, Mercedes, el de Daniel, un hermano de ésta, el de La Vanidad, Delia, cuyo ofrecimiento para interpretar un personaje decidió aceptarlo Mercedes para que no pudiera pensar que se la hacía de menos. Los otros dos personajes y el acompañamiento los hacían mujeres y hombres reclutados por Mercedes en la catcquesis de adultos.

Durante el tiempo de los ensayos Héctor y Pedro trabaron un trato de amigos. Los días que Héctor no salía con Mercedes se iban ambos a un bar después de los ensayos y mientras tomaban unas cervezas, se ponían a hablar, por lo general, de la situación del país, tema que Pedro procuraba traer a colación siempre. Héctor se percató de que necesitaba aquel desahogo y se dejaba ir al terreno.

—España ha caído en manos de una pandilla de desaprensivos y aventureros —decía.

Preguntó a Héctor si no había visto un libro irónicamente titulado Las filípicas, que acababa de publicarse, escrito, por cierto, por un izquierdista. En él se hacía el balance de los diez años de poder socialista en España. La conclusión del libro era que decir poder socialista en España es tanto como decir el desastre en la cultura, la enseñanza, la justicia, la Administración, la sanidad, la economía, y la práctica habitual del latrocinio y de la mentira... Más claro, ni el agua clara.

A propósito de la política cultural, por llamarla de algún modo, del

Gobierno socialista, Pedro le dijo a Héctor que había leído en el ABC de Madrid de unas fechas atrás una información titulada "Museo público sin público". Precisamente se había guardado el recorte y lo llevaba consigo. Lo sacó y leyó: "Todos los expertos coinciden en señalar que el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía ha sido un completo fracaso. Se han gastado más de diez mil millones de pesetas sin control ni auditorías. Se ha despilfarrado el dinero. Se ha protegido a los amiguetes... Del ministro de Cultura dicen en Cataluña que 'tiene una vasta incultura general, casi sin lagunas..."

Dijo también Pedro a Héctor que, por su parte, el presidente de AP había denunciado, como seguramente él había leído en la prensa, que el nivel de corrupción política que ahora vive España es el más elevado, no sólo de la Historia reciente, sino de todo el siglo.

—Sí, amigo Pedro... —asentía Héctor—. En otro orden de cosas, hace unos días me decía un compañero de la Facultad, un magistrado que imparte clases de práctica procesal penal, que en las guardias que hace en el juzgado del que es titular ha levantado en Madrid en el transcurso de un año la friolera de alrededor de seiscientos cadáveres, entre suicidas, muertos en riñas o trifulcas, en ajustes de cuentas, a manos de delincuentes, en accidentes de tráfico o por sobredosis de droga. Ya sobrepasamos a Chicago, no cabe duda. Pero no debemos perder de vista que esto es lo que ha votado el pueblo, y ya sabes, Vox populi...

Pedro se sonrió con sonrisa amarga.

—Esto no es más que un enjuague al que le han puesto el rótulo de democracia —arguyó.

—Pero, en cualquier caso, un enjuague consentido por todos.

—Por supuesto que por mí no; en absoluto —puntualizó Pedro.

—Ya lo sé. Ni por mí. Al decir "por todos" he querido decir, ya se comprende, que prácticamente por todos, y sálvese el que pueda, amigo Pedro. El que los pueblos necesiten que los conduzcan, políticamente hablando, o la ficción de que los conducen, es una desgracia viva, porque los presuntos conductores defraudan

siempre, en el mejor de los casos, porque cuántas veces no han llevado a los pueblos a la tragedia colectiva. Las doctrinas anarquistas son lo más digno que para el hombre se haya podido construir en política, pero son impracticables por esa falla que he dicho de los pueblos. Así que hay que resignarse, qué remedio. Por lo demás, lo de España no es meramente un problema de que ocupen el poder tirios o troyanos, sino un problema que se pudre en las entrañas del país, de puro inficionado y añejo. Y lógicamente la solución a él pasa necesariamente por la transformación efectiva del pueblo, no una transformación de pacotilla. Hacerle de verdad libre, digno, consciente de sus posibilidades y de su grandeza, y también de sus defectos o fallas para su reforma, y no aherrojarle o envilecerle. Pero la política espúrea que se practica en España crónicamente, impedirá por todos los medios, como lo ha impedido hasta ahora, que se llegue a tal solución. No han faltado hombres que la han intentado, me refiero a los llamados regeneracionistas, pero, como era de prever, los políticos han sido todos a una para obstaculizarla y hacerla inviable, con lo que, en definitiva, esos hombres han predicado en desierto, que es el sino de los que luchan por el bien y la dignidad de España. Esos hombres se llamaban Macías Picavea, Joaquín Costa, Miguel de Unamuno y toda la generación del noventa y ocho, influenciada, sobre todo, por Costa.

Aquí el maniqueísmo, los intereses bastardos, las oligarquías, como dice Costa, lo dominan todo, y el poder acaba domesticando, con el consabido plato de lentejas, a los que se tienen por intelectuales. Y luego está la corruptela del voto. Ahora los socialistas tienen compradas, como se ha denunciado reiteradamente en al prensa, y como si nada, a media Extremadura y media Andalucía mediante el voto cautivo, a costa del erario público, y también practican el pucherazo a la moderna. “El regeneracionismo pudo ser un despertar sin precedentes”, ha escrito el historiador José Luis Comellas. La regeneración política era, en efecto, de urgente necesidad en España. Pero no sólo no se llevó a cabo entonces, sino que estamos como estábamos. Joaquín Costa indica en su libro Oligarquía y caciquismo unas constantes en la política española. Una de ellas: “el gobierno y dirección de los mejores por los peores”, y cita a propósito un antiguo refrán: “Báxanse los adarves, álzanse los muladares”. Y añade que “este fenómeno de selección invertida lo habían señalado ya Salillas, Macías Picavea, Alfredo

Calderón, Nogales y otros", y que "Alzola lo ha puesto de bulto y lo han confesado indirectamente representantes de la clase directora tan autorizados como Pidal y Mon y Silvela". Y concluye, con desaliento: "Siguiendo así, no nos levantaremos jamás, estando pendientes de que nos someta y levante el extranjero". Da temor leer esto, escrito hace tanto tiempo y viendo lo que está sucediendo en España. Otra constante: el caciquismo. Otra: a un estado de derecho regular y perfecto se opone en España un estado de hecho, y esto lo dijo Silvela. Otra: en España "no es el régimen parlamentario la regla, y la excepción de ella los vicios y las corruptelas...; al revés, eso que llamamos desviaciones y corruptelas constituyen el régimen, son la misma regla". Y yo me pregunto, después de tantísimo tiempo: ¿Es que no tenemos remedio?

—Me temo que no —opinó Pedro—. Y fíjate también en una cosa. Los países que desde hace siglos han visto a España con malos ojos, por lo que bien sabemos, ahora, ante este desbarajuste en todos los órdenes que padecemos, se frotan las manos con disimulo mientras apoyan al sistema y fingen congratularse de que, al fin, en España hay democracia. ¡Manda carallo!, como dicen los gallegos. Esta gentecilla que usufructúa el poder es un instrumento idóneo en manos de esos países para acabar con España. Y el país está en Babia. Parece incapacitado, como si le hubieran dado un bebedizo, para darse cuenta de la gravedad de la situación. Por otro lado, estos socialistas son unos cobardes. A mí me parece muy bien que los que tengan una causa que defender luchen por ella y la defiendan, pero exponiéndose a ganar o perder valientemente, como hacen los hombres, y no como unos gallinas. Clausewitz dice que la guerra es la continuación de la política por otros medios; la diferencia está en que en la guerra se da la cara y la política es bien a menudo una guerra sucia donde se tira la piedra y se esconde la mano. Tejero, equivocado o no (para unos, equivocado, para otros, no, pero en todo caso, equivocado en la forma, no en el fondo), él supo dar la cara a la hora de actuar y luego, perdida la partida porque quienes se habían comprometido previamente en la operación le dejaron solo, pues bien, cuando se le brindó la oportunidad de huir al extranjero provisto de millones, ofreciéndosele ponerle un helicóptero a la puerta del Congreso, lo rechazó de plano con indignación y valentía, y ahí lo tenemos, cumpliendo la condena que le fue impuesta por haber sabido asumir

su responsabilidad en los hechos sin la menor vacilación, es decir, como un hombre. Pero aquella larga noche más de cuatro diputados psoeros y no psoeros, se hicieron sus necesidades en los pantalones. Cuál no sería su miedo. Y en la Guerra civil cuando los políticos republicanos socialistas, comunistas y los otros vieron las de perder no se lo pensaron dos veces y pusieron tierra de por medio entre España y el extranjero, dejando aquí a los españolitos matándose entre sí. Que defendieran la causa republicana hasta el fin, a costa de su sangre o de su vida, los españolitos de a pie, que para eso estaban. Ellos tomaron, los que pudieron, su botín y se largaron como lo que eran, unos cobardes, para proteger sus preciosas vidas. Hubo alguna excepción, lo sé, como Julián Besteiro, que murió en la cárcel de Carmona. Estos socialistas que tenemos ahora hacen las cosas valiéndose de estratagemas cobardes y no a las claras, y cuando ven que algo de lo que emprenden les va a perjudicar, aunque se trate de algo muy importante o fundamental para sus planes, se echan para atrás sin el menor sonrojo. Pactan con el capital, con la Eta, con quien haga falta, y luego mienten como bellacos cuando se ven cogidos en una de éstas. Siguen una política de apoyo al capital porque les conviene para mantenerse en el poder y dejan al obrero en la estacada, haciendo traición a la O de obrero de las siglas del partido. Pero el obrero bien merecido se lo tiene, que así hay que decirlo. ¿Y qué decir de los asesinos miserables de la Eta? Matan por la espalda y cuando han cometido su execrable crimen huyen y se esconden como lo que son, unos indecentes cobardes. Si creéis tener algo que defender, algo por que luchar, como os empeñáis en creer, poneos frente al que tomáis por vuestro enemigo a cara descubierta, y no con capucha, y dándole ocasión a que se defienda. No matar por la espalda. Si sois pocos contra muchos, dad la vida por vuestra causa, y si no, que os trague la tierra. ¿Pero con vosotros este lenguaje limpio?

Hablando otro día, por derivación, sobre los sistemas políticos, dijo Héctor:

—Los colectivismos son todos indeseables. Son la maquinaria estatal frente al individuo para aplastarlo. Algo horrible, repelente, regresivo. Del socialismo escribió Flaubert hace un siglo: “El socialismo me parece un horror pedantesco que será la muerte de todo arte y de toda moralidad”. La democracia, por su parte, en

puridad, no se diferencia de la dictadura sino en el procedimiento. En la dictadura funciona la fuerza de las armas, en la democracia, la del número. Como dice el dicho:

Vosotros sois menos,

nosotros somos más:

nosotros os podemos.

Es como en los tiempos de las cavernas. La cosa no ha variado en este aspecto. Con democracia y sin democracia, lo que sigue pitando en el mundo es la razón de la fuerza. Podrá hablarse de civilización cuando el triunfo de la razón, o sea, de la verdad, sea posible por su propia fuerza frente a la fuerza bruta.

Otro día dijo Pedro:

—Me hace gracia este hatajo de descreídos militantes, que se engríen de ello, y los de su laya, cuando asisten a un acto solemne de los llamados oficiales, lo estirados, lo envarados que se ponen. Claro está que es pamema, porque a comediantes no hay quien les gane. Pero vaya usted a saber, a lo mejor los hay que se emocionan y todo y les resbala por la mejilla "una furtiva lágrima". Sería algo así como cuando Landrú se emocionaba hasta las lágrimas, según dicen, cuando veía que un niño jugando torturaba entre sus manos a un pajarillo. Sí, son muy capaces de llegar a la emoción en el ceremonial de un acto político, que es pura convención, y osan mofarse de las ceremonias religiosas, en las que los creyentes rinden culto a Dios, no a ninguna convención social o falacia política. ¿Es que puede haber cosa más seria que una creencia religiosa, y cosa menos digna de ser tomada en serio que el tinglado de la política?

Hacia el final de los ensayos del auto sacramental, un anochecer Héctor le dijo a Mercedes:

—Mercedes, yo soy Baltasar en tus manos y tú eres La Muerte, como en el auto.

Mercedes comprendió en seguida, pero se hizo la desentendida y poniendo cara de extrañeza, preguntó:

—¿Es un chiste macabro?

—Está muy lejos de ser un chiste. Sí, Mercedes, puedes ser para mí la muerte si me tienes mucho más tiempo aún pendiente de una palabra de tus labios, la que tú sabes; pero si esa palabra fuera la opuesta a la que ansío oír, puedes estar segura de que sería para mí un Mane, Thecel, Fhares.

Iban por la calle. Era una calle poco transitada en aquellos momentos.

—¡Qué niño eres! —repuso Mercedes.

Héctor la tomó con decisión por el brazo y la hizo detenerse.

—¡Mercedes, vida mía, mi amor! —murmuró volcando todo su sentimiento en sus palabras y sus ojos en los de Mercedes—Sí, un no de tu boca sería mi muerte, porque yo no podría ya vivir sin ti. ¡Te quiero, te adoro!

Acercó su rostro al de Mercedes, inhaló su aliento, que era rápido.

Mercedes no respondió nada con los labios, ni había para qué. Lo expresaba todo con la mirada extática, con su semblante, con su pasividad.

Héctor la cogió por ambos brazos, torpe, tembloroso, y acercando su rostro hasta rozar el de ella, juntó su boca a la de Mercedes suavemente, con delicadeza suma, como se besa una imagen.

—¡Por Dios, Héctor, compórtate! —suplicó ella débilmente.

Héctor estaba ya ante la evidencia del amor de Mercedes. Sintió una felicidad tan intensa que como le entonteció.

“¡Bendita noche de Nochebuena, bendita para siempre!”, pensó. Y estas palabras informuladas eran una oración en su alma.

Capítulo quince

El amor de Mercedes le transfiguró a Héctor las cosas todas. Aparecieron a sus ojos con una faz nueva. Las iluminaron soles inmanentes. Se llenaron de virtualidad y cobraron todo su valor. El amor de Mercedes le agrandó el mundo. Le resplandeció dentro un fulgor que cuajaba en escalas por las que se ascendía a la morada del ensueño tocado con las manos. Se le abrió un infinito contenido en los límites de lo finito, este imposible, pero que, por infinito, rompía tales límites como el ensueño rompe las barreras de la realidad. Amor vincit omnia. El amor verdadero es de la estirpe de lo divino. Con Mercedes se le había metido en el alma el Universo entero, según expresión de Unamuno. Por el amor se comulga con todo, se participa de todo, se vive en todo, se comprende todo. Ahora entendía Héctor a la perfección que el Dante hubiera alcanzado las alturas de sublimación a que llegó por el amor a una mujer. Por de contado que nadie que no tenga el genio dantesco podrá plasmar tales alturas en una obra poética por más que lo hincha el amor, pero sí podrá alcanzar la sublimación dentro de sí mismo, que es, en definitiva, lo que para cada uno importa. Homo sum; humani nibil a me alienum puto, dijo Terencio. Con el amor de Mercedes, nada, humano o no humano, le era ya ajeno a Héctor. La vida desplegaba ante él sus dilatados horizontes con calor de cercanía. Era como el que va por la vida un poco a oscuras y de pronto se le perfilan las cosas con nítida claridad. Y como quien se siente en soledad en el mundo, pese a estar rodeado de gente, y de pronto todo es para él ya compañía. Con Mercedes amándole, ya no podía jamás sentir la orfandad del Universo ni la propia soledad. Qué veneros de ternura, de compasión hacia todo lo del mundo necesitado de compasión, de sentimiento múltiple y distinto, brotaron en su alma. Ya no sería posible la sequedad dentro de ella, como no es posible en una tierra regada por próvidos manantíos.

Derramar la vista sobre un paisaje, mirar el cielo azul, ver pasar un tren por el campo en la serenidad de la tarde, entrar en un museo,

contemplar un cuadro, una estatua, llegar a una ciudad, perderse por entre sus calles, gustar un plato en un restaurante, pararse ante un edificio sobre el que reposan los siglos, ver las agujas de una catedral apuntando al cielo, recogerse en la anchurosidad de sus naves adensada el alma de emoción al pensar en la grandeza de la fe que la levantó en un alarde de vigor viril y arte para dar a los siglos testimonio de Quien es desde siempre, embebecerse en la grandiosidad de un panorama marítimo, dar el brazo a un anciano que quiere cruzar la calle, hablar a un niño, adentrarse por las páginas de un libro, dejar mecerse el alma en el sortilegio de la música, cumplir la cotidiana tarea profesional, ser consciente del milagro constantemente renovado de la vida, todas y cada una de estas cosas, y de cuanto pudiera hacer, pensar o sentir, estarían en adelante llenas de Mercedes, como lo estaba todo su ser, de tal manera que vendrían a resultar una vivencia no experimentada, en cada caso, nunca antes de tener el amor de Mercedes. Ya todo adquiría para él una plenitud cósmica, es decir, conjuntada con la armonía de todo lo creado. Del mismo modo, volver a ver con Mercedes las ciudades, los sitios, los rincones, las obras de arte, los monumentos y paisajes, de España o de fuera de España, que conocía, no sería volver a contemplarlos, sino contemplarlos ahora por primera vez, por cuanto que junto a Mercedes y seguro de su amor, lo vería todo de una manera desconocida, nueva. Tendría todo para él una nueva dimensión.

Héctor le habló por largo a Mercedes de su espíritu viajero, de su moroso visitar lugares y ciudades, y Mercedes, por su parte, le expresó su deseo de ir a muchos sitios cuando se casaran para ver juntos todo, pues ella conocía poco de España.

—Veremos toda España, mi amor, y todo lo que podamos del extranjero —dijo Héctor.

Habían dispuesto casarse antes de un año, lo que tardasen en contar con lo necesario para la constitución de su hogar. Ya se lo habían hecho saber a don Mariano, que era, por supuesto, el sacerdote que oficiaría.

Tanto Héctor como Mercedes se asustaban de su propia felicidad. Temían, como nos sucede a los humanos cuando llena nuestra vida una felicidad grande, que por ser tanta, no sería posible que durara

mucho. Parece que un instinto recóndito nos advierte que la dicha no es planta de este mundo. Por eso desde que la tenemos es inseparable de ella el temor de perderla.

Un sábado de mañana Héctor y Mercedes, como principio de su plan viajero, fueron a Toledo, la ciudad de los Concilios, de las Cortes y de la Escuela de Traductores, gloria de España.

Anduvieron por sus tortuosas, estrechas y desniveladas calles. Se asomaron a los miraderos sobre el Tajo. Enfrente se veía el monte salpicado de cigarrales. Estuvieron en Santó Tomé y en San Juan de los Reyes.

Junto a Mercedes y en ciudad tan henchida de Historia, Héctor sintió una fuerza de evocación singular.

Se trasladó con la mente al año 589, en que se celebró el III Concilio Toledano para solemnizar la abjuración del arrianismo de Recaredo. Allí un notario hubo de leer en voz alta la profesión de fe cristiana del rey godo, en la cual éste afirmaba seguir la doctrina de los cuatro Concilios generales Niceno, de Constantinopla, de Éfeso y Calcedonense y reprobar los errores de Arrio, Macedonio, Eutiques y los otros tres heresiarcas condenados por la Iglesia, adjurando tras el rey su esposa Badda; y, por su parte, los obispos y clérigos arrianos que acudieron al Concilio declararon, asimismo, que "siguiendo a su gloriosísimo monarca anatematizaban de todo corazón la antigua herejía".

Se vio Héctor paseando con Mercedes por el Toledo del año 1085, el de las seis parroquias mozárabes, el del núcleo de población de los castellanos reconquistadores y del de los francos colonizadores, el Toledo que se regía por el Fuero Juzgo visigodo y en que se escribía en los documentos notariales:... con suas mulleres e con sos fillos...

Respiró Héctor el ambiente cultural del Toledo de la famosa Escuela de Traductores, que puso en castellano las obras de Avicena, Averroes, Avicebrón, Alkendi, y tratados de astrología, matemáticas y otras ciencias, convirtiéndose en un foco de atracción de sabios españoles y extranjeros, como el alemán Herman, el italiano Gerardo Cremonense, el inglés Robert de Retines...

Se vio en el Toledo de las Cortes, reunidas al comenzar el año 1480, poco después del nacimiento, en el palacio de Cifuentes de la imperial ciudad, de Juana, que hacía el número tres de los hijos de los Reyes Católicos. Vio Héctor reunidos a diario, en el palacio del marqués de Villena, los cinco Consejos Generales y los treinta y cuatro representantes civiles de las Cortes, que bajo la presidencia de Isabel y Fernando unas veces, y siempre bajo la de Isabel, lograron someter al trono a la nobleza, y bajo la égida del jurisconsulto Alfonso Díaz de Montalvo, por orden de Isabel se llevaron a término las famosas Ordenanzas Reales, que sutituyeron al Fuero Juzgo, a las Siete Partidas y a la restante legislación existente hasta entonces, en revuelta mezcolanza, y han llegado a formar la base de la jurisprudencia española hasta nuestros días... Galíndez encarece la labor legislativa de las Cortes de Toledo con estas palabras: ... tan bien mirada y ordenada, que parecía obra divina para remedio y ordenación de las desórdenes pasadas.

Después de San Juan de los Reyes Héctor y Mercedes deambularon aún otro poco, entraron en unas cuantas tiendas de damasquinados y recalaron en la catedral. Se pararon unos instantes a admirar por de fuera la majestuosa fábrica.

—He estado varias veces en Toledo y ninguna de ellas me ha parecido tan lleno de belleza y una obra tan soberbia la catedral —dijo Mercedes.

Se cogieron las manos y se miraron a los ojos con toda la fuerza de su amor.

—¡Vida mía! —exclamó Héctor.

Entraron en el templo. Recorrieron despaciosamente sus naves mirándolo todo y luego tomaron los billetes para visitar el tesoro y el museo catedralicio y sala capitular.

Cuando estaban sentados en el banco semicircular de la sala capitular contemplando los retratos de los primados, Héctor le llamó la atención a Mercedes sobre uno de ellos.

—¿Te suena el cardenal Silíceo? —le preguntó.

—Sonarme sí me suena —respondió Mercedes—, pero no tengo mayores referencias de él.

—Nació en un pueblo no muy distante del mío —explicó Héctor—. Hoy se llama Villagarcía de la Torre, pero en tiempos de Silíceo su nombre era Villagarcía a secas. Silíceo se llamaba Juan Martínez Guijarro, pero ya en la cumbre de la jerarquía eclesiástica latinizó su segundo apellido, como era, por otro lado, costumbre de la época, transformándolo en Silíceo. De niño Silíceo fue pastor, y en la adolescencia abandonó su pueblo natal, probablemente contrariando el deseo de sus padres, para marchar a Sevilla, que está a unos ciento treinta kilómetros. Se sabe que en la capital hispalense estudió lógica, lo que se ignora es qué trazas se dio para conseguirlo, a no ser que contara con una cierta ciencia infusa. De Sevilla se fue a Valencia, y de Valencia, donde parece que no estuvo mucho tiempo, saltó a París, donde viviendo de limosnas estudió teología y ciencias naturales. Unos años después se encontraba en Salamanca desempeñando una cátedra de Filosofía y Artes en el colegio de San Bartolomé. Como ves, tenía madera de sabio, pero también de héroe. Luego fue magistral en la catedral de Coria, obispo de Cartagena, y finalmente, arzobispo de Toledo y primado de las Españas. La emperatriz Isabel de Portugal, esposa de Carlos I, había escogido a Silíceo para preceptor de su hijo Felipe, el futuro Felipe II. Escribió tratados de teología, de filosofía y de matemáticas. El historiador norteamericano Thomas Walsh refiere que cuando Felipe II, su antiguo discípulo cuando era príncipe y luego su protector, se enfrentó al Papa en un conflicto que tuvo con Roma, Silíceo no dudó en ponerse del lado del Pontífice, a consecuencia de lo cual Felipe II mandó confiscarle todas sus rentas.

—Era lo que se dice un hombre de temple desde antes de ser hombre por edad, y en efecto, un sabio —comentó Mercedes fijándose en el retrato.

—Sí que lo era. Uno de esos recios españoles de talento y voluntad que da la raza, y como tal, ha tenido detractores y panegiristas, un poco como los tiene su antiguo discípulo, de quien algunos han dicho que Silíceo fue el forjador de su carácter.

Salieron a la catedral. Era un oasis de paz profunda, integral, la que cala el alma aquietándola cuando la zarandea la inquietud, la que

conforta al alma doliente, la que pone serenidad en el piélago interior, la que se necesita siempre en medio del mundo, la genuina paz.

Mercedes le hizo a Héctor una seña con la cabeza y ambos se dirigieron al retablo mayor, ante el que se arrodillaron en uno de los bancos y oraron unos instantes. Mercedes rezó una acción de gracias que no era la primera vez que salía de su pecho, si cada vez distinta en la forma, idéntica en su contenido: “Qué palabras emplear, Señor, para darte gracias por el regalo de esta dicha, que a veces me veo inducida a creer que sea como un anticipo de la que guardas para los bienaventurados en la Gloria. Ya sé, Señor, que no hay comparación posible; ¡pero es que es tanta!”

—¿Nos vamos? —preguntó Mercedes en un bisbiseo acariciador.

Se pusieron en pie y echaron a andar en dirección a la puerta.

Al comediar la distancia, junto a una de las soberanas columnas fasciculadas, Héctor dijo:

—Mercedes, antes de salir quisiera que me oyeras una cosa.

Se pararon al pie de la columna. Mercedes puso semblante interrogativo, en el que se pintó la sorpresa.

—Quiero que sea aquí, en la casa de Dios —añadió Héctor.

—¿Pero de qué se trata? —inquirió Mercedes.

Héctor le tomó las manos y repuso:

—Voy a decirte un modesto poema, como mío, que he escrito para ti. Lo sé de memoria y por eso no necesito leértelo.

Mercedes le miró con una dulzura infinita. La dulzura con que deben de mirar los arcángeles del Cielo.

Sin soltarle las manos, como si juntas las de los dos fuesen el enlace de sus almas, Héctor musitó:

Mi vida era un camino en descampado
en medio de campos sin hierbas ni flores,
los árboles que encontraba eran tronco
y ramas sin hojas, bajo un celaje
ceniza y plomo de inhóspito invierno,
no había pájaros que con sus cantos
alegraran los parajes de mi alma,
ni arroyos de pura linfa cantarina,
pero de pronto, como rasga el sol de abril
las foscas nubes, pareciste tú, mi bien,
y hallé el centro de mi vida, y ya hay
flores por doquier, cielo azul, claridad
radiosa, verdor de árboles, gorjeos,
arroyos que van diciendo su alborozo,
y en mis noches henchidas del misterio
de Dios, han cantado los ruiseñores.

Sobre Han cantado los ruiseñores

Lúcida novela de costumbrismo en la que asistimos a las desventuras de una familia en la España de la dictadura franquista, con sus penurias y sus esfuerzos para seguir adelante. El orgulloso Goyo Ortiz está prendado de la joven Mercedes y ha decidio que será suya o de nadie más. Mientras tanto, Mercedes acude a una amiga, preocupada por su seguridad y por un posible arrebato de locura de Goyo. Lo que no saben es que a todos les espera una desagradable sorpresa cuando el destino tome cartas en el asunto.